

© Amelia Rivaud Morayta

México 2025.

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

Descarga éste y más de 295 libros en formato PDF
gratis desde: **www.brigadaparaleerenlibertad.com**

**SIETE AÑOS DE MUERTE:
EL CASO SACCO Y VANZETTI**

Amelia Rivaud Morayta

A mi padre
España, 1912-México, 1982

A la memoria de Rini Templeton
demandante de lo imposible USA ,1935 -México,
1986

AGRADECIMIENTOS

Como la elaboración de esta tesis duró tres años, debo aclarar que hubo periodos de intenso trabajo, otros de hormiguita y también otros de olvido. Así, debo agradecer primero a mi hijo, José Miguel, por aguantar mi neura y mi abandono; a mi madre por su “trabajo invisible” y a todos los amigos que insistían en preguntar ¿qué pasó con la tesis?

Las varias versiones mecanográficas las hizo con infinita paciencia y cariño Liz; también agradezco su colaboración en mis prisas a Francisca Palomo y a las compañeras Anita Martínez, María Elena Ortega y a Miguel Angel Gardea. Federico Novelo Urdanivia facilitó generosamente la impresión.

Por la inmensidad del material hemerográfico en inglés, las traducciones las realizamos Ana María Palos, Elsa Sánchez, Laura Pruneda, Joaquín Valdés, Ana Rosshandler y Rini Templeton.

Agradezco a Jaime Goded, asesor de este trabajo, sus indicaciones, así como las observaciones periodísticas y de estilo de Teresa Segovia, Virginia Careaga, Felipe Gálvez y Yolanda Zamora. A Mauricio Sánchez Álvarez le agradezco la revisión del original. ’

Rini, con el conocimiento de la historia de su país natal, su instinto periodístico y su claridad política, hizo certeras críticas a alguno de los borradores de la tesis, también trajo de Estados Unidos los periódicos de la etapa 1927-1977, las novedades editoriales que encontró y la gráfica de Ben

Shahn que ilustra los capítulos. Lamentablemente no puede criticar esta versión final, espero no quedarle mal.

Los errores y las omisiones son míos.

PRESENTACIÓN

La paranoia antipopular es ya una tradición de los gobiernos estadounidenses en los momentos en que más sienten o resienten el avance de las luchas revolucionarias de los pueblos del mundo y de los propios “condenados de la tierra” en Estados Unidos. Desde que los primeros colonos blancos llegaron a ese país, se defendían de las “hordas salvajes de pieles rojas”, pasando por la quema de las brujas de Salem, la histeria antirroja del Procurador General Mitchel A. Palmer después de la Primera Guerra Mundial; la embestida anticomunista del macartismo contra artistas e intelectuales en los años cincuenta.

A través del tiempo, la clase dominante estadounidense ha intervenido militarmente en México, República Dominicana, Puerto Rico, Guatemala, la Nicaragua de Sandino, Corea, Bahía de Cochinos, Vietnam, Laos, Camboya, Tailandia, Líbano, Granada. Ha apoyado golpes militares y dictaduras en todo el mundo para “defender la democracia occidental”, y ahora amenaza al planeta con la “guerra de las galaxias”.

El estudio de esta actitud paranoide es, sin duda, una clave para el conocimiento de la política estadounidense y del imperialismo.

Ante la embestida del gobierno de Ronald Reagan contra “el terrorismo internacional”, “las fuerzas del mal”, “el diablo soviético”, “la amenaza sandinocomunista”, el caso Sacco y Vanzetti retoma actualidad.

Después de 60 años de su muerte, se sigue hablando de los dos anarquistas italianos condenados a muerte y ejecutados en Massachusetts el 22 de agosto de 1927 por un crimen que no cometieron.

Su proceso y ejecución atrajeron la atención de la opinión pública mundial: unos a favor, otros en contra. La importancia y significación reales de este acontecimiento determinaron su trascendencia, de manera que se convirtió en un hecho sustentado en noticias ya antiguas, que hoy constituyen verdaderos documentos. Además, y principalmente por su carácter político, este acontecimiento no solo ha trascendido, sino que ha conservado y quizás incrementado su actualidad, su condición de noticia, lo que permite y requiere un tratamiento no únicamente histórico, sino también periodístico.

El texto que se presenta quizá podría considerarse un “reportaje histórico” porque a partir de fuentes documentales se reconstruyó el pasado. Así, para su realización, se procedió de la siguiente manera:

Se recopiló la información impresa sobre el caso, desde la bibliografía que hay en México hasta los periódicos estadounidenses que cubrieron el acontecimiento.

Se realizaron fichas y se clasificaron atendiendo a varios subtemas.

Después fue preciso ordenar el material y sobre todo seleccionarlo y redactarlo de forma que fuera un relato coherente.

La redacción de los capítulos obedeció a la naturaleza del material recopilado: Así, para reconstruirlos hechos, la biografía, los asaltos, el juicio; las mociones y la ejecución se presenta una narración.

Los capítulos que reflejan la controversia en torno al caso, conservan esencialmente la redacción de las fuentes y su tono polémico.

Para ofrecer un panorama histórico de la época se recurrió a libros que manejan específicamente la economía, el desarrollo del movimiento y en general la dinámica de la lucha de clases en Estados Unidos. Sin embargo, el propósito al describir este contexto no es el análisis ni la exposición exhaustiva, sino ante todo la creación de un “escenario natural” en el que quepan y vivan los personajes, sus actos y palabras. Para ello se incluyeron al final de cada capítulo fragmentos sobre la actuación de la mafia.

Nota: Durante un año, hasta febrero de 1985, este trabajo se realizó con la Elsa M. Sánchez, quien acuciosamente consiguió en la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, las actas del juicio así como hemerografía. Como suele ocurrir con muchas relaciones, y las intelectuales no escapan de ello, hubo que reconocer la imposibilidad de continuar el trabajo colectivo y de terminarlo en forma individual.

1. PERDÓN

Boston, Massachusetts, 19 de julio de 1977. “Serias dudas sobre la imparcialidad del proceso seguido” a los anarquistas italianos Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, ejecutados el 23 de agosto de 1927, arrojan las investigaciones más recientes sobre el caso, declaró el gobernador del Estado Michael S. Dukakis.

El proceso que se les siguió estuvo ‘influido por el prejuicio’ contra los inmigrantes y la gente de opiniones izquierdistas, puntualizó el funcionario. Spencer Sacco, nieto de Nicola, presenció la ceremonia en la que se envió a Vincencia Vanzetti, la hermana de una de las víctimas, una copia de la proclama de exoneración por medio del cónsul italiano en Boston. En ese documento se revoca y liquida oficialmente cualquier “estigma y desgracia” que pudieran pesar sobre los nombres de los inmigrantes italianos Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, electrocutados injustamente hace medio siglo.

La proclama se basó en las investigaciones de Daniel A. Taylor, asesor legal del gobernador.

A pesar de su importancia, las palabras de Dukakis ocuparon muy poco espacio en los periódicos estadounidenses.

Los hechos inmediatos a la declaración de Dukakis revelan que el caso aún conserva actualidad:

El 3 de agosto el gobernador fue acusado por el senador estatal David Locke de tomar parte en la “escena más vergonzosa en la historia de Massachusetts” y el senado estatal declaró que “Dukakis manchó nuestros procedimientos judiciales”, “incurrió en una violación a la separación de poderes”, por lo que condenó el acto como ilegal y sin autoridad constitucional.

Cinco días después, el Senado de Massachusetts votó, 21 a 14, condenar la proclamación hecha por el gobernador Dukakis, del 23 de agosto como Día de Sacco y Vanzetti.

Al día siguiente, 9 de agosto, Paul Guzzi, secretario de la Mancomunidad de Massachusetts, ordenó a la policía abrir al público sus archivos sobre la investigación del caso Sacco y Vanzetti.

El encargado de los archivos, subteniente John Sharkey, declaró que esperaba que la orden pudiera ser cumplida, pues primero tenía que ser autorizada por el procurador general del estado y además llevaría más de una semana “limpiar” los archivos para que pudieran ser revisados por el público.

“Antes de revelarlos, nosotros escudriñaremos los datos” dijo Sharkey: “tenemos que suprimir la información personal que pueda perjudicar a personas ligadas al caso, como por ejemplo a los informantes”.

Los archivos fueron requeridos por Lincoln Robbins, quien busca información sobre el caso para hacer un libro, amparándose en la versión estatal de la Ley de Libertad de Información.

Por su parte, Harry King, de 91 años —último jurado que sigue vivo— afirmó el 14 de agosto que Dukakis había cometido un “disparate colosal” al hacer la exoneración y que se “debería hacer una proclama en favor de Parmenter y Berardelli”, las supuestas víctimas de los dos italianos. King agregó que las pruebas de balística fueron determinantes para la sentencia de Sacco y Vanzetti.

El 15 de agosto, el Senado tuvo que revocar su condena a la proclama del gobernador, por una votación de 23 a 12.

El 23 de agosto de 1977, el *New York Times* publicó:

“Hoy es el día de Sacco y Vanzetti en Massachusetts, pero no en Nueva York. El alcalde Beame canceló sus planes de conmemorar el 50 aniversario de la ejecución. El alcalde evidentemente no quiso recibir una lluvia de críticas semejante a la que cayó sobre el gobernador Dukakis cuando proclamó que el juicio había estado permeado por los prejuicios. Mucha gente acusó al gobernador de ensuciar el nombre de su estado, pero nosotros pensamos que en realidad le dio brillo. Para el alcalde Beame, según expresó su vocero, una ceremonia sencilla honrando a estos dos hombres podría haber sido “de mal gusto. El alcalde, por si escapa a la atención de usted, está pensando en su reelección”.

En Boston el día transcurrió tranquilo. “La National Workers Organization (Organización Nacional de Trabajadores) recuerda con orgullo la muerte de Sacco y Vanzetti,

dos héroes de nuestra clase”, se leía en la guirnalda que colocó un representante de esa organización en el edificio que albergó al Comité de Defensa de Sacco y Vanzetti.

El mismo día en Brockton, miembros del Disabled American Veterans (Veteranos Discapacitados de Estados Unidos) montaron una guardia ante la tumba de Frederick Parmenter, el pagador asesinado en un asalto en 1920, por cuya muerte fueron ejecutados Sacco y Vanzetti.

Poco después, el 15 de septiembre de 1977, se supo que la policía había intervenido y grabado en 1927 las conversaciones de Felix Frankfurter, quien estuvo profundamente involucrado en las actividades del Comité de Defensa de Sacco y Vanzetti y más tarde, de 1939 a 1962, fue juez de la Suprema Corte. Cuando la intervención telefónica, Frankfurter era profesor de la Escuela de Leyes de Harvard y trabajaba en Boston con un grupo para lograr un nuevo proceso para los dos anarquistas italianos.

La información obtenida por medio de la intervención telefónica llena 262 páginas de un total de 1080 del informe de la policía. Los documentos están sellados “confidencial: destruir o colocar en archivo secreto”, y fueron obtenidos por el investigador Lincoln Robbins, como consecuencia de la orden de abrir al público los archivos policíacos de Massachusetts.

En la intervención telefónica, autorizada por el entonces procurador estatal Arthur K. Reading se grabaron conversaciones entre Frankfurter y su esposa Marion, con miembros del Comité de Defensa, periodistas, abogados y simpatizantes, del 9 de agosto al 3 de octubre de 1927.

Aunque el papel de Frankfurter quedó entretelones, las grabaciones revelan cómo intervino, día tras día, en la

elaboración de la estrategia del Comité de Defensa. Se registran sus viajes a Nueva York y a Boston y sus frecuentes llamadas a ejecutivos de los periódicos buscando notas y editoriales en apoyo a los sentenciados a muerte. En las conversaciones Frankfurter exhortaba a sus amigos a ejercer su influencia para ganar simpatías públicas para la causa.

Dos semanas antes de la ejecución de Sacco y Vanzetti, Frankfurter dijo por teléfono a un amigo: “Mi tiempo esta completamente ocupado con este caso”. En otro momento dijo a un periodista que pagaría 100 dólares a quien pudiera hallar en los archivos de las investigaciones pruebas de que las balas supuestamente disparadas por la pistola de Sacco eran “obsoletas”.

El 20 de agosto de 1927, mientras Frankfurter, los abogados y los simpatizantes trabajaban febrilmente para aplazar la ejecución, se escuchó a la señora Frankfurter decir que su esposo “siente que no hay esperanza”. El espionaje telefónico continuó después de la ejecución y las transcripciones registran que el 1 de septiembre Frankfurter comentó: “Es muy importante que quienes tenemos preocupación por el asunto no nos dispersemos”.

El 17 de septiembre, Frankfurter dijo que había estado “SaccoyVanzettiando” todo el verano, y poco después, con un aparente buen humor, comentó: “Mira lo que han hecho en favor de Harvard mis presentaciones de este verano: ingresará la generación más numerosa que ha tenido en toda la historia de la escuela de leyes”.

Los documentos de la policía también revelan un permiso para intervenir el teléfono de un cuarto del hotel Belleville en Boston, usado por el Comité de Defensa, pero no hay transcripciones de conversaciones grabadas allí.

Robbins y otros investigadores actualmente estudian el informe de cuatro tomos que también contiene memorias del proceso, papeles administrativos e informes recopilados por la policía estatal.

En febrero de 1978 se hizo público el archivo de las sesiones de la Comisión Lowell, encabezada por el rector de Harvard en el momento del juicio a Sacco y Vanzetti, creada para revisar el juicio y dar su veredicto. Los documentos revelan la convicción de Lowell de que ninguna persona sensata, informada, podría sostener la inocencia de Sacco y Vanzetti. Igual de clara queda la posición con que muchos presionaron a Lowell de que ninguna persona justa podría creer culpables a los acusados. Los borradores del informe de la comisión reflejan que al principio sentía “menos fuerte la evidencia en contra de Vanzetti”, pero concluyen en que era culpable, “aunque con menos seguridad que en el caso de Sacco”. La versión final del informe omite esta calificación. A pesar del clamor público respecto a la inocencia de los acusados, Lowell concluyó: “Ha habido mucha tergiversación” y escribió “Es un caso interesante de psicología de la turba fomentado por una propaganda muy engañosa”. A aquellos que insistieron que los acusados eran perseguidos por sus creencias políticas extranjeras, Lowell replicó: “Si fueran yanquis, los hubieran ejecutado hace mucho tiempo. No habrían gozado de ninguna simpatía”.

De la oposición dijo:

“Como carecen de un caso que se pueda defender por sus méritos, se remiten al viejo truco del abuso personal hacia los que no están de acuerdo con ellos. Hace tiempo que he sentido que la creencia en la inocencia de Sacco y

Vanzetti perdurará para siempre, como la creencia de que Bacon escribió las obras de Shakespeare, totalmente inafectado por la evidencia. Nuestra conclusión fue que Vanzetti hizo el complot y Sacco lo ejecutó”.

La exsecretaria de Lowell, Nora A. Dwyer, y Henry A. Yeomanas, un exdecano, depositaron los documentos en los archivos de Harvard el 9 de diciembre de 1948, con instrucciones de que no se abriesen antes del 9 de diciembre de 1977. El paquete, de 30 cm por cada lado, efectivamente se abrió en diciembre del año indicado.

Lowell expresó su repugnancia por la tarea que había asumido, pero una carta al juez Grant, otro integrante de la comisión, tiene otro tono:

“Para decir la verdad, no encontré cansado el trabajo en el caso Sacco y Vanzetti, era más bien tranquilo, quizás por el cambio de actividad, y la compañía fue un deleite. Nos darán más bofetadas que besos por nuestro trabajo, pero fue hecho por ciudadanos como un servicio público importante y bien valía la pena”.

“El bolcheviquismo golpea a nuestras puertas. Debemos conservar nuestra patria plena, limpia e incorrupta.

Debemos alejar a los obreros de la literatura y de los engaños comunistas.

Debemos tener la seguridad de que nuestras ciudades permanecerán puras “

Fuentes:

El Día, diario, México D.F., septiembre 1977.

Journal of American History, mensual, EUA, 1979.

Francis Russell, “The end of the myth: Sacco and Vanzetti fifty years later”, *National Review*, EUA, 1977.

2. INDIGNACIÓN MUNDIAL

La muerte de Sacco y Vanzetti provocó indignación en todo el mundo, he aquí una vista general.

En Inglaterra, mil obreros que trabajaban en la construcción del ferrocarril fueron despedidos por participar en un paro de labores. En la Plaza Trafalgar se realizó un mitin y otro en Hyde Park. Una tienda puso el siguiente anuncio: “Como protesta contra la injusticia norteamericana no atenderemos aquí a ningún comprador estadounidense”.

Por su parte, el *Foreign Affairs* opinó:

“El ultraje a la justicia y la falta de compasión hacia Sacco y Vanzetti, tan largamente torturados, hace que millones de personas hayan llegado a la conclusión de que no hay justicia para aquellos que adoptan posiciones políticas tendientes a cambiar la suerte de los trabajadores”.

“Estos dos hombres eran anarcopacifistas y por lo tanto temibles. Es probable que los encargados de impartir

la justicia en Estados Unidos crean honestamente que cumplirían con su deber y eso es lo peor del caso: el asesino sangriento no es tan despreciable como el estúpido autómatas”.

En Londres, *The Nation* informó:

“En Londres, dos mil policías fueron destacados para proteger la embajada y el consulado general de Estados Unidos. Por primera vez en 150 años la bandera de ese país ha sido tratada en el mundo entero como símbolo de una gran equivocación. Durante el mes de agosto 12 de los principales diarios del país dedicaron cinco veces más espacio al caso Sacco y Vanzetti que al rompimiento de la Conferencia de Ginebra”.

The New Leader, a su vez, pensaba:

“Sacco y Vanzetti han sido electrocutados. Sus nombres y palabras serán recordados a lo largo de la historia. Llegará el día en que incluso Estados Unidos estará orgulloso de ellos y avergonzado de sus asesinos, como nosotros nos sentimos orgullosos de muchos mártires de la historia británica y avergonzados de quienes les dieron muerte”.

En París la policía impidió una manifestación. Dos personas fueron sentenciadas de 15 días a seis meses de cárcel y otras de 50 días a seis meses. En otra parte de la ciudad fue sofocado un motín. Hubo varios heridos, entre ellos varios policías graves. Muchos fueron aprehendidos. Dos mil personas desfilaron por la avenida Wilson en dirección a los Campos Elíseos. La policía impidió que se acercaran a la embajada de Estados Unidos.

En Nancy y Lyon hubo manifestaciones y encuentros entre comunistas y anticomunistas.

La prensa francesa también criticó la ejecución. El *Journal des Débats* publicó:

“La decisión del gobernador Fuller ha causado sorpresa y profunda pena en Francia... Nuestra opinión es compartida por hombres y periódicos de muy diferentes partidos y simpatías.[...] Aún si las razones de equidad no existieran, esperábamos que los sentimientos de misericordia al final podrían inspirar al hombre que tenía en las manos la suerte de los italianos, quien al confirmar la sentencia ha asumido una dura responsabilidad moral e histórica”.

Por su parte, *Liberté* dijo:

“Sacco y Vanzetti son, como particulares, oscuros y sin importancia. Pero se han convertido para millones de personas en todo el mundo en el símbolo de las víctimas de la justicia del sistema capitalista que tiene una ley para el pobre y otra para el rico. El caso ha agudizado los antagonismos de clase. No cabe duda de que hay algo radicalmente equivocado en la administración de la justicia en Estados Unidos”.

Le Matin publicó una caricatura en la que aparece la Estatua de la Libertad sosteniendo una silla eléctrica en vez de la antorcha.

Los intelectuales también externaron su opinión, como se ve en la carta de Romain Rolland a Lucien Price, de Boston:

“Escribo bajo la aplastante carga de la impresión que me produjo el asesinato judicial de Sacco y Vanzetti... tal vez mi testimonio posea cierto valor porque me he mantenido alejado de partidos políticos, he adquirido el hábito de observar y pensar ‘por encima de los siglos’ y por encima de las pasiones del día’ y, podría añadir, es el testimonio de un hombre que por ciertos rasgos raciales, así como por

temperamento, es más afín a lo anglosajón que a lo mediterráneo”.

“Lo que me parece más atroz de la tragedia de esa noche no es el terrible destino de los dos desdichados hombres, a los que la muerte ha librado finalmente de la larga tortura que los desangró gota a gota en manos de sus asesinos judiciales (los nombres de dos: el juez Thayer y el gobernador Fuller quedaron imperecederamente entre los réprobos de la historia). No, no es su destino, es más bien el abismo que este crimen ha abierto entre Estados Unidos y los demás países”.

“En su país no sospechan esa ruptura quizá, no pueden tener idea ni de su profundidad ni de sus causas. La cuestión de la culpabilidad de Sacco y Vanzetti se volvió secundaria. Si su inocencia fuera demostrada alguna vez, la revelación significaría el hundimiento moral del prestigio oficial de los representantes de Estados Unidos y de su país, junto con ellos, durante siglos. Culpables o no, ya no vemos en ellos más que a dos hombres infortunados, sometidos durante años a una crueldad refinada tal, que los más bárbaros en nuestro mundo actual como los bolcheviques, balcanes o fascistas, habrían considerado demasiado cobarde, demasiado inhumano”.

“Se demandaba una solución sencilla: clemencia. Y esto fue lo que telegrafíé al gobernador Fuller el 20 de agosto: “Un amigo de América le exhorta a salvar a Sacco y Vanzetti. Aunque fuesen culpables, la humanidad lo exige”.

“A los ojos del mundo el acontecimiento más importante, impresionante y descorazonador del caso, fue que no hubo un solo personaje oficial del gobierno de los Estados

Unidos que interviniera para dar expresión aludible a la voz de la humanidad. Así, el más vulgar sentimiento de amor propio, de orgullo nacional, aplasta a la humanidad bajo sus pies”.

“Sabemos bien que no es agradable para una nación recibir las críticas del extranjero. Hemos visto, y lo deploramos, que en demasiados casos la indignación y el dolor de la multitud traducen en actos de violencia, amenazas e insultos. Y así los anarquistas y los comunistas han tratado de pescar en aguas revueltas”.

“Pero ustedes saben que los más impresionados por el crimen judicial de Estados Unidos no han sido los violentos de Europa, sino los moderados, los liberales, los cristianos, los elementos más sanos y mejor balanceados de Europa. La mayoría de las protestas son de los amigos sinceros de los Estados Unidos, quienes, como yo, sintieron que el corazón se les rompía cuando vieron semejante crimen, cuando se ensució el honor de la gran nación a la que aman y destruyó la imagen ideal que habían hecho de ella”.

“La despiadada dureza de corazón de los dirigentes estadounidenses y su absoluta insensibilidad hacia la cuestión han producido la más siniestra impresión en todo el mundo. Ya no era una cuestión de justicia, sino de simple, humilde y divina humanidad. Estados Unidos no tiene idea del corrosivo pensamiento que ha hecho brotar en el extranjero con ese acto”.

“¿Qué se puede hacer? El abismo se abre... conozco demasiado bien a los pueblos de Europa y lo que se está gestando en ellos, como para no percibir que a partir de este día existe un estado de guerra moral entre ellos y los

Estados Unidos y pasarán seis años, o 20 o 50 o un siglo, pero vendrá la victoria porque la conciencia del mundo ha recibido un golpe y desgraciadamente un golpe recibido en la historia, siempre, más pronto o más tarde, es devuelto”.

“No soy estadounidense, pero amo a Estados Unidos y acuso de alta traición a los hombres que han ensuciado al país con este crimen judicial ante los ojos del mundo, su abominable parodia de justicia ha destruido los más sagrados derechos de toda la humanidad”.

En Alemania, el *Berliner Montagpost* publicó los puntos de vista de prominentes jueces y abogados criminalistas, para quienes la dilación de siete años en el caso es un inexplicable defecto de los métodos judiciales estadounidenses. Todos consideran un hecho reprobable la ejecución y señalan que durante los últimos cuatro años en Alemania fueron conmutadas el 85% de las sentencias de muerte.

Por otra parte, el doctor Eberhard Schmidt, profesor de legislación criminal en la Universidad de Kiel, escribió: “En principio me opongo a la pena capital y considero que Sacco y Vanzetti debieron ser perdonados porque la sentencia pesaba sobre ellos desde hacía más de siete años”.

En Moscú se levantó una ola de protestas al grito de “¡Mueran los verdugos burgueses”.

Un cine en Ginebra suspendió la función y avisó: “Cerrado por luto”. La policía y los bomberos dispersaron una manifestación de protesta frente al Consulado de Estados Unidos.

En México se efectuó un paro nacional promovido por la CROM. Los periódicos informaron de la ejecución, pero no dieron ninguna opinión editorial al respecto.

En Estados Unidos la opinión periodística estuvo dividida.

El *Daily News* aprobó la ejecución: “La opinión de Estados Unidos no ha cambiado: es preferible que mueran estos hombres a que los anarquistas e inmigrantes tomen fuerza para socavar las bases políticas sobre las que descansa nuestra paz y nuestra prosperidad”.

Sin embargo, otros, como el *Baltimore Sun*, opinaban que:

“Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti fueron a su ejecución con dignidad, sin miedo. Para millones de personas no hubo, en su modo de enfrentar la muerte, nada que les hiciera dudar de su inocencia. Estos dos hombres, de ideología extraña y palabras sencillas, demostraron durante los años de cárcel y en su muerte, sin el consuelo de la fe, que estaban hechos de buena madera. Hay en todo el mundo gritos de protesta basados en algo más profundo que el sentimiento y la propaganda. Es la voz de la humanidad indignada por la violación de la justicia.

El *New York World* afirmó:

“La ejecución de Sacco y Vanzetti produce náuseas. Uno siente que después de haber luchado por los ideales americanos debería estar convencido de que el irrevocable paso que dimos anoche nos hace autores de un castigo justo y no de un horrible fracaso. Buscando a tientas en la información del proceso, queriendo encontrar argumentos, se revisan las pruebas tratando de verlas como concluyentes, reflexionando que la justicia no debe estar subordinada al clamor popular. Se intenta creer que después de toda esta investigación se atrapó a los verdaderos culpables. Sin em-

bargo, es imposible escapar a la certeza obsesiva de que se es testigo de un gran extravío de la justicia”.

El *St. Louis Dispatch* hizo un recuento de la injusticia:

“Los nombres de Sacco y Vanzetti se asocian al recuerdo del martirio de Sócrates, Jan Hus, Juana de Arco, Savonarola, Giordano Bruno y John Brown, se suman a la impresionante lista de aquellos que han muerto para vivir otra vez en el pensamiento de millones. Como muchos de los otros, Sacco y Vanzetti son de los humildes de esta tierra... El tiempo lo dirá”.

Fuentes:

The Nation, semanario, Nueva York, 1927

The New Republic, semanario, Nueva York, 1927

The Literary Digest, mensual, Nueva York 1927

“Cuando Big Jim, uno de los grandes gánsters de Chicago, fue enterrado, la superabundancia de flores (con las dedicatorias “de Johnny” y “de Al” en las coronas más llamativas), el costoso féretro de bronce, el tamaño y la composición del cortejo fúnebre impusieron el estilo que se observaría en los funerales de los gánsters.

Un millar de demócratas del Primer Distrito precedían el cortejo... Dale Colosimo y Sam DeStefano seguían al féretro en un coche con las cortinas cerradas. Luego venía un acompañamiento de unas cinco mil personas. Entre los 53 personajes que componían la presidencia, figuraban además de muchos criminales de todas las calañas, nueve concejales, tres jueces, dos miembros del Congreso, un senador del estado de Illinois, un ayudante del fiscal del mismo estado y un líder republicano”.

3. CINCUENTA AÑOS DE DEBATE

La ejecución de Sacco y Vanzetti no apagó la lucha de personas y organizaciones por demostrar su inocencia, pero la quiebra del '29, Manchuria y Etiopía, el ascenso de Hitler al poder, la Guerra Civil Española, Munich y la Segunda Guerra Mundial relegaron el caso a la categoría de una más entre otras muchas víctimas.

La década de 1940-1950, marcada por la represión anticomunista de McCarthy, impidió cualquier acto público relacionado con Sacco y Vanzetti.

Sin embargo, el debate continuó. En 1956, 38 años después de la ejecución, se censuró la exhibición en televisión de la película *The Male Animal* (*El animal masculino*), de James Thurber y Elliot Nugent, ya que allí uno de los actores (Henry Fonda) que interpreta a un maestro, planea leerle a sus alumnos la declaración final de Bartolomeo Vanzetti antes de morir. La obra había sido exhibida en

Broadway como informó *The Nation* y también le fue bien en la taquilla.

En 1958, Ralph Colp Jr. publicó en *The Nation* un recuento del caso para que las nuevas generaciones supieran porqué habían muerto Sacco y Vanzetti, y en el que analiza la ideología de los protagonistas.

El primer esfuerzo por la reivindicación de Sacco y Vanzetti fue promovido por bostonianos que exigieron una asamblea conducida por 15 miembros del Comité Legislativo Conjunto Judicial en la Casa de Gobierno de Massachusetts, en abril de 1959. Pero el clima político era aún adverso como para que los legisladores aceptaran que hubo un error y se desentendieron argumentando que no era apropiado “influir al gobernador en el ejercicio de sus poderes ejecutivos”.

Durante la siguiente década empezaron a moverse nuevas fuerzas políticas. En 1960 Reginald Rose produjo para la televisión *The Sacco and Vanzetti Story* (La historia de Sacco y Vanzetti). También en esos años se publicaron por primera vez 25 reproducciones de pinturas de Ben Shahn “La pasión de Sacco y Vanzetti” y Mark Blizstein compuso una ópera basada en el caso. En 1969 se publicó *The case that will not die--Commonwealth versus Sacco and Vanzetti* (*El caso que no morirá – La mancomunidad versus Sacco y Vanzetti*), de Herbert Ehrmann, uno de los abogados de Sacco y Vanzetti, quien, junto con su esposa, había organizado el Consejo de Massachusetts para la abolición de la pena de muerte.

Para Ehrmann, el juicio de Sacco y Vanzetti es “el caso que no morirá” ¿Por qué razón precisamente este juicio se convirtió en una causa célebre, cuando en realidad hubo miles de juicios semejantes? ¿Y por qué es este juicio causa

permanente de disputa entre dos concepciones distintas del mundo? Ehrmann sostiene que, de manera más dramática que cualquier otro, el caso de Sacco y Vanzetti enjuició a la sociedad estadounidense. No fue el juicio de los acusados y los defensores, sino el de aquellos que los condenaron en contra de la evidencia misma: el juicio del fiscal de distrito, que tergiversó los hechos y los testimonios, el del juez que contribuyó a retorcer los procedimientos; el de la Suprema Corte de Massachusetts, que se negó a intervenir para que prevaleciera el derecho; el juicio del Comité Lowell, rector de la Universidad de Harvard, que junto con el gobernador de Massachusetts centraron su interés en magnificar de manera torcida los detalles que podían servir para condenar a los acusados, a la vez que soslayaron los múltiples hechos que los exculpaban. Durante muchos años Ehrmann no pudo hablar del caso.

En su libro afirma que si el caso se hubiera dado en los sesenta, sería absolutamente ilegal el interrogatorio al que fueron sometidos Sacco y Vanzetti después de su detención, por el hecho de no estar presente su abogado y por no haberles informado cuál era la acusación.

Otro error deliberado fue haber juzgado a Vanzetti primero por un delito menor y después por uno más grave, además de haber encausado a los dos acusados.

Tampoco la reacción olvidaba el caso. En 1960, Robert H. Montgomery, abogado de la Barra de Massachusetts, publicó *Sacco and Vanzetti; the murder and the myth* (Sacco y Vanzetti: el asesinato y el mito), un libro en el que penosamente, a través de opiniones personales disfrazadas de “análisis jurídicos” llega a la conclusión de que los dos italianos eran

culpables de asesinato y que los “rojos” utilizaron el caso para hacer propaganda a su favor.

Dice Montgomery:

“Una multitud de organizaciones, de sindicatos radicales, publicistas pagados y agitadores voluntarios se unieron para explotar este caso por asesinato común y corriente con propósitos revolucionarios y de agitación, además con el propósito de socavar el sistema jurídico estadounidense y, en general, las instituciones estadounidenses. [...] El caso de Sacco y Vanzetti fue utilizado para derribar a Estados Unidos, destruir el capitalismo y contribuir a la revolución mundial”.

El periodista William F. Buckley, en sus artículos, acepta sin dudar el laudo de Montgomery. Un poco después, Francis Russell en *Tragedy in Dedham: the story of the Sacco and Vanzetti case* (*Tragedia en Dedham: la historia del caso Sacco y Vanzetti*), concluye que Sacco era culpable, pero Vanzetti no. En enero de 1962, James Grossmann en un artículo en *Commentary* llega a la misma conclusión.

Katherine Ann Porter publica en 1977, *The never ending wrong* (*El mal sin fin*) recuerda su participación en la defensa de Sacco y Vanzetti, dejando entrever que los intelectuales fueron los únicos que los defendieron, olvidando por completo la gran solidaridad obrera. En su libro nunca se define respecto a la inocencia de los italianos y afirma que ahora se siente que fue utilizada por los comunistas.

Fred Cook, un infatigable convencido de la inocencia de Sacco y Vanzetti, descubrió una referencia en *My life in the mafia* (*Mi vida en la mafia*) de Vincent Charles Teresa, en la que éste afirma que Frank Morelli, jefe de la mafia bosto-

niana en un tiempo, le había confesado que fue su banda la que cometió el asalto de South Braintree.

En *La pasión de Sacco y Vanzetti*, el escritor Howard Fast (en ese entonces comunista), relata lo que le ocurría a varios personajes el día de la ejecución. Los pensamientos del alcaide de la prisión, de un abogado, del dictador de Italia, de un juez y de un gobernador durante las últimas horas de vida de Sacco y Vanzetti. En estos personajes novelados se reconoce a los actores del caso. Fast retoma hechos y declaraciones para resumir en un día latrascendencia trágica del caso.

El libro de Louis Adamic *Dynamite, the story of class violence in America* (*Dinamita: la historia de la violencia de clase en Estados Unidos*) publicado en 1931, dedica al caso el capítulo 29, “Sacco and Vanzetti ‘Those anarchistic bastards’” (“Sacco y Vanzetti, ‘esos bastardos anarquistas’”). Adamic hace un recuento del ambiente represivo, así como del caso en general, y apunta: “La muerte de Sacco y Vanzetti, después de siete años de suspenso, fue no solo para sacar del juego a dos oscuros agitadores izquierdistas, sino, sobre todo, pretendió ser una lección para los demás agitadores o que pretendieran serlo... fue un acto de guerra”.

Cuando Capone ofreció una fiesta en Miami para “entrar en sociedad”, a medida que cada invitado atravesaba la puerta principal, un criado le clavaba una bandera de Estados Unidos en la solapa.

Fuentes:

Francis Russell. “The end of the myth: Sacco and Vanzetti fifty years later”, *National Review*, EUA, 1977.

Robert H. Montgomery. *Sacco-Vanzetti, the murder and the myth*. The Americanist Library, Massachusetts, 1965.

The Nation, semanario, Nueva York, 1958.

William Young y David E Kaiser. *Postmortem, new evidence in the case of Sacco and Vanzetti*. The University of Massachusetts Press EUA, 1985.

4. LA PAZ ¿SOCIAL?

El 11 de noviembre de 1918 se firmó el armisticio que daba por terminada la Primera Guerra Mundial. De regreso a su patria, cada combatiente estadounidense recibió 60 dólares y un pasaje para su pueblo. Después de los desfiles de bienvenida los veteranos se encontraron desempleados y sin vivienda, en un país que la guerra no había destruido. Terminó la demanda de material bélico y las industrias de guerra que el gobierno había construido con los impuestos quedaron inactivas o fueron malbaratadas a los monopolios. En ese momento, los burgueses enfocaron sus capitales a la “industria de la reconstrucción”.

Poco a poco, la gente se fue dando cuenta de que los beneficios que traería el fin de la guerra eran ficticios. Los ingresos cayeron por debajo del nivel de 1914 mientras que los precios se duplicaron. El salario de cinco dólares establecido por Ford en 1914 equivalía a 2.40 en diciembre de 1919,

al tiempo que el gobierno levantaba los controles de precios y salarios establecidos durante la guerra.

Como afirma Perret, la inflación se debía, en gran parte al endeudamiento del gobierno federal. La Reserva Federal se fundó en 1914 y para 1919 el circulante había aumentado 75%.

Después de la guerra bruscamente bajaron la demanda y los precios de la producción agrícola, y hacia 1920 se inició la crisis agraria que se volvió crónica y duró dos decenios. En esa época se registró “una ruina masiva de los granjeros. Entre 1926 y 1928 fueron vendidas en subasta más de 430 granjas”. Aunque la década de los veinte fue un periodo de rápida mecanización, la cantidad de tractores, camiones y cosechadoras aumentó con prontitud, concentrándose en las granjas capitalistas.

Después de la Primera Guerra Mundial, “casi el 60% de la riqueza nacional de Estados Unidos pertenecía al 1% de los propietarios”, según señala Andakov.

Las fusiones de los trusts empezaban a dominar la escena nacional; por ejemplo, se forma la United States Steel, productora de la mitad del acero estadounidense.

La naciente industria automotriz impactó de manera especial la vida nacional: en 1895 solo cuatro automóviles rodaban por las carreteras de Estados Unidos, para 1920 había nueve millones. El automóvil no solo trae una reestructuración industrial (hule, petróleo, acero), ligada también al crédito masivo, a los consumidores y a la flameante industria de las comunicaciones y la publicidad, sino que integra el ciclo de distribución al de la producción, por supuesto monopolícamente.

La industria automotriz ponía en práctica la producción en serie y a gran escala que permitió al capital imponer una nueva y profunda enajenación del trabajo: el taylorismo, que descalifica al trabajo quebrantando los oficios en una serie de pequeñas operaciones mecánicas y repetitivas. Así, y debido al acelerado sistema de explotación los obreros se veían expuestos a accidentes masivos: en los años veinte cada año perecían 25 mil personas; otras 100 mil quedaban incapacitadas para trabajar y de dos y medio a tres millones sufrían lesiones.

Empezó, entonces, una fuerte lucha entre el capital y el trabajo, a la cual la clase obrera entró en condiciones de desventaja. El número de trabajadores fabriles creció de cuatro millones 700 mil en 1900 a más de nueve millones en 1920.

Otros tres millones estaban en la industria manufacturera. Sin embargo, la tasa de sindicalización era muy baja, debido, entre otras cosas, al gran número de inmigrantes, que por su diversidad no podían comunicarse, mucho menos organizarse. Por su parte, el capital empleaba espías y golpeadores laborales: “detective agencies” e “industrial engineers” (agencias de detectives e ingenieros industriales). Las asociaciones de empresarios lanzaron un ataque contra la sindicación: el Plan Americano.

En oposición a las inhumanas medidas del capital monopólico, se pueden identificar tres vertientes en el movimiento obrero: los progresistas, que a fines del siglo XIX lograron consolidar un sin fin de movimientos espontáneos antimonopólicos y con reformas controlaron a los obreros. Los sindicalistas de negocios (business unionism)

que pugnaban por la colaboración de clases, cuyo máximo representante, Samuel Gompers, dominó a los trabajadores estadounidenses por medio de la American Federation of Labor (Federación Estadounidense del Trabajo, AFL). Los demandantes de lo imposible, es decir todos aquellos opositores que rechazaban tanto las reformas como la participación subordinada al capitalismo monopolístico, y exigían la abolición del sistema y la implantación de un orden social humano y racional.

Para 1919, más de cuatro millones de obreros participaron en 3,600 huelgas. Buscaban el reconocimiento de sus sindicatos, aumentos salariales y reducción de las jornadas de trabajo. Algunos tenían conciencia de clase, otros solo pedían pan y trabajo.

Destacan, entre otras, las luchas de: Seattle, al finalizar la guerra la Industrial Workers of the World (Trabajadores Industriales del Mundo, IWW), antaño fuerte en la región, había sufrido un allanamiento en su local y tenía prohibido efectuar reuniones. Por otro lado, un grupo paramilitar de derecha tenía mano libre para actuar: la American Protective League (Liga Protectora Estadounidense), con 2,500 miembros solo en Seattle. El 11 de enero de 1919, algunos de ellos apoyados por la policía, atacaron una manifestación de apoyo a la Revolución Rusa. Cuatro días después, una manifestación para protestar por el atropello fue agredida por la policía montada.

La indignación por la represión se combinó con el malestar entre los trabajadores de los astilleros, sindicalizados durante la guerra y que ahora enfrentaban el rompimiento de los impactos de la guerra. La reunión ordinaria

semanal del Consejo Central de Trabajo de Seattle recibió una propuesta de huelga general. Con el apoyo de la IWW y por encima de las objeciones de la AFL, votaron a favor, eligieron un comité de huelga y emplazaron para el 6 de febrero. Era la primera huelga general en Estados Unidos. El primer día los huelguistas se adueñaron de la ciudad y la administraron en completa calma, manteniendo los servicios urgentes. Al día siguiente, el alcalde, encabezando una columna de soldados, colocó ametralladoras en los cruces principales. La huelga se levanto tres días más tarde. La respuesta fue una oleada de arrestos y deportaciones. Los trabajadores no lograron el aumento pedido. La AFL expulsó a huelguistas. Mientras, el alcalde se convertía en “héroe de la victoria sobre el bolchevismo”. Los astilleros fueron cerrados al terminar los contratos.

Meses más tarde —el 9 de septiembre de 1919—, la policía de Boston se fue a la huelga. Durante la guerra, los policías laboraban turnos de 12 horas y su salario era la mitad de lo que ganaban los trabajadores calificados y los astilleros.

Ahora, ellos, que habían reprimido las huelgas por aumentos salariales, también los demandaban; en un club social de Boston se habían organizado en un sindicato. Su acercamiento a la AFL motivó el despido de 19 miembros del cuerpo policiaco. Dos días después de que estalló la huelga había en toda la ciudad daños materiales por 24 mil dólares —monto similar al de un incendio común— y seis muertos en enfrentamientos con la guardia.

Los huelguistas fueron despedidos y reemplazados con veteranos de guerra. Gompers, de la AFL, había pedido

una solución negociada; pero el gobernador contestó: “no puede haber derecho a la huelga en contra de la seguridad pública”.

Otra huelga importante fue la del acero, he aquí un panorama:

La United States Steel era líder en la industria. Desde su fundación en 1892 la “corporación con alma” había llevado una guerra sin tregua contra los movimientos sindicales y desde 1897 prohibió la sindicalización y la negociación colectiva y mantenía un ejército de policías privados armados.

Entre enormes hornos oscuros, hombres jóvenes trabajaban siete días a la semana turnos de 12 horas. Tres cuartas partes de ellos recibían salarios por debajo del mínimo. La única medida de seguridad era tchekai (palabra eslava que significa cuidado), grito constante hasta de los estadounidenses. ¡Cuidado! la grúa, ¡cuidado! los lingotes; ¡cuidado! los brazos! A veces un trabajador quedaba fundido dentro de las columnas de un rascacielos o de un puente.

A fin de organizar a los acereros de Pennsylvania, la AFL dio un tibio apoyo a un activista que había organizado a los carniceros de Chicago. Era William Z. Foster (después secretario general del Partido Comunista de Estados Unidos). Foster y sus compañeros organizaron clandestinamente clubes sociales, y el 22 de septiembre de 1919, 550 mil acereros fueron a la huelga. A pesar del terror policiaco y del silencio periodístico, el movimiento abarcó 10 estados y duró 109 días.

Por otra parte, los mineros del carbón empezaron una huelga en demanda de 60 de aumento salarial, turnos de seis horas y la nacionalización de las minas.

Arguyendo un “complot bolchevique” el gobierno prohibió la huelga con el apoyo del procurador general A. Mitchell Palmer. Sin embargo, el primero de noviembre de 1919, 450 mil mineros se quedaron en sus casas. Después de 10 días levantaron la huelga, al lograr un aumento de 3.11 con lo que se estableció el salario industrial más alto de Estados Unidos: 7.50 diarios.

El proceso de sindicalización de los mineros de carbón bituminoso, sin embargo, terminó en una guerra de guerrillas en las montañas de West Virginia (Virginia Occidental), que solo pudo ser aniquilada con bombardeos.

A pesar de la represión a las grandes huelgas, la afiliación siguió adelante hasta 1921, cuando se estima que llegó a haber cinco millones de trabajadores sindicalizados.

Durante los años de guerra el pueblo estadounidense había sido alimentado de mitos, circularon numerosas historias sobre espías, conspiradores o intrigas internacionales. En 1917 se promulga la Ley de Espionaje y al año siguiente la de Sedición. Así, ya en tiempos de paz, estaban dispuestos a creer que cualquier lucha por mejores salarios era el inicio de una revolución dirigida por Lenin desde Rusia.

El 28 de abril de 1919, el alcalde de Seattle –convertido en propagandista de la causa antibolchevique– recibió por correo un paquete con una bomba que no estalló. Al día siguiente, otro paquete estalló en manos de la sirvienta del senador Thomas W. Hardwick. Un empleado de la Oficina de Correos de Nueva York descubrió 16 más dirigidos a funcionarios relacionados con la deportación de extranjeros. Dos envíos, sin embargo, rompían la coherencia, pues estaban destinados al juez Oliver Wendell Holmes Jr.,

famoso por sus fallos independientes, y al secretario del Trabajo, William B. Wilson, quien se oponía a la persecución de izquierdistas.

Cuando el Procurador General Palmer trató de impedir la huelga del carbón la prensa lo aplaudió, entonces inició una serie de redadas contra los izquierdistas para deportarlos a Rusia. El 21 de diciembre de 1919 fueron embarcados 249 inmigrantes. Entre ellos iban los dirigentes anarquistas Emma Goldman y Alexander Berkman.

La madrugada del 3 de enero de 1920, Palmer envió a sus agentes a realizar detenciones en 33 ciudades. Sin orden de aprehensión y sin informarles cuál era la acusación 10 mil personas fueron detenidas. Los agentes se apoderaron ilegalmente de toda clase de “pruebas”: literatura, listas de afiliados, fotografías, etcétera. Quienes llegaron a visitar a los presos también eran encarcelados, acusados de complicidad.

Pero la brutalidad policiaca tuvo un efecto distinto al esperado por el gobierno: el comité senatorial constituido para investigar lo ocurrido esa noche, encabezado por el senador demócrata de Montana, Thomas J. Walsh, descubrió que las organizaciones izquierdistas estaban infiltradas por agentes de Palmer y que la gran mayoría de los detenidos era gente neutral. Entonces Palmer declaró que los “rojos” querían apoderarse de todos los bienes de los 20 millones de poseedores de bonos de la libertad, los nueve millones de dueños de granjas y de los 11 millones de personas con cuentas de ahorro.

En las universidades, los profesores eran obligados a firmar un juramento de fidelidad a la nación, mientras se escudriñaban los libros en busca de ofensas a la patria y se

volvían obligatorios los cursos que enseñaban el respeto a la Constitución.

Se impuso la ley seca que conllevó al auge de los negocios de la mafia, sobre todo en Chicago con Al Capone como su jefe más conocido. Resurgieron organismos patrióticos, como la Liga Protectora Estadounidense, la Liga de Seguridad Nacional, y la Sociedad de Defensa Estadounidense. Oradores y escritores acosaron al país con relatos de agitadores siniestros y subversivos.

En 1920, el coronel William Joseph Simmons, de Georgia, encargó la organización del Ku-Klux-Klan a Edward T. Clarke –de la Southern Publicity Association (Asociación de Publicidad del Sur)– quien lo transformó en una empresa rentable que aprovechaba los temores inflamados y convertía a los fanáticos en caballeros de un imperio invisible saturado de rituales. Para Simmons, el Klan era una orden patriótica y fraternal, que defendía la supremacía del blanco y el sentimiento sureño. El Ku-Klux-Klan llegó a dominar los estados de Arkansas, California, Indiana, Oklahoma, Ohio, Oregón y Texas. Entre 1925 y 1930 fueron asesinadas 5,256 personas, la mayoría de color. Desde principios de siglo emigraron al norte del país más de un millón de negros huyendo de la miseria y el terror.

El temor a los extremistas fue seguido por el miedo a ser considerados uno de ellos. Nada ni nadie estaba a salvo: políticos, actores, sociedades, escritores, católicos, negros, judíos, periódicos, etcétera. Sin embargo, “los demandantes de lo imposible” seguían luchando. Sacco y Vanzetti se colocan firmemente en esta corriente indoblegable.

“En una entrevista Al Capone dijo: ¿”Quiere usted, señor, saber por qué Estados Unidos se encuentra al borde de un gran descalabro social? Porque el comunismo está llamando a nuestra puerta. No podemos dejarle entrar... Debemos mantener al trabajador alejado de la literatura y de las artimañas rojas. Tenemos que luchar para conservar sana su mente. Porque sin importar donde haya nacido, ahora es un estadounidense.

La gente hoy ya no respeta nada. Antes poníamos el honor, la verdad y la ley sobre un pedestal. A nuestros hijos les enseñábamos el respeto a esas cosas”.

Fuentes:

Maurice Dobb. *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*.

Siglo XXI, Buenos Aires, 1974.

Y.F. Andakov y F.Y. Polianski. *Historia económica de los países capitalistas*, Grijalbo, México 1965

Leo Huberman. *Nosotros, el pueblo*. Nuestro tiempo, México 1971

Geoffrey Perret. *America in the Twenties, A history*. Simon and Schuster, Nueva York, 1982

Howard Zinn. *A People's History of the United States*. Harper & Row Publishers, Nueva York, 1980.

5. DOS HOMBRES

NICOLA SACCO

“Cuando era niño creía que en una república la gente tiene más oportunidades de desarrollarse, de estudiar y de formar una familia. Sin embargo, cuando llegué aquí descubrí que estaba equivocado ... hay más dinero, pero eso no ayuda a nada bueno. La comida de los trabajadores no es muy buena; en mi tierra los trabajadores pueden comprar verduras más frescas que las que se consiguen aquí. Pensé que aquí el hombre era libre, libre de dar su propia opinión sin ser encarcelado por ello (como en los tiempos de la Inquisición española). Pero, también en esto estaba equivocado: se ha encarcelado largos años a hombres de todo tipo por ser socialistas o por atreverse a trabajar en favor de la clase obrera. Los capitalistas no quieren que los trabajadores progresen, no quieren que nuestros hijos vayan a la preparatoria o a Harvard. Quieren que la clase obrera esté abajo, para

poder ponerles el pie en el cuello... El señor Rockefeller donó 500 mil dólares o un millón para una gran escuela. Pero ¿quién va a Harvard? Los hijos de los trabajadores, no. Por eso he cambiado...

Nosotros no deseamos la guerra ni pelear con las armas para matar jóvenes. Se busca la guerra porque es un gran negocio, que deja millones y millones. Por mi parte, he trabajado con judíos, con alemanes y con personas de otras nacionalidades y a todos los he amado. ¿Por qué habría de querer matarlos? ¿Por qué habría de querer ir a la guerra? Todos pertenecemos a la naturaLeza, no necesitamos matarnos unos a otros”.

Así concebía el mundo Nicola Sacco, quien nació el 22 de abril de 1891 en la Villa de Torremaggiore, asentada en una colina de la provincia de Foggia, en el sureste de Italia. Bautizado como Ferdinando, cuando murió su hermano mayor tomó su nombre. Tuvo 13 hermanos, formaban una familia campesina relativamente próspera. Su padre, Michele Sacco, gozaba de respeto y prestigio, se le consideraba patriarca del pueblo. Era un hombre fuerte, propietario de viñedos y olivares, donde Nicola trabajó desde niño.

En 1908, a los 17 años, emigró a Estados Unidos. Un año después consiguió su primer trabajo como acarreador de agua para empresas constructoras en Milford, Massachusetts. Luego aprendió el oficio de zapatero. De 1910 a 1917 trabajó para la compañía Milford Shoe, con un salario que en ocasiones ascendía a los 26 dólares diarios. Cuando emigró era un ardiente republicano, luego se interesó por el socialismo y, por último, junto con Vanzetti, militó como

anarcocomunista bajo la influencia de Luigi Galleani, filósofo de la escuela de Blake y Tolstoy. Trabajó como activista en distintas huelgas e interpretaba obras de teatro con su esposa, para ayudar a sostenerlas.

H.L. Mencken, compañero de trabajo de Nicola, lo apodó “cabeza de hierro”, porque luchaba por la perfectibilidad humana y siempre estaba dispuesto a llevar a la práctica sus ideas dentro del absolutismo más estricto.

Cuando Estados Unidos empezó a enviar hombres al frente durante la Primera Guerra Mundial, los patrones de Nicola le ordenaron invertir en Bonos de la Libertad, pero él se opuso diciendo: “No creo en la guerra y no permito que nadie me diga cómo debo gastar mi sueldo”. Dejó el trabajo y se fue a México con Bartolomeo Vanzetti para eludir el reclutamiento, pero regresó cuatro meses después porque extrañaba a Rosina, con la que se había casado en 1912, y a Dante, su primer hijo. Al volver, consiguió empleo en la fábrica de calzado Three K, en Stoughton, Massachusetts, donde trabajó hasta que fue aprehendido.

George Kelley, capataz de la fábrica, decía que Sacco era “de buen carácter, estable, de pocas palabras, pacífico y amante de su familia”. Y solía aconsejarle: “Nick, no hables hasta que este tiempo de antirradicales haya pasado”. A lo que Sacco contestaba: “George, son mis convicciones las que opinan”.

Poco después de que Sacco entró en la fábrica, Kelley lo nombró vigilante nocturno, tarea que sumó a sus obligaciones diarias. “Le confié todo lo que tenía”. Era “el corrotador más capaz que he contratado”. Nicola realizó este aprendizaje en la escuela de la fábrica con dinero que había

ahorrado de sus horas extras de trabajo; hacía depósitos regulares en su cuenta y por ello era la envidia del resto de los trabajadores de la fábrica.

“Un hombre” –dijo Kelley– “que está en su jardín a las 4:00 de la mañana y en la fábrica a las 7:00 y de vuelta en su jardín después de la cena hasta las 9:00 o 10:00 de la noche acarreando agua y cultivando verduras para regalárselas a los pobres, no es un asaltante”. Sacco solía obsequiarles a él y a su hijo verduras y platillos cocinados por Rosina. Kelley declaró que “Al día siguiente del asesinato que suponen cometió, Sacco estaba en su jardín desde temprano, como era su costumbre, y en su banco de trabajo cuando sonó el silbato de la fábrica a las 7:00 de la mañana... Su mano era tan segura como siempre y, como usted sabe, un cortador necesita manos firmes. El más pequeño error puede echar a perder el zapato”.

El fiscal Katzmann excluyó este testimonio y el del hijo de Kelley: “Nunca hubo mejor compañero que Nick, ninguno de tan buen corazón... no podría matar una mosca”.

Mary Donovan, miembro del Comité de Defensa, revisó los informes de trabajo de Sacco y dondequiera que fue, en las tiendas de maquinaria Hopedale y en las distintas fábricas donde el italiano trabajó, se encontró con las mismas expresiones de admiración de sus compañeros y patronos, aunque dadas con cautela y en el anonimato, por miedo a represalias.

Sacco tenía la certidumbre de que “todos los esfuerzos de la defensa serían inútiles, porque ninguna sociedad capitalista puede ofrecer justicia”. Había en él una llana y rotunda negación a seguirle el juego a las autoridades,

llegando incluso a discutir con su abogado, William G. Thompson. La única forma que Nicola utilizó para expresar su “desprecio” al sistema fue la huelga de hambre. A pesar de las protestas de sus familiares y amigos, llevó a cabo dos, una de 31 días en 1923 y la otra de 17 días poco antes de su ejecución. “Deseo hacerlo del modo más efectivo”, decía “aun cuando pueda significar dar la vida antes de que el verdugo me la quite”.

Cuando el gobernador Fuller revisó el caso, trató de inducirlo a dialogar, diciéndole que él también había trabajado en una fábrica de suelas de hule y que conocía el punto de vista de los trabajadores, a lo que Nicola respondió: “Sí, pero desde entonces usted se ha hecho rico y el dinero le hace pensar diferente”.

Durante su prisión en Dedham, Massachusetts, expresaba a menudo el regocijo que le producía la naturaleza, aun cuando lo único que podía ver desde la ventana de su celda era la copa de unos cuantos árboles y un pedazo de cielo.

Con Bartolomeo Vanzetti comentaba la felicidad que le producían las visitas de su esposa, Dante, y la pequeña Inés, que nació cuando él ya estaba en la cárcel y el recuerdo de los días que había pasado con su hijo, a quien llamaba su “camarada más cercano”.

Como las autoridades del penal le negaron el trabajo físico, hacía ejercicio en su celda. Era un hombre de acción, pequeño y musculoso, lleno de energía, y aunque no tenía inclinación por los estudios, trabajó duro para aprender inglés, en lo que hizo grandes progresos y logró expresarse con sencillez.

Escribió a Gardner Jackson, miembro del Comité de Defensa: “Créame estoy muy pesimista y francamente

cansado de esta miserable vida”. Sin embargo, “este triste solitario”, como solía llamarse a sí mismo, había tenido siempre una “brillante sonrisa en el rostro”, especialmente cuando “trabajaba duro”, y en una carta a su hija Inés, le decía “la pesadilla de las clases trabajadoras ha entristecido malamente el alma de tu padre”.

Sacco siempre se refería a su “querida madre” en términos conmovedores y encontraba consuelo en las visitas de la señora Elizabeth Glendower Evans, uno de los miembros más activos del Comité de Defensa, porque ella le hacía recordarla.

El día que se dictó su sentencia, Vanzetti interrumpió la voz seca e indiferente que les comunicaba que morirían en la silla eléctrica, para preguntar a su abogado si podía decir algo, pero el juez denegó la petición. Vanzetti hubiera querido explicar:

“Sacco también es un trabajador desde que era muchacho, un trabajador experimentado y un amante del trabajo, con un buen empleo y un buen sueldo. Con una cuenta en el banco de 1,500 dólares, con lo que pensaba ir a Italia en compañía de su familia, una buena y adorable esposa, dos bellos hijos y una pulcra casita a la vera del camino, cerca del arroyo. (...) Sacco tiene corazón, gran fidelidad y carácter; es un verdadero hombre, un amante de la naturaleza y de la humanidad, un hombre que da todo, que sacrifica todo por la causa de la libertad y de su amor a la humanidad: dinero, descanso, ambiciones mundanas, su propia esposa, sus hijos, él mismo, su propia vida”.

“Ni en sueños pensó en robar ni en asesinar. Ni él ni yo nos hemos llevado un pedazo de pan a la boca sin

habérmolo ganado, desde nuestra infancia hasta este mismo día. ¡Nunca”!

“Sus familiares tienen una buena posición y gozan de excelente reputación”.

“Yo soy, tal vez, más culto que él, como han dicho algunos. Soy también mejor orador que él, pero muchas veces, al escuchar su ardiente voz, al considerar su supremo sacrificio y recordar su heroísmo, me he sentido pequeño, pequeño ante su grandeza y he tenido que tragarme las lágrimas y calmar mi corazón y el nudo que se me hacía en la garganta para no llorar ante él, ante este hombre que llaman ladrón y sentencian a muerte por asesinato. El nombre de Sacco vivirá en el corazón y en la gratitud de la gente cuando los huesos del fiscal Katzmann y del juez Thayer se hayan convertido en polvo, cuando sus nombres, el nombre de ustedes, sus leyes, instituciones y falsos dioses no sean sino el sombrío recuerdo de un pasado maldito en el que el hombre era el lobo del hombre”.

“Sacco aconsejaba a su hijo Dante no llorar “porque se han desperdiciado muchas lágrimas, como las que tu madre ha vertido en estos últimos siete años sin que sirvieran de nada”. Le decía que tenía que ser fuerte y confortar a su madre: “Llévala a pasear al campo, a recoger flores aquí y allá, a descansar bajo la sombra de los árboles, entre la armoniosa naturaleza. Estoy seguro que ella gozará profundamente y tú te sentirás feliz de que así sea”.

“Pero recuerda Dante, cuando te encuentres con la felicidad no la disfrutes solo, mira hacia abajo y defiende a los débiles que claman ayuda, socorre a las víctimas y a los perseguidos porque ellos son tus mejores amigos, ellos

son los camaradas que luchan y caen, como ayer lucharon y cayeron tu padre y Bartolomeo en aras de la libertad y la felicidad de todos los trabajadores. En esta batalla de la vida encontrarás amor y serás amado”.

Sacco fue electrocutado el 23 de agosto de 1927.

BARTOLOMEO VANZETTI

“Todo lo que pueda ayudarme sin herir a los otros es bueno, todo lo que ayude a los otros sin herirme a mí es bueno también, todo lo demás es malo. Si alguien cifra su libertad en la libertad de todos, su felicidad en la felicidad de todos, su bienestar en el bienestar universal, yo estoy con él”.

Así decía Bartolomeo Vanzetti. Nacido en Villafalletto, provincia de Cuneo en el Piamonte, al noroeste de Italia, en 1888. Sus padres, Battista y Giovanna Vanzetti, lo enviaron durante siete años a la escuela donde obtuvo excelentes calificaciones. Su padre se dedicaba a las labores agrícolas. Vivió su infancia en una casa rodeada de jardines y viñedos. A los 13 años dejó la escuela, donde había “amado el estudio”, porque su padre lo puso a trabajar en una pastelería. Su jornada de trabajo se iniciaba a las siete de la mañana y terminaba a las diez de la noche, y cada 15 días le daban de tres a cinco horas de asueto.

Era entonces un ferviente católico rodeado de jóvenes dependientes de tiendas y trabajadores que se llamaban a sí mismos socialistas y a él lo calificaban de “hipócrita y fanático” por su inclinación religiosa. Después de cinco años de trabajar a ese ritmo, Vanzetti enfermó y regresó a su casa. Ese fue “uno de los periodos más felices de mi vida... mi madre me puso en cama... yo casi había olvidado que las manos podían acariciar tan tiernamente”.

Poco después murió su madre, sobre la que no escribió nada porque “nunca habría quedado satisfecho de lo que hubiera podido decir de ella, aun cuando pudiera escribirlo en verso con la habilidad de Dante”.

En junio de 1908 emigró a Estados Unidos, llegando a Nueva York sin saber inglés. En la isla Ellis, un poco antes de pisar tierra firme, sus impresiones fueron: “Veo que los pasajeros de proa son tratados como animales... la esperanza es la que atrajo a estos inmigrantes a la nueva tierra, pero se marchitaba bajo el toque de ásperos oficiales”. Después de su llegada pasó varios años trabajando como lavaplatos en Nueva York. “El drenaje estaba tapado y el agua grasienta se elevaba cada vez más; caminábamos con trabajo entre el cieno”. Después, sucesivamente trabajó en una fábrica de ladrillos en Hartford; regresó a Nueva York como pastelero; perdió el empleo y errabundeó por Nueva Inglaterra. Posteriormente trabajó en Worcester rompiendo y acarreando cantera. De ahí pasó a Plymouth donde trabajó primero en la industria de la construcción cavando zanjas y, más tarde, como obrero en una fábrica de cordeles, donde participó como líder en una huelga, después de la cual fue despedido.

Vanzetti, como orador convincente (en italiano), participó en muchas huelgas hasta que fue marcado por las autoridades.

Por último, dejó de ser obrero industrial y compró una ruta en el barrio italiano de Plymouth, donde vendía pescado y angulas.

Desde 1914 se hospedó en la casa de Vincenzo Brini, donde se reunían Carlo Tresca, Luigi Galleani (deportado en 1919 a Italia y detenido por Mussolini) y Vanzetti,

quienes eran los líderes principales del Comité Anarquista. Sacco y él trabajaban, además con Luigi Galleani, editor de *Cronaca Sovversiva*, que tenía una circulación de aproximadamente siete mil ejemplares.

A través de las experiencias con sus compañeros en la lucha, Vanzetti aprendió que “la conciencia de clase no es una frase inventada por la propaganda”.

Vanzetti estaba considerado entre sus amigos como un hombre de ideas, nacidas de su gran corazón. Amante de las letras y del estudio, llegó a ser un hombre culto. Y escribió que “La igualdad de derechos empezó a preocuparme... Más tarde me di cuenta de que lo que affige a la humanidad es la ignorancia y la degradación. A partir de entonces, mi religión no necesitó de un altar o de oraciones formales, Dios, para mí, era el universo, del cual me siento una partícula insignificante”...

Decía que no iba con él “el poco trabajo, ni el tener el estómago como razón de ser”. Desde su celda de la prisión estatal de Massachusetts describió al pueblo italiano del tiempo de Mussolini como: “La masa gris, inconsciente y sin ideas, totalmente domesticada por sus líderes” que se aferraba a lo que él se oponía: “La seguridad como objetivo primordial, el fatalismo histórico y la cachiporra fascista sobre todos”.

Al acercarse el juicio de Dedham en el verano de 1921, uno de sus abogados vio la posibilidad de conseguir que Vanzetti fuera absuelto: “Eran tan pequeñas las pruebas en su contra que de hecho no existían”. El abogado explicó después del juicio: “Estaba seguro de que si absolvían a Vanzetti condenarían a Sacco... era probable que el ju-

rado discrepara en su opinión respecto a cada uno, así que fui a ver a Vanzetti y le pregunté ¿'qué debo hacer'? y él me contestó: Salva a Nick, él tiene familia”.

En septiembre de 1925 Bartolomeo escribió lo siguiente: “Estoy viviendo dentro de un huracán de pensamientos, percepciones y sentimientos... he estado un cuarto de siglo luchando para desaprender y reaprender, para negar y reconfirmar, ayudado un poco por el estudio y un mucho por la experiencia... he llegado a ser cosmopolita, un filósofo errante demoleedor de caminos establecidos. Quemando un mundo detrás de mí y creando uno nuevo y mejor. Mientras tanto, estoy viviendo el peor de los males, he pasado por peores cosas que las vistas por Dante en la antesala de infierno”.

Sobre *La Isla de los pingüinos* de Anatole France, que termina con la destrucción de la sociedad por la codicia, Vanzetti comentó en una carta a Mary Donovan: “Percibo la posibilidad de liberación, no con una sola huelga, sino a través de los siglos por medio de miles de huelgas cada vez más poderosas”. El “bastardo anarquista”, como una vez lo llamara el juez Thayer que los envió a la silla eléctrica, no podía aceptar la triste predicción de Anatole France. Decía que “todos los reformadores de Italia estaban esperando que Mussolini, o cualquier otro que detentara el poder, fuera lo suficientemente caballeroso para compartir el pastel del poder con ellos” y opinaba que “la naturaleza humana es buena. Podría afirmarlo aun cuando fuera quemado miles de veces o encadenado ciento de vidas”.

Desde su celda, Vanzetti escribió: “Estoy desesperado. Me parece que el mundo se está yendo al infierno por la ce-

guera de los muchos, la bellaquería de los pocos, la terrible inconsciencia de todos y el trágico destino y la impotencia de los excepcionales”...

Sobre el hecho de que ciertas opiniones “respetables” se habían inclinado a su favor, escribió a Mary Donovan: “Yo le llamo eso unirse a una hoja de rasurar”.

En la primavera de 1925 escribió: “Las notas del canto de un pájaro llegan hasta nuestra prisión, oigo los distantes ladridos de los perros, la naturaleza me bendice con su música y sus colores. . . todo el tiempo pienso en la casa de mis padres en Italia, puedo ver incluso el peral que está junto a la puerta, puedo verlo todo como si lo tuviera en frente”.

Entre las paredes ennegrecidas de la prisión, Bartolomeo estudiaba aritmética él solo, e inglés por correspondencia con la señora McMeechan del Comité de Defensa. Así llegó a responder en inglés las cartas que le llegaban a la cárcel; escribió cientos de ellas en inglés y en italiano, con un promedio de cuatro por semana. “Casi olvidaba que estoy en prisión, muy cerca de la silla eléctrica”, escribió al final de una larga carta en la que analizaba algunos aspectos de la Revolución Rusa.

Entre los escritos breves que Vanzetti hizo en prisión destacan: *La historia de una vida proletaria*, acerca de su propia vida, un autoanálisis honesto y romántico; *El trasfondo del juicio de Plymouth*, un encuentro de los inmigrantes con los procedimientos criminales estadounidenses; *Sucesos y víctimas*, un relato del trabajo en una fábrica de municiones; *La prensa prostituida*, una serie de ensayos sobre los periódicos de Boston, algunos de los cuales despreciaba; *A los sindicatos*

y al sindicalismo, una serie de cartas sobre el tema; artículos para la publicación italiana *L'Adunata dei Refrattari* y también para los boletines del Comité de Defensa y algunos poemas líricos sobre la naturaleza en italiano.

Por otra parte, tradujo al inglés *La guerra y la paz*, de la cual un extracto fue publicado por sus abogados en italiano para distribuirlo en Europa. Uno de sus últimos trabajos fue una reseña del libro de Charles y Mary Beard *The rise of american civilization (El surgimiento de la civilización estadounidense)*. Durante su estancia en la prisión se quejaba en sus cartas a la señora Evans: “No puedo estudiar si no tengo trabajo pesado, un trabajo físico, al sol, libre... bendiciendo al viento”. Aun así, seguía con la autoinstrucción que había iniciado mucho antes de llegar a América. Entre los libros comentados por Vanzetti en su *Vida Proletaria*, o con sus amigos y visitantes se cuentan los trabajos de Piotr Kropotkin, León Tolstoi, Emilio Zolá, Víctor Hugo, Cantú, San Agustín, Reclus, Máximo Gorki, Francesco Merlino, Enrico Malatesta, Carlos Marx, Leone di Labriola, así como *Duties of man* de Giuseppe Mazzini, El testamento político de Carlo Pisacane, la Biblia, *Jesucristo nunca ha existido* de Emilio Bossi y *La vida de Jesús* de Ernest Renan.

“Aquí” (en Estados Unidos) “leí la historia de Grecia, de Roma y de Estados Unidos, así como la historia de la Revolución Francesa, regresé a *La Divina Comedia* y a *La Jerusalén liberada*, releí a Leopardi y lloré con él y leí también la poesía de Guisti, Guerrini, Ripisardi y Carducci”.

Leyó *Elmer Gantry*, de Sinclair Lewis, y todos los ensayos de Ralph Waldo Emerson que cayeron en sus manos. En la última Navidad de su vida escribió a la señora Evans:

“Volveré a deleitarme leyendo *Naturaleza* y *Los reformadores de Nueva Inglaterra* [ambos de Emerson], tan exquisitamente anarquistas”.

El 9 de abril de 1927, después de que se presentó al gobernador el documento de apelación, Vanzetti escribió a Gertrude L. Wilson:

“Es castrante y disoluta al máximo la insistencia y constancia de las autoridades. El abogado Thompson deseó salvarnos y liberarnos con su mensaje, basado en su creencia en las autoridades. Pero ellas amordazan la verdad, niegan el derecho, silencian la más alta canción del alma, la más fuerte nota de tu impulso, toda tu espontaneidad, para no ofender a otros y no dañarte a tí mismo ... Muchas cosas se quedaron sin decir y otras se nublaron, mutilaron o disfrazaron ... Estuve atento, pero estaba enfermo, sintiendo pesadamente la gravitación de la tierra y mi espíritu vencido sobre sí mismo. Este trabajo devoró mi carne... Luché por cumplir conmigo mismo. Y por lo que sé, no hay simpatía o consideración para nosotros... Nunca aceptaremos la vida en prisión, como tampoco aceptamos la muerte, por ser las dos una imposición por parte de una fuerza física mayor. Consideramos que ambas constituyen un asesinato puro y simple, cometido por la reacción en contra de la revolución. Esta es la esencia de nuestro caso, y siendo así, no podemos desviarnos pidiendo perdón”.

El 10 de enero de 1927, meses antes de que el gobernador fuera considerado oficialmente candidato, Vanzetti escribió: “Fuller aspira a la presidencia ... y para ser elegido para tal candidatura hay que probar que se es un ferviente defensor de la plutocracia estadounidense”.

En 1924, escribió: “Detesto la violencia inútil. Daría mi sangre para evitar el derramamiento de sangre, pero ni el abismo, ni la tierra, ni el cielo tienen una ley que prohíba la propia defensa... Cuanto más he vivido, cuanto más he sufrido, cuanto más he aprendido, tanto más me inclino a perdonar, a ser generoso y a ver que ese tipo de violencia no resuelve el problema de la vida. El esclavo tiene el derecho y la obligación de levantarse contra su amo”.

Su abogado, el señor Thompson, declaró poco después de la última entrevista que tuvieron: “Vanzetti es un hombre de mente poderosa, de disposición generosa y desinteresada y devoto de ideales elevados”.

Vanzetti afirmó que “Estamos en guerra porque no somos lo suficientemente heroicos para sostener una vida que no necesite guerra... Muchos lloran sobre la tumba del soldado caído: su madre, su hermana o novia, pero otros se benefician de ello: los dueños de las tabernas y burdeles obtienen grandes utilidades y hacen negocio las 24 horas del 30 de mayo, día de los soldados muertos en campaña”.

Al aproximarse el día de su ejecución, Vanzetti escribió a varios amigos para dejarles sus libros. Solo la llegada de su hermana Luigia, procedente de Italia, le produjo “un poco de inquietud”. A medida que pasaban los años en la prisión, su caligrafía se iba volviendo notablemente firme. Su última carta, escrita desde la Casa de la Muerte, horas antes de su ejecución y dirigida a Henry W.L. Dana para preguntarle por su labor de “insertar en la historia la verdadera trascendencia del caso”, fue extraordinaria tanto en la precisión de los rasgos caligráficos como en su contenido.

Un día antes de su muerte, Vanzetti escribió al hijo de Sacco:

“Recuerda, Dante, recuerda siempre esto: no somos criminales. Ellos nos condenaron fraudulentamente, nos negaron un nuevo juicio, y si somos ejecutados después de siete años, cuatro meses y 17 días de inexplicables torturas y errores es porque estábamos del lado de los pobres y en contra de la explotación y la opresión del hombre por el hombre”.

Fuentes:

Bartolomeo Vanzetti, *Cartas desde la prisión*, Granica editor, Buenos Aires, 1976.

Nicola Sacco, Bartolomeo Vanzetti y otros. *Sacco y Vanzetti: sus vidas, sus alegatos, sus cartas*. Ediciones Antorcha, México, 1982.

Howard Fast. *La pasión de Sacco y Vanzetti*, Arte y Literatura, La Habana, 1978.

John Dos Passos, *Torpe juego de palabra*. Universidad Autónoma de Sinaloa y Editores Mexicanos Unidos, Mexico, 1985.

Acostumbraba pasar las noches comiendo, bebiendo y frecuentando locales hasta después del alba, y los visitantes que llamaban a su puerta antes del mediodía lo encontraban en bata y pijama de seda, que, al igual que las sábanas de seda entre las que dormía llevaban sus iniciales. Encargaba sus pijamas, del llamado modelo francés, en “Sulks”, en lotes de una docena a 25 dólares la unidad. Su color preferido era el azul marino moteado en oro. También le encantaban los calzoncillos coloreados de seda italiana que costaban 12 dólares cada uno. Sus trajes, hechos a medida por Marshall Field a 135 dólares unidad, con los bolsillos de la derecha reforzados para aguantar el peso de un revólver, eran de tonos claros -verde guisante, azul pólvora, amarillo limón--y se completaban con tirantes y calcetines haciendo juego, sombrero de fieltro y botines de paño gris perla. En el alfiler de corbata le centellaba un diamante, una cadena de platino con un reloj incrustado de diamantes recorría su combado abdomen, y en el dedo medio llevaba un diamante puro, blanquiazulado, de 11 quilates, que le había costado 50,000 dólares. A los 29 años Capone parecía bastante más viejo. Montañas de pasta y cataratas de Chianti habían depositado capas de grasa [en su] cuerpo, pero el músculo que había debajo seguía teniendo una dureza de roca y en un arranque de furor podía infligir un terrible castigo. Medía un metro setenta y cinco y pesaba 115 kilos.

Al andar inclinaba el torso hacia delante en un movimiento aseverativo y sus carnosas espaldas se curvaban como las de un toro. Su gran cabeza redonda se asentaba en un cuello muy ancho y corto de forma.

6. TRES HECHOS

El 24 de diciembre de 1919, dos hombres armados intentaron asaltar un camión con la nómina \$33,133.00 de la fábrica de calzado L.Q. White Shoe Company, en Bridgewater, Massachusetts.

El camión llegó al banco Bridgewater Trust Company a las 7:00 de la mañana a recoger fondos para pagar los sueldos de sus empleados. El vehículo era conducido por Earl Graves, a su lado iba Benjamin Francis Bowels, policía al servicio de la firma White, y entre ambos, de espaldas al parabrisas, Alfred E. Cox, pagador y encargado de la custodia de los fondos de la compañía, sentado sobre un cajón empotrado al vehículo, donde llevaban el dinero.

En otra población de Massachusetts llamada South Braintree, el 15 de abril de 1920 se había cometido un asalto con un saldo de dos muertos.

Poco después de las 3:00 de la tarde, Frederick Parmenter, pagador de la fábrica de calzado Rice & Hutchins,

y Alessandro Berardelli, guardaespaldas, transportaban por la calle principal dos cajas que contenían los sueldos ensobrados del personal, en total \$15,776 dólares. De pronto aparecieron dos hombres que les dispararon causándoles la muerte. Los asesinos metieron las cajas dentro de un auto con el motor en marcha, donde los esperaban otros tres individuos, y huyeron a gran velocidad en dirección a la vía del ferrocarril.

La opinión pública de las dos pequeñas ciudades se conmovió por los acontecimientos.

El 3 de mayo de 1920, el anarquista Andrea Salsedo “cayó” desde una ventana del décimocuarto piso del edificio Park Row de la policía en Nueva York. Su cuerpo tenía huellas de tortura. Andrea Salsedo, tipógrafo de profesión, cumplía 14 semanas en manos de los agentes federales, detenido como “sospechoso de radicalismo” por hacer trabajos de imprenta con contenidos anarquistas. La policía de Nueva York calificó su muerte de “suicidio por premeditación”. Otro prisionero, Roberto Elía, fue deportado enseguida, pero antes de su partida pudo acusar al Departamento de Justicia de haberlos torturado (a él y a Salsedo) y obligado a confesar cargos de los que eran inocentes.

El 23 de agosto de 1927 fueron ejecutados Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, acusados de los asaltos en Massachusetts.

El 10 de agosto de 1928, nueve años después del asalto de Bridgewater, el italiano Frank Silva confiesa su participación en el hecho, y relata cómo y quiénes lo hicieron. Frank Silva llegó a Estados Unidos a los 10 años. En su juventud se convirtió en ladronzuelo; en varias ocasiones fue juzgado

por crímenes violentos. Su lugar de reunión favorito era el Big Chief, un sitio de taxis donde también se boleaban zapatos y vendían cigarros, ubicado en la Calle Hannover. Allí tenía su cuartel general James Mede, líder de la banda de la que formaba parte Silva. Mede planeaba los crímenes, pero eran otros quienes los ejecutaban.

También se reunían allí Michell Duggy Bruno, Joseph San Marco –ahora condenado a cadena perpetua por el asesinato de un policía en Boston– y Guinea Oates, otro italiano, quienes cometieron el asalto en compañía de Silva.

“Vi venir el camión del dinero a unos 200 pies y di la señal a mis compañeros, nuestro carro arrancó. Yo estaba en un árbol. El carro se detuvo muy cerca, en medio de la calle. Detrás del camión había un tranvía, a unos 15 o 20 pies. Al conductor lo acompañaban dos hombres, uno iba sentado en la caja de la paga. Cuando lo asaltamos, en vez de detenerse y levantar las manos siguieron avanzando y empezó el tiroteo. Estábamos emboscados en los árboles, a pocos pasos de la calle Hale. El que estaba en el asiento lateral se levantó y agarró el volante; en ese momento se atravesó el tranvía y nos impidió ver. De repente oímos vidrios que se rompían. Nos subimos en nuestro carro y salimos disparados por la calle Hale. Al llegar a Boston, nos despedimos y no he vuelto a ver a ninguno de mis compañeros, más que a Joe San Marco, quien tuvo problemas en 1920”.

Frank Silva ideó el asalto. Desde 1917 visitaron el lugar y lo planearon, pero Jimmy Mede fue encarcelado y otros fueron enviados al frente de guerra.

En 1919 sí lo intentaron. Días antes del asalto fueron nuevamente al lugar, observaron el trayecto del camión,

cuántos policías había y posibles rutas de escape. También fueron a Needham, donde robaron unas placas de circulación. Regresaron a Bridgewater para afinar el plan y decidir la fecha: miércoles 24 de diciembre de 1919.

El 22 de mayo de 1926, el portugués Celestino Madeiros, preso en la cárcel de Dedham desde 1925, confesó su participación en el crimen de South Braintree, y declaró que Sacco y Vanzetti no estaban implicados en él. Madeiros dijo que fueron cinco los asaltantes, dos de ellos de 20 a 25 años, otro de 40, el cuarto de 55 y él, de 18 años. Todos llevaban gorras. El más viejo y uno de los de 25 años dispararon contra Parmenter y Berardelli.

A Madeiros le dieron una Colt automática calibre 38 y su papel fue permanecer en el asiento trasero del auto y atemorizar a la gente en caso de que intentara alguna defensa. Quedaron de verse la siguiente noche en un café de Providence, pero solo llegó Madeiros a la cita. Para Madeiros los nombres de los sujetos no quieren decir nada, ellos cambian de nombre con frecuencia. “Nunca los volvi a ver...”. y “...conozco sus nombres pero no voy a decirlos... Eran asaltantes profesionales, habían robado los vagones del ferrocarril de Providence”.

A fines de abril los anarquistas se reunieron en el este de Boston para discutir cómo ayudar a su camarada Andrea Salsedo ilegalmente detenido. Vanzetti fue a Nueva York para trabajar en la defensa de Salsedo, donde habló con Quintilino sobre su situación y las medidas que debían tomar los anarquistas. El señor Nelles, designado por Quintilino para ocuparse del asunto, aconsejó a Vanzetti que ocultara rápidamente toda la propaganda y los libros radi-

cales para evitar trastornos el 1º de mayo, pues esperaban un cateo policíaco.

Vanzetti regresó a Plymouth el 29 de abril. El 1o de mayo fue a Boston a una reunión a la que asistió Sacco, para informar a sus compañeros sobre los asuntos tratados en Nueva York.

“En cierta ocasión, dos pandillas de gánsters celebraron la paz. Fue una noche de alegría macabra. “Una fiesta de vampiros”, como la llamó un periodista al que Capone permitió asistir. Codo con codo, dándose manotazos en la espalda, soltando carcajadas, los antiguos enemigos fueron recordando cómo habían planeado matarse, describiendo las torturas que habían infligido a sus prisioneros, pavoneándose por viejos asesinatos ante los amigos de las víctimas”.

Fuentes:

The Nation, semanario, Nueva York, 1920-1927.

The New Republic, semanario, Nueva York, 1920-1930.

The Literary Digest, mensual, Nueva York, 1920-1927.

7. SE BUSCA

Ante la ola de asaltos y violencia en la zona, los industriales ofrecieron una recompensa a quienes dieran pistas sobre los autores de los robos.

La policía consideró que el intento de asalto en Bridgewater había sido realizado por una banda de delincuentes novatos. Michael E. Stewart, jefe de la policía de la localidad, realizó investigaciones y después de interrogar a los testigos se enteró de que los bandidos habían huido en dirección a Cochesett. Supo que Michael Boda, que residía en Cochesett y había vivido con Feruchio Coacci, un anarquista que poseía un automóvil que se encontraba en un taller de reparaciones. Stewart fue a interrogar al propietario del taller, Simon E. Johnson, a quien dio instrucciones de comunicarse con las autoridades cuando alguien llegara a preguntar por el auto.

El 14 de abril de 1920, Stewart hizo una visita oficial a Coacci, por instrucciones del Departamento de Justicia,

para averiguar porqué no se había presentado a comparecer en el juicio al que se le había citado para ser deportado. Al llegar encontró al italiano empacando y consideró que ya no iban a ser necesarios los procedimientos legales para deportarlo.

Al día siguiente, se cometió el robo y doble asesinato en South Braintree. La policía tenía la teoría de que había sido realizado por una pandilla de profesionales y, comparando el intento de robo en Bridgewater con el crimen de South Braintree, concluyó que habían sido hechos por bandas diferentes, aunque coincidieran en la forma de escapar y en que los testigos presenciales afirmaban que los autores eran extranjeros: “El hombre que vi era una especie de extranjero”, “corría como extranjero”, “era de tez morena”, “era extranjero de alguna clase”.

Dos días después la policía encontró el auto, de color oscuro, en el que huyeron los bandidos, abandonado en un bosque a cierta distancia del lugar del crimen. Además, encontró las huellas de otro auto más pequeño, que, dedujo, habían usado los delincuentes para proseguir su marcha.

El 5 de mayo, Michael Boda, Nicola Sacco, Bartolomeo Vanzetti y Ricardo Orciani fueron al taller de Johnson en West Bridgewater a recoger el auto. La señora Johnson les dijo que iba a telefonar para saber si podían circular sin placas, pero se comunicó con la policía, que le dio instrucciones de no entregar el vehículo. Destaca el hecho de que el auto de Boda era un Overland, mientras que en el asalto de Bridgewater fue usado un Buick de siete pasajeros y el carro de South Braintree lo había encontrado la policía.

Ante la negativa, Boda y Orciani partieron en una motocicleta y Sacco y Vanzetti tomaron el tranvía a Brockton. La policía, que avisada observaba sus movimientos, aprehendió a Sacco y a Vanzetti. Ambos iban armados, Sacco llevaba una Colt automática calibre 32 cargada y 32 balas, Vanzetti portaba un revólver 38 Harrington & Richardson cargado con cinco balas, y ambos traían consigo propaganda anarquista, la cual decía:

“Camaradas: ustedes han peleado en todas las guerras, han trabajado para todos los capitalistas, han recorrido todos los países. ¿Acaso han cosechado el fruto de sus trabajos o el precio de sus victorias? ¿Les conforta el pasado? ¿Les sonríe el presente? ¿Les promete algo el futuro? ¿Han encontrado un pedazo de tierra donde puedan vivir y morir como seres humanos?

Sobre estas cuestiones y el tema ‘La lucha por la existencia’ Bartolomeo Vanzetti hablará. Entrada gratis.

Libertad de discusión para todos.

Traigan a sus mujeres”.

Los dos italianos recordaron a Salsedo, sabían que como anarquistas participaban activamente en la preparación y conducción de algunas huelgas. En el momento de la detención Vanzetti apoyaba la huelga de una industria de Plymouth y Sacco la huelga de la fundición Hopedale.

Durante el interrogatorio, Stewart, acompañado por varios oficiales, les preguntó sobre sus ideas políticas y su actitud hacia el gobierno. No se les acusó de ningún delito y ambos mintieron, tenían miedo de dar los nombres de sus compañeros. Además, habían evadido el registro en 1917, eran desertores. Pensaron que serían deportados.

Al día siguiente el fiscal Katzmann preguntó a Sacco

—¿Conoce a Berardelli?

—No, ¿quién es ese Berardelli?

—¿No lee los periódicos?

—Sí, todas las mañanas leo el Boston Post.

—¿Nunca trabajó en Braintree?

—No.

—¿Nunca buscó trabajo ahí?

—No.

—¿Nunca fue en auto a ese lugar?

—No. . .

—¿Sabe usted lo que pasó en Braintree en abril de 1920?

—Sí, leí en el periódico que habían robado frente a Rice & Huchins.

—¿Dónde estaba el día del asalto?

—Trabajando.

Al día siguiente de su aprehensión, los diarios publicaron un sinnúmero de historias amarillistas sobre las actividades radicales de los dos italianos y a partir de ese momento la policía exageró las medidas de seguridad.

El jefe de la policía recordó la actitud de Coacci, diciendo que estaba ansioso por salir para escapar con el botín en compañía de sus cómplices Boda y Orciani. La policía encontró a Orciani, quien demostró haber estado trabajando en la Readville Car Shops cuando se cometieron los asaltos y aparentemente nunca pudieron localizar a Boda.

Los agentes estadounidenses se pusieron en contacto con sus colegas italianos, dándoles toda la información sobre el asunto. Cuando Coacci llegó a Italia, lo detuvieron

en migración y revisaron sus pertenencias, sin encontrar el botín o algún indicio que pudiera relacionarlo con los asaltos.

Por otra parte, al ser interrogados sobre sus actividades el 24 de diciembre de 1919, Sacco demostró que había estado trabajando, pero a Vanzetti, que también había estado trabajando ese día, no hubo empresa que lo respaldara.

El 20 de junio de 1920, Bartolomeo Vanzetti fue acusado de asalto con propósito de robo en primer término y de asalto con propósito de matar en segundo, por el hecho sucedido en Bridgewater. Vanzetti declaró ser inocente.

—Muy bien —dijo Capone—. “Haré que los policías salgan en coches patrulla la noche anterior a las elecciones, para que prendan a todos esos pillos y los mantengan a la sombra hasta que se cierren las urnas”.

Mantuvo su palabra. Dictó a la policía de la segunda ciudad de Estados Unidos lo que había que hacer y la policía obedeció. El día anterior a las elecciones los agentes dispersaron, desarmaron y encarcelaron a muchos conocidos gangsters. Al día siguiente, 70 coches-patrulla recorrieron las zonas donde se hallaban las urnas. Las votaciones ocurrieron dentro de una completa normalidad.

Fuentes:

The Nation, semanario, Nueva York. 1920-1927.

The New Republic, semanario, Nueva York. 1920-1930.

The Literary Digest, mensual, Nueva York. 1920-1927.

8. CHIVO EXPIATORIO

Vanzetti fue sentenciado a cumplir de 12 a 15 años de prisión en la Penitenciaría del Estado de Massachusetts el 16 de agosto de 1920. Fue encontrado culpable de asalto con arma peligrosa contra Earl Graves y Benjamin Bowels y de todas las acusaciones formuladas por el fiscal por el intento de asalto en Bridgewater el 24 de diciembre de 1919. La sentencia estuvo influida por la amistad del defensor de Vanzetti con el fiscal, ya que ambos deseaban hacer carrera política en los tribunales.

Más de 20 personas declararon que ese día Vanzetti había estado en su acostumbrada ruta de trabajo en Plymouth, a 28 millas de Bridgewater, especificando la hora, la cantidad de pescado que le compraron y el precio que le pagaron.

La acusación del Fiscal de Distrito, Frederick J. Katzmann, se basó en dos declaraciones: la de Bowels y

la del vendedor de periódicos, de 14 años, Maynard Freeman Shaw. Sin embargo, en sus primeras declaraciones a la policía, ninguno de los testigos que describió al tirador mencionó el gran bigote de Vanzetti, poco usual en la moda de ese tiempo.

El juicio duró del 22 de junio al 1° de julio de 1920 en la Corte Superior del Condado de Plymouth, Massachusetts. Participaron en representación de la Mancomunidad el Fiscal de Distrito Frederick J. Katzmann y su socio William F. Kane, los abogados defensores, John P. Vahey y J.M. Graham y el juez Webster Thayer.

La prensa dio a conocer los antecedentes políticos del acusado y también publicó artículos e historias antirradicales, de manera que nadie ignoraba las actividades subversivas del acusado ni sus ideas respecto al gobierno, la propiedad privada, las huelgas, et cétera.

Vanzetti fue trasladado con grandes medidas de seguridad. El trayecto estaba muy vigilado; todo el que quería entrar a la corte era revisado por la policía en busca de armas de fuego.

El juez Thayer dio la palabra al abogado Kane, quien durante su intervención acusó a Vanzetti del robo frustrado de Bridgewater, sin mencionar la existencia del otro asaltante. Cuando terminó, el fiscal comenzó a llamar a los testigos. El primero fue Benjamin Francis Bowels, policía de la fábrica: “El día del asalto hacía mucho frío, las condiciones de visibilidad eran muy deficientes y habíamos cerrado las cortinas de adelante para evitar la entrada violenta del aire. Circulábamos por la calle Hale, cuando aparecieron frente a nosotros un hombre con un revólver en la mano y

otro, que corría por el otro lado de la calle en dirección al camión, cargando una escopeta”. Al verlos, instintivamente saqué el arma y cuando abrieron fuego, disparé. En medio de la calle había un tranvía parado por lo que Graves tuvo que realizar muchas maniobras para no chocar contra él... todo sucedió demasiado rápido... después del tiroteo en plena calle, los asaltantes corrieron hacia un Buick de siete pasajeros y huyeron a gran velocidad en dirección a Cochesett, mientras el camión chocaba contra un poste de telégrafos”.

El policía de la fábrica declaró sin dudar que Bartolomeo Vanzetti era uno de los asaltantes, a pesar de que cuando fue interrogado por los agentes poco después del hecho, describió al “extranjero” como un hombre de bigote recortado.

El siguiente testigo que llamó el fiscal fue Alfred E. Cox, pagador de la fábrica de calzado. Su versión de los hechos coincidió con la de Bowels, pero en lo referente a la identificación de Vanzetti dijo no estar seguro. En el primer interrogatorio de la policía había dicho que el bandido tenía el bigote corto, bien arreglado, de color oscuro y no muy pequeño.

Graves, el chofer del camión, falleció poco después del asalto en febrero de 1920, sin declarar.

Bowels y Cox habían visto con anterioridad a Vanzetti una vez en la Corte de Brockton y otra en la Estación de Policía. Las dos veces el acusado fue presentado a los testigos solo y con la indicación, por parte de la policía, de que era uno de los asaltantes. La primera vez que la policía pidió a los testigos que identificaran a Vanzetti tuvo lugar cuatro meses después del frustrado intento de robo y la identificación en el juicio se efectuó siete meses más tarde.

Los testigos recordaron el rostro de los asaltantes a pesar de que nunca antes los habían visto y de que les habían echado un vistazo momentáneo en circunstancias de intensa excitación. Los otros testigos llamados por el fiscal afirmaron que los asaltantes eran extranjeros. El bigote del delincuente fue descrito como “corto” , “trasquilado”, “ni largo ni chico”, “no a la Charles Chaplin”, “un bigote que había sido trasquilado al final”, “ni largo ni colgante”.

Maynard Freeman Shaw declaró que, con sus diarios bajo el brazo, escuchó los disparos y preso del pánico corrió a esconderse y a hurtadillas alcanzó a ver a uno de los asaltantes y a conocer “por su manera de correr que era extranjero”.

Los oficiales que los aprehendieron juraron en el juicio, que Sacco y Vanzetti hicieron movimientos para disparar contra ellos.

Un médico declaró haber recogido del lugar de los hechos un casquillo usado y la policía agregó que cuando Vanzetti fue detenido cuatro meses después, se le encontró un casquillo parecido. Sin embargo, nadie en el juicio mencionó que en la región abundaba la caza menor y que en esa época del año era uno de los deportes más populares, por lo que fácilmente se podía encontrar muchos casquillos en las calles.

Cuando terminaron de declarar los testigos presentados por la Mancomunidad. el abogado defensor Graham, de acuerdo a la práctica estadounidense, explicó al jurado el objetivo de las pruebas que serían expuestas en defensa del acusado. Como ya se dijo, más de 20 personas declararon haberle comprado pescado a Vanzetti ese día. Otros testi-

gos juraron que Bartolomeo Vanzetti estuvo el día anterior al robo envolviendo y preparando los paquetes de pescado hasta la madrugada, rotulando cada uno con el nombre del cliente, y que al día siguiente, desde muy temprano hasta muy tarde, estuvo repartiéndolos.

Para los testigos era fácil recordar esos datos detalladamente, pues era costumbre entre los católicos italianos guardar vigilia el 24 de diciembre, haciendo una sola comida al día, de acuerdo a una vieja tradición por la que se preparaban para la Navidad. Además, Vanzetti vendía a 25 centavos la libra, cuando otros la daban a más de un dólar.

Entre los testigos de la defensa estaban la casera que lo despertó a las 6:00, cuando una vecina fue a pedir pescado; un hombre que tenía una tienda cerca de donde vivía Vanzetti; y nueve amas de casa que le compraron pescado para preparar la comida de su familia ese día. Ninguno de los testimonios ofrecía elementos de discrepancia; todo coincidía.

Bertrando Brini, de 13 años de edad, que solía ayudar a Bartolomeo en el carronato con el fin de obtener algún dinero, fue interrogado durante cuatro horas. El fiscal trató que el muchacho se contradijera o cayera en algún error que inculpara a Vanzetti. Entonces el fiscal dijo al jurado: “Los padres de un muchacho tan inteligente tienen derecho a estar tan orgullosos de él, pero lo que os dijo desde el estrado es una lección aprendida de memoria”.

Con el propósito de derribar algunos de los alegatos presentados por parte del fiscal, la defensa llamó a declarar al barbero John Vezarano, quien afirmó que hacía ya cinco o seis años que le arreglaba el cabello y el bigote al acusado,

y que, desde entonces, éste nunca había llevado el bigote corto, pues afirmaba que el largo y copioso mostacho de Vanzetti era uno de sus orgullos personales.

Todos los testigos de Bartolomeo Vanzetti eran italianos, gente del pueblo, sin instrucción e incluso sin conocimientos del inglés como para declarar sin la ayuda de un intérprete y Bridgewater era un centro industrial en el que la propaganda antirroja había logrado generar fuertes sentimientos de hostilidad en contra de los italianos, por ser casi los únicos extranjeros de la localidad. Katzmann afirmó: “Los compatriotas se defienden entre ellos”.

Vahey indicó a Vanzetti que no debía hacer ninguna intervención durante su proceso legal. Más tarde esto fue usado en su contra.

El abogado Vahey exhortó al jurado y este se retiró a deliberar. Eran las 10:30 de la mañana del 1º de julio de 1920. A las 3:40 de la tarde el jurado volvió a la sala y su presidente entregó un papel al juez en el que le preguntaba “¿Podemos pronunciar un veredicto de asalto con arma peligrosa?” El juez respondió que sí y el jurado se retiró nuevamente.

A las 4:18 de la tarde, después de casi seis horas de deliberar, el jurado declaró a Bartolomeo Vanzetti culpable.

Cuando la sentencia fue pronunciada J. P. Vahey presentó un recurso procesal llamado ley de excepción, que no fue aceptado, como no lo fue cada vez que se presentó en otros casos que antecedieron al de Vanzetti.

En 1927, cuando se solicitó la revisión del caso, se encontró que faltaban varios documentos importante: minutas estenográficas, declaraciones de testigos, las reuniones

previas para seleccionar al jurado, el argumento general de la defensa, ciertas observaciones hechas por el juez Webster Thayer sobre los argumentos presentados por los abogados y ciertas instrucciones del juez.

El 11 de septiembre de 1920, Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti fueron acusados del crimen cometido en South Braintree.

Fuentes:

The Nation, semanario, Nueva York, 1920-1927.

The New Republic, semanario, Nueva York, 1920-1930.

The Literary Digest, mensual, Nueva York, 1920-1927.

Un trabajador de Capone, su verdadero nombre era Leo Vincent Brothers, terrorista de los sindicatos, tenía 30 años y venía de Saint Louis donde se le buscaba por robo, incendio premeditado, explosión de bombas y asesinato. De los 14 testigos que presenciaron la huida del asesino de Lingle, siete testificaron ahora que reconocían a Brothers y otros siete que no lo identificaban. Llevado ante el Juez John P. McGoorty y preguntado por éste si se declaraba culpable o inocente, Brothers respondió: “Por consejo de mis abogados, me quedo mudo”.

El juicio, que duró desde el 16 de marzo hasta el 2 de abril de 1931, casi quedó en un punto muerto, tan equilibradas andaban las pruebas presentadas a favor y en contra del reo. Aunque siete testigos de la acusación lo identificaron como el hombre a quien vieron huir del paso subterráneo de Michigan Avenue, ni uno solo testificó que hubiera visto a Brothers disparar sobre Lingle. Tras una deliberación de 27 horas, el jurado entregó un veredicto de compromiso. Encontraban a Brothers culpable, pero en lugar de la pena de muerte exigida normalmente por el homicidio con agravantes, le impusieron la sentencia mínima de catorce años de cárcel, conmutables por buena conducta a ocho. “No me entra en la cabeza”, fue el comentario de Brothers.

9. SON ANARQUISTAS, LUEGO SON CULPABLES

La Mancomunidad de Massachusetts imputó a Sacco los crímenes de Berardelli y Parmenter y acusó a Vanzetti de complicidad y señaló que éste aguardaba en el auto en que huyeron los homicidas. Fundamentó su acusación con testigos que dijeron haber visto a los dos italianos en el lugar del crimen o en sus cercanías el 15 de abril; trató de demostrar, con peritos que una de las balas que mató a Berardelli fue disparada con el revólver de Sacco y aportó testimonios que probaban lo que llamó “conciencia de culpabilidad”.

Cincuenta y nueve fueron los testigos de la Mancomunidad y 99 los de la defensa. Algunos de los primeros afirmaron haber visto a los acusados en South Braintree el 15 de abril de 1920. La defensa a su vez presentó testigos que negaron que los acusados hubieran cometido los delitos. Varios de ellos incluso declararon que ese día Sacco y Vanzetti se encontraban en otro punto del país. Treinta y

personas testificaron que Vanzetti no estaba entre los bandidos y otras 13 que se encontraba en Plymouth.

El 31 de mayo de 1921, en Dedham, condado de Norfolk, Massachusetts, se inició el juicio en contra de Bartolomeo Vanzetti y Nicola Sacco, encausados por un robo y un doble asesinato ocurridos el martes 15 de abril de 1920 en South Braintree. Dedham era una tranquila zona residencial donde 8 mil bostonianos, en su mayoría ricos, convivían con una pequeña comunidad de granjeros de Nueva Inglaterra.

El juez Webster Thayer presidió el juicio; en representación de la Mancomunidad y por la fiscalía de distrito estuvieron el Procurador del Distrito Frederick J. Katzmann y el Procurador Asistente del Distrito William F. Kane; la defensa de Nicola Sacco estuvo en manos de Fred H. Moore y William J. Callahan y los hermanos Jeremiah y Thomas McAnraney se hicieron cargo del caso de Bartolomeo Vanzetti.

El juez y los fiscales desempeñaron por segunda vez esos cargos en contra de Bartolomeo Vanzetti. La primera vez había sido en el juicio de Plymouth. .

Fred H. Moore, responsable de la defensa, era un abogado de California que había defendido a muchos trabajadores de la IWW ; sus ideas liberales hacían de él un abogado extraño en la conservadora Corte de Dedham. Desconocía las tradiciones de los tribunales de Massachusetts, no pertenecía a la barra de abogados del Estado y el juez Thayer no figuraba entre sus conocidos. Para colmo, el juicio impidió que surgiera entre ambos la menor simpatía. Realidad que se puso de relieve en su alegato final ante el jurado. Moore dijo entonces:

“Ha habido ocasiones, durante las seis semanas de este proceso, en que me he sentido como un extranjero, a pesar (...) de ser ciudadano de uno de los 46 estados de la Unión Americana y de que mi madre era de Vermont y mi padre neoyorkino”.

“[...] Tres mil millas nos separan a los del Pacífico de ustedes, los del Atlántico. Esa distancia ha generado diferencias peculiares en la práctica y en los procedimientos (...) sin embargo, nuestra jurisprudencia y nuestras leyes se fundan en los mismos preceptos que las de ustedes”.

Al inicio del juicio, además de ordenar la lectura de los cargos, la Corte Superior nombró este jurado: William R. Hersey, corredor de propiedades inmuebles; John E. Ganley, comerciante; Frank R. Waugh, maquinista; Frank D. Marsden, albañil; John F. Dever, comerciante; Louis McHardy, molinero; Harry E. King, zapatero; George A. Gerard, fotógrafo; Alfred L. Atwood, corredor de propiedades; Frank J. McNamara, granjero; Steward B. Parker, maquinista y Walter H. Ripley, ganadero. Este último como presidente. El juez Thayer les preguntó a los 12 si tenían relación alguna con las partes; interés, opiniones o prejuicios sobre el caso, y la respuesta fue unánime: no.

Pero el juicio se llevó a cabo en un ambiente armado. La policía escoltaba a los miembros del jurado para “salvaguardar sus vidas” y los acusados, esposados y con grilletas, eran paseados por las calles hasta que llegaban al lugar del juicio. Quienes, como espectadores, seguían el juicio, eran registrados en las puertas de la corte en busca de armas de fuego.

El juez Thayer recordó al jurado que los soldados estadounidenses tenían, al ser llamados a filas, “otros deberes

que habrían realizado con más gusto que aquel que provocó la pérdida de sus vidas en los campos de batalla de Francia” y, sin embargo, “cumplieron con su deber y realizaron el más sublime sacrificio”.

Ya para finalizar, y como quien no quiere, le dijo:”Que no haya jurado alguno que decline excepto, en caso de que su conciencia no le permita encontrar culpable a los acusados de un crimen castigado con la pena capital”.

El primer testigo de la Mancomunidad fue un señor Neal, empleado de la American Express, quien recordó que el 15 de abril de 1920 salió de su oficina, cruzó la línea del ferrocarril para recibir un dinero y al regresar se fijó en un auto estacionado; que ya en su despacho, contó el dinero que remitiría a la Slater and Morrill (empresa productora de zapatos) y cinco minutos después salió otra vez. Caminó seis u ocho metros paralelamente al edificio y al dar vuelta a la esquina, para entrar en las oficinas de Slater and Morrill vio a un hombre parado en la puerta. En atención a la solicitud de la defensa, describió al hombre como un sujeto alto y delgado, de tez blanca, pelo claro, ojos azules y una expresión muy deprimida. Neal había sido llamado para identificar el auto, y la defensa, atenta al retrato hablado que hizo, aprovechó la ocasión para preguntarle si alguno de los acusados era el hombre aquel. Neal respondió claro y directo: —No, señor.

—¿Qué de singular había en el auto o en el hombre?, interrogó Moore.

—Sentí que mi vida estaba en peligro, repuso.

El señor Neal, empero, no tomó las placas del auto, ni en su oficina llamó la atención de alguien sobre el asun-

to. Tampoco lo comentó con el empleado que manejaría el camión con el dinero, pero declaró que “el sujeto tenía una mano en el bolsillo”, lo que le hizo pensar que “ocultaba una pistola”.

Respecto a la identificación del vehículo, Neal indicó que cuando lo vio por primera vez a las diez de la mañana, le llamó la atención el hecho de que parecía nuevo. “La razón por la cual conozco que el auto era un modelo 1920, es que se encontraba recién barnizado, acabado de pintar”.

Neal afirmó que cinco horas después a las 15:05, desde su ventana, alcanzó a ver la parte trasera del auto en que huían los bandidos y pudo reconocer el vehículo como el mismo que viera a las 10 de la mañana, porque “parecía estar notablemente bien cuidado y por la clase y calidad de la pintura que tenía debajo del polvo...sí, señor, he identificado la pintura y las ruedas traseras del coche que pasó frente a mí a 29 kilómetros por hora a una distancia de 24 metros”.

De acuerdo con su testimonio, entre las 9:30 de la mañana y las 15:05 los delincuentes recorrieron en auto la carretera de East Braintree —un pequeño camino que se retorcía dando vueltas a una loma, con casas a uno y otro lado— y “en aquella polvorienta carretera el vehículo se había cubierto de polvo”.

En seguida, el Fiscal llamó a declarar a John W. Faulkner, de Cochesett, quien en ese tiempo tenía herida una mano y estuvo curándose en un hospital de Watertown, al que se dirigía el 15 de abril. Faulkner sostuvo que viajó en el tren de Cochesett a East Braintree, punto al que llegó a las 9:52. “Me senté en el carro y oí que este hombre, Van-

zetti, sentado detrás de mí, se inclinaba y preguntaba a otro sujeto sentado frente a él: ¿dónde está la estación de East Braintree? le oí preguntar varias veces... Una vez en cada estación hasta que llegamos y se bajó con una maleta en la mano. Me llamó la atención por el equipaje que llevaba, hasta tal punto, que pensé que iba a haber algún lío”.

Pese a que tomaba el tren con frecuencia Faulkner no vio ese día a nadie conocido. No conocía al conductor ni al retranquero.

Entonces Moore le preguntó:

—¿Había un hombre sentado con usted?

—Sí, repuso.

—¿Es éste?, dijo Moore señalando a un individuo sentado en la sala del juicio.

—No lo sé, admitió Faulkner, turbado y vacilante.

La defensa le mostró entonces la foto del señor Scavito, un hombre muy parecido a Vanzetti, y le preguntó si era la persona que había visto en el tren.

—No puedo asegurarlo, respondió.

Sin embargo, Faulkner fue categórico al señalar a Vanzetti: “Digo que éste es el hombre” . .

La defensa entrevistó enseguida a los expendedores de boletos de Plymouth, Kingston, Seaside y East Braintree. Ninguno identificó a Vanzetti y no existía tampoco constancia de que se hubieran vendido pasajes a bordo.

Luego del interrogatorio al jefe de la estación de Plymouth, el fiscal dijo: “Pudo comprar el boleto en Seaside”.

El jefe de esa estación fue llamado a declarar y luego de conocer sus respuestas el fiscal dijo “Tal vez tomó el tren en Kingston”. Entonces el jefe de esa estación fue citado a declarar pero, el fiscal se abstuvo de interrogarlo.

Edwin Pierce Brooks, jefe de estación de South Braintree declaró: “El 15 de abril no vi a Vanzetti, pero sí a un hombre sospechoso que bajó del tren con una maleta”.

“Era” –dijo– “un hombre alto, delgado, con apariencia de trabajador y en repetidas ocasiones, después de aquel día, bajó en esa estación”. Brooks añadió que informó lo anterior a la policía del estado mucho tiempo antes del juicio. La policía por su parte, nunca le desmintió ni mencionó si había intentado seguir la pista de aquel sospechoso.

La Mancomunidad llamó a testificar a James Bostock, de Brockton, quien realizaba un trabajo para la Slater and Morril el 15 de abril.

El interrogado dijo: “Después de salir de la fábrica, mientras caminaba frente a Rice & Hutchins, me encontré con Berardelli y Parmenter, que iban en dirección contraria. Cuando empezó el tiroteo me encontraba a 15 o 18 metros de los criminales. Busqué protegerme y me refugié tras una cerca y desde ahí observé el auto”.

“Si hubiera extendido la mano” –dijo– “habría podido tocarlo”.

James Bostock vio a Sacco y a Vanzetti después de aprehendidos, pero jamás los señaló culpables. Indicó, no obstante, que el sábado anterior al día de los hechos Berardelli le enseñó un revólver de níquel brillante, y aclaró que esa fue la primera vez que vio un arma.

Un abogado le preguntó si podía afirmar que el arma presentada como prueba en el juicio era la misma que le había mostrado el occiso: “No podría hacerlo”, repuso Bostock. Pese a ello, en su alegato final ante el Jurado el Fiscal afirmó: “Bostock declaró que el arma que presentamos era similar a la de Berardelli”.

Lewis Wade, otro testigo de la Mancomunidad, afirmó a su vez que el 15 de abril estaba “muy cerca de la escena del crimen, junto a la toma de agua, a una distancia de 60 o 65 metros e identificó al acusado Sacco por “el pelo recortado y enhiesto en la parte de atrás de la cabeza”. El abogado defensor le preguntó entonces: .

–El hombre que se encontraba frente a Berardelli, a metro y medio, es decir, el asesino, ¿Cambió de posición mientras lo veía?

–Estaba cambiando su posición todo el tiempo, saltando atrás y adelante en un espacio de 1.21 metros.

–¿Recuerda que al día siguiente del crimen usted afirmó a varios trabajadores de Slater and Morrill que el asesino tenía a lo sumo 19 o 20 años?

–No, no lo recuerdo.

–¿Recuerda haber hablado con Reynolds y otros compañeros italianos, cuatro en total?

–He hablado con tantos que no puedo recordar particularmente con quién.

–¿Dirá usted ahora que no nos dijo que el asesino tenía 19 o 20 años?

–Yo no puedo decirlo, porque no puedo recordar tanto, ¡Hace tanto tiempo!

–Cuando vio al acusado en la estación de policía de Brockton, ¿Pudo identificarlo?

–Yo tenía mis pequeñas dudas.

–Eso es lo que declaró en Quincy, ¿No es verdad?

–Me parece recordar... ¡Hace tanto tiempo! puede ser que lo haya dicho.

El 6 de mayo Lewis Wade declaró ante el Fiscal de Distrito en la estación de policía no estar seguro de que el

acusado Sacco fuese el hombre que había matado a Bernardelli. Y antes de esa fecha, en Quincy, dijo haber visto a un hombre en una barbería, en la calle Pearl, en South Braintree, que se parecía tanto al que le disparó que quedó atónito y desde entonces no pudo dejar de pensar que aquel hombre era el asesino.

—¿Quiere decir que éste es el hombre?, preguntó el defensor y señaló a Sacco, ¿o puede decir positivamente que no lo es?

—No quiero cometer una equivocación, esto es endiablidamente serio.

—¿Tiene algo en su memoria, señor Wade, acerca de que era un hombre de tez morena y de estatura mediana?

—No, señor.

—¿Dirá usted que este es el hombre?

—No, no diré eso.

—No quiere decir que este es el hombre, ¿verdad?

—No quisiera contestar a esa pregunta. ¿Tengo que hacerlo forzosamente?

El fiscal sostuvo en su alegato final:

—Encuentro muy poco que creerle a Wade.

Mary Eva Splaine, contadora de la fábrica, admitió en el verano de 1920 estar insegura de que Sacco fuera el bandido que iba en el auto y en el Tribunal Inferior, dijo:

—No puedo decir positivamente que éste es el hombre, pero tampoco que no lo sea.

Sin embargo, durante el juicio en la Corte Superior subió al estrado y aseguró que vio a Sacco apuntando con un revólver a todo el mundo. El día del crimen, Mary Splaine observaba los acontecimientos desde un segundo piso, a cua-

tro metros de altura del suelo y a casi 25 metros de distancia e hizo una descripción detallada del sujeto que pasaba en un auto a 30 kilómetros por hora. A esa velocidad un vehículo recorre 4.57 metros por segundo y como el campo visual de Mary Splaine abarcaba el espacio marcado por la hipotenusa de un triángulo no mayor de 21 metros, se puede afirmar que ella observó al hombre durante un lapso no mayor de tres segundos.

La defensa le preguntó:

–Puede describir al hombre?

–Oh, sí, señor. Era un poco más alto que yo, pesaba alrededor de 65 kilos. Era varonil, parecía muy atractivo, tenía una camisa gris, del tono que usan en la marina, poseía un buen corte de cara, su frente era alta, tenía el pelo peinado hacia atrás de un largo de cinco a seis centímetros, sus ojos eran oscuros, pero su tez era blanca con un tinte verdoso.

Durante el juicio, Mary Splaine afirmó que en tres ocasiones visitó a Sacco la cárcel de Brockton. Nicola lo corroboró y agregó que la joven le había pedido que adoptara distintas posiciones.

En el alegato final uno de los abogados defensores exhortó al Jurado a reflexionar si la descripción de la señorita Splaine se basaba en lo que había visto desde la ventana de Rice & Hutchins, o si era resultado de sus visitas al penal de Brockton.

El abogado prosiguió su interrogatorio:

–¿Vio a alguien en la calle?

–No, señor, contestó Mary Splaine.

–Probablemente había ahí una docena de personas, pero usted dice que no las vio.

–Yo digo que no vi a nadie.

–Hacia dónde estaba mirando antes de que apareciera el auto?

–Hacia la calle.

–¿Sabe si había alguien ahí o no?

–No, señor, no lo sé.

Empero al preguntársele si había visto a Sacco, repuso: “Sí, estoy segura. Lo juro”. Más tarde apuntó: “Yo vi su mano derecha, quiero decir la izquierda dentro del automóvil, no sé nada de su mano derecha”.

Moore, tomó la voz y le preguntó:

–¿Recuerda haber declarado en las diligencias preliminares, al señor Adams de la Mancomunidad, lo siguiente?: “El hombre tenía una mano apoyada en el asiento delantero y con la otra estaba disparando”.

–No, señor, nunca dije semejante cosa en Quincy.

–¿Qué?

–No, señor, nunca lo dije.

–Señora, quiero ser enteramente justo con usted. ¿No se llama Mary Eva Splaine?

–Sí, señor.

–¿Fue interrogada por el señor Adams?

–Sí, señor.

–¿Recuerda usted que se le hiciera esa pregunta?

–No, señor.

–Dígame lo que vio y oyó.

–Me llamó la atención una joven que decía: “Estamos mirando desde las ventanas de Rice & Hutchins”. Entonces alguien dijo: “Tomen las placas”. Fui a mirar desde las ventanas que dan a la calle Pearl, pero la señorita Devlin ocupaba

esa ventana, de suerte que miré desde otra que daba a la calle Pearl. Miré el crucero en todo el espacio no tapado por el garaje y la tienda de la esquina.

El juez Webster Thayer intervino y preguntó:

—¿Recuerda haber declarado lo que afirma el abogado sobre la mano derecha?

—No, señor. No he declarado eso, contestó.

El defensor insistió:

—Entonces, ¿sostiene que esas declaraciones, tomadas taquígráficamente, no son correctas?

—En cuanto a lo que refieren de la mano derecha, nunca he dicho tal cosa. Nunca he afirmado haber visto la mano derecha del asesino.

En su primera declaración en Quincy, la señorita Splaine dijo:

—El asesino estaba con una mano apoyada en el asiento delantero y con la otra disparando.

—¿Cómo es esto de que vio su mano izquierda y no pudo ver su derecha?

—Porque estaba mirando a su cara y lo que hacía y no a su mano derecha.

—¿Opina que el acusado se parece mucho al asesino?

—Podría equivocarme.

—¿Recuerda haber declarado que no estaba segura de que este hombre era el asesino?

—No, señor. Yo no he dicho tal cosa.

—¿Dijo que no estaba segura?

—No, señor.

—Quiero ser enteramente justo con usted, señorita Splaine. ¿No está segura de que él es el hombre?

—No, señor.

El abogado leyó a continuación la pregunta y la respuesta y ella declaró:

—Yo no he dado esa contestación. .

—¿No dijo en Quincy, el 20 de mayo, que el día del asesinato no vio al asesino?

Y de nuevo Mary Splaine negó su declaración anterior.

Concluido ese interrogatorio, a la mañana siguiente volvió al sitio de los testigos y en respuesta a las preguntas de Williams, asistente del Fiscal, admitió que había dicho todo lo que negó a la víspera. Aceptó que en mayo no estaba segura de que Sacco fue se el asesino, pero durante el juicio, es decir mucho después, afirmó que Sacco era uno de los bandidos.

Mary Splaine dijo que había visto al acusado inclinando el cuerpo fuera del auto el día del crimen. Que tenía la mano izquierda en la tercera parte del respaldo del asiento delantero y que esa mano le daba la impresión de ser fuerte. Agregó que la sombra del cuerpo del acusado oscurecía al conductor, cuestión poco lógica, porque si la sombra impedía ver al chofer tampoco hubiera sido visible la mano por falta de luz. Reconoció que poco después del crimen, en las oficinas generales de la policía de Boston, identificó a uno de los bandidos en una de las fotos que le mostraron. Más tarde, empero, se supo que ese hombre estaba, desde hacía tiempo, interno en la prisión de Sing Sing.

El señor Goodridge fue otro testigo de la Mancomunidad, quien el día del asesinato estaba en una sala de juego de la calle Pearl. Goodridge aseveró que Sacco era el hom-

bre a quien había visto del lado derecho del auto, apuntándole con un revólver.

La defensa entonces llamó a varios testigos que declararon que Goodridge les hizo comentarios el día del asesinato y los siguientes, que negaban la identificación que hizo en la barra de los testigos ante el jurado.

El señor Arrogni, barbero del pueblo, dijo:

“Goodridge me aseguró que no podía identificar a los ocupantes del auto”.

El señor Magazu afirmó que Goodridge se levantó unos minutos de la mesa de juego para ir a vender unos zapatos. De regreso les dijo que había habido un asalto, que el pagador había muerto y que el guardia estaba herido. Que sus cuerpos estaban en la calle y que los bandidos habían huido en un coche. De acuerdo con Magazu, Goodridge dijo que no podía identificar a los asesinos.

El señor Magnarelli, dueño de dos o tres tiendas en Braintree y en Quincy dedicadas a la venta de fonógrafos, había sido jefe de Goodridge, y fue llamado por la defensa. Cuando lo interrogaron dijo que Goodridge le había dicho: “No podría reconocer al asesino”. Agregó que mucha gente dudaba de la veracidad de Goodridge.

De hecho, Goodridge vio por primera vez a Nicola Sacco en el mes de septiembre anterior, es decir 10 meses antes, mientras Sacco estaba detenido en la Corte y cuando el testigo se presentó a declarar, estaba haciendo negocios particulares con uno de los abogados de la Mancomunidad.

Hans Bershin, un joven que trabajaba como chofer en la empresa Slater and Morrill, fue llamado por el fiscal. El 15 de abril, antes de que empezara el tiroteo, estacionó

su automóvil frente al edificio donde estaba la señorita Splaine. Cuando los bandidos salieron huyendo, el vehículo pasó a tres metros de donde él se encontraba. Interrogado, afirmó que no vio a los acusados el día del crimen. Que Sacco y Vanzetti no habían cometido el asalto y describió a los bandidos como hombres blancos de pelo rubio.

La señorita Devlin, otra contadora de Slater & Morrill, testificó por la Mancomunidad. En los interrogatorios preliminares admitió no estar segura de que Sacco fuera el asesino; pero en el juicio declaró que mirando desde el segundo piso hacia la calle Pearl vio el carro de los asaltantes y en él a un hombre alto y robusto, a quien identificó como Sacco.

El Fiscal pidió que pasara a declarar la señora Lola Andrews, mesera, enfermera práctica y trabajadora de la fábrica de zapatos, quien testificó que la mañana del crimen un hombre, que se encontraba en un auto, cerca de la fábrica Slater and Morrill, le preguntó cómo podría entrar en la empresa. Este hombre —dijo— era Nicola Sacco.

George Fay, miembro de la Policía Departamental de Quincy, declaró llamado por la defensa:

“La noche que visité el edificio de la Alhambra, encontré a la señorita Andrews recostada en un sofá, quejándose ante varios señores de haber sido víctima de un asalto. Entonces le pregunté si en su opinión el asaltante se encontraba relacionado con el hombre que había visto en South Braintree, y ella repuso: “Yo no pude ver la cara de los hombres de South Braintree”.

El sastre Harry Kurlansky dijo que seis meses antes del juicio, en febrero, Lola Andrews afirmó que no podía describir a los asesinos ni identificar a ningún sospechoso.

La señora Julia Campbell, de 69 años, testificó que el día del crimen se encontraba con la señora Andrews cuando un hombre que estaba parado detrás de un auto le preguntó a ella, Julia Campbell, cómo entrar a la fábrica y que fue ella, y no Lola, quien le indicó cómo hacerlo. Esto —subrayó— se lo dijo a un representante de la Mancomunidad que fue a Maine a entrevistarla.

Pese a que el Fiscal decidió no llamarla a declarar, la defensa lo hizo y la señora Julia Campbell aseguró que Nicola Sacco no estaba entre los bandidos que vio en South Braintree el 15 de abril.

Para reforzar su declaración, el fiscal llamó a la señora Gaines, quien dos o tres días después del asesinato fue a casa del matrimonio Lancaster donde estaban las señoras Andrews y Campbell. Sitio en el que Lola Andrews dijo, al comentar el asesinato: “Yo hablé con el hombre que me tocó la espalda y me preguntó por dónde se iba a la fábrica de Rice & Hutchins”.

La defensa pidió interrogar de nuevo a la señora Andrews y le mostró una foto de Sacco marcada en el juicio como documento número cuatro. Lola Andrews declaró entonces que ese hombre no participó en el tiroteo de South Braintree. Moore le enseñó las fotos de otros individuos y ella afirmó: “Ninguno participó en el crimen del 15 de abril”.

La polémica se desató luego de un receso, cuando la señora Andrews declaró de nuevo y vio otra vez el documento número cuatro, la foto de Sacco. “Este —indicó— era uno de los asaltantes”.

El abogado Moore conservó el control y le preguntó: —¿Ha recibido alguna influencia impropia, de cualquier clase, para orientar su testimonio?

Lola Andrews respondió que sí.

—Usted mismo me ha ofrecido un viaje a Maine.

Luego de muchas preguntas Moore logró demostrar que eso era falso y la testigo admitió que había visitado la cárcel en febrero, para observar durante 15 minutos, a un hombre que se paseaba por los corredores. Y ese sujeto no era otro que Nicola Sacco.

Un testigo más de la Mancomunidad, Luis Pelzer, de 22 años, subió al estrado y declaró:

—A través de la rotura de una ventana de la fábrica Rice & Hutchins, vi caer a Berardelli y la cara de su asesino, Nicola Sacco; vi además el número de las placas de su auto y lo retuve en la memoria.

Todo esto, aun cuando algunas de las balas golpeaban la ventana desde donde Pelzer estaba observando.

En una entrevista anterior con el señor Reid, de la defensa, Pelzer negó haber visto a Berardelli en la acera y afirmó:

—No podría reconocer al asesino y no sé nada de lo ocurrido en South Braintree.

Reid conservaba esta primera declaración y la leyó en el juicio. Pelzer, a su vez, la reconoció como suya.

El abogado interrogó:

—El 26 de marzo ¿habló usted con Reid francamente y le dijo todo lo que sabía de este asunto?

—No todo, señor.

—¿Le dijo que había visto algo del tiroteo?

—No, señor. Solamente vi a un hombre caído. Eso es todo.

—¿Fue esa su declaración verdadera?

—Sí, señor.

Al formularle una vez más la pregunta, el testigo declaró :

—Sí, señor. Le dije eso al señor Reid, pero no era verdad.

—¿Por qué?

—Porque no quería declarar y pensé que si no le decía a Reid lo que sabía no me llamarían como testigo.

Pese a que Pelzer no quería declarar, recordó que el auto de los bandidos tenía las placas 49783.

Unas cuantas preguntas revelaron que cuando Pelzer habló con Reid, éste todavía no trabajaba en Rice & Hutchins. Pero meses después consiguió un puesto y fue entonces cuando contó “lo que había visto” al superintendente de su departamento.

Por último, y todavía en la barra de los testigos, Pelzer señaló a Nicola Sacco y dijo:

—Estoy seguro de que éste era el hombre que asesinó a Alessandro Berardelli.

La defensa llamó a varios testigos que estuvieron con Pelzer el 15 de abril, durante el tiroteo. Entre ellos estaban los señores Brenner, Mc Callum y Constantino. Sus testimonios coincidían con las afirmaciones de Pelzer. Más aún, todos coincidieron en que Pelzer tomó las placas del auto un minuto antes de que desapareciera; pero desde una ventana del segundo piso que daba a la calle Pearl, que no era la que Pelzer había dicho.

Señalaron igualmente que además de la placa solo había visto caer a Berardelli.

McCallum, con Brenner a su lado, abrió la ventana. Ambos habían visto todos los acontecimientos y cuando se

dieron cuenta que las balas pasaban rozándoles, cerraron la ventana y corrieron a esconderse debajo de una mesa.

Constantino declaró que Pelzer permaneció escondido, bajo un mueble, durante el tiroteo y que decidió ver lo que ocurría un momento antes de que los asaltantes huyeran.

Peter Mc Callum, trabajador del departamento K de la fábrica Rice & Hutchins afirmó:

– Levanté la ventana del centro y miré hacia afuera desde el segundo piso. Vi a un hombre al lado del moribundo Berardelli. Llevaba una pistola en la mano izquierda y con la derecha colocaba la caja del dinero en el auto.

Al ampliar su descripción agregó: “La pistola era de níquel brillante; pero negó que Nicola Sacco fuera aquel hombre”.

Mike Levangie, quien cruzaba la calle cuando el auto de los delincuentes pasó, dijo, señalando a Vanzetti en el banquillo de los acusados: Ese hombre manejaba el auto en que se fugaron los asesinos.

Entretanto, Edward Carter, un testigo de la defensa, a firmó: El conductor era un hombre blanco, de pelo claro.

El Fiscal Katzmann reconoció en su alegato final: Levangie “se equivocó al declarar que Vanzetti conducía el auto. Los testimonios son contundentes: cuando el auto empezó a andar, era conducido por un hombre blanco de pelo claro, que al parecer estaba enfermo.”..

Edward Carter subrayó que poco después del robo Levangie le dijo: “El chofer era de tez blanca y rubio”.

Henry McCarthy, bombero de máquinas, llamado por la defensa, afirmó: “Levangie me dijo, pocos minutos después del crimen: ‘no he visto a los bandidos porque estaba tan asustado que corrí a esconderme’ “.

El señor Parkhurst, llamado por la Mancomunidad, declaró: “Vi a Bartolomeo Vanzetti tomar el tren en South Braintree el 15 de abril”. Pero no sabía quien iba sentado a su lado ni si había otros italianos en el tren.

Un guardaestación identificó a los acusados. “El día del crimen” –dijo– “el auto de los bandidos pasó a 12 metros de la línea de ferrocarril, desde donde les hice la señal de alto, para que pasara el tren”.

Según ese testimonio, Vanzetti sacó la cabeza y preguntó a su compañero a vez en cuello, “¿Por qué paras el coche?”

La defensa presentó a un trabajador de Rice & Hutchins que conocía a Nicola Sacco desde Milford, donde habían sido vecinos. Su testimonio fue: “Corrí hacia la calle. Vi pasar el auto. Vi al hombre. Conozco a Nicola Sacco y por eso sé que no era él, ni se le parecía”.

Otro testigo de la defensa, el catedrático Frank Burke, fue quien estaba el día del crimen a dos y medio metros del auto de los ladrones; del mismo lado de la calle que se encontraban otros testigos de la Mancomunidad, como las mujeres y Bershin.

Minutos después del tiroteo Burke telefoneó a Harry Schwarts, de Brockton Enterprises, para informarle lo que ocurría y éste, a su vez, llamó a la policía para reunir más información. Burke declaró: “Uno de los bandidos me apuntó con la pistola desde el carro, pero no disparó”.

Burke describió a los asaltantes y dijo: “No vi a ninguno de los acusados. Ellos no son culpables”.

La señora Barbara Luscomb, testigo de la defensa, afirmó: “El 15 de abril me encontraba en el segundo piso

de la fábrica Rice & Hutchins. Al oír el griterío me asomé a la ventana y al ver a un hombre que apuntaba su revólver hacia donde yo estaba, me desmayé”. Indicó asimismo que “Jamás podré olvidar aquella cara y estoy segura de que no era la de Sacco”. Entrevistada poco después de los sucesos por un oficial de la policía y el sheriff, la señora Luscomb no fue llamada a testificar por la Mancomunidad.

Una enfermera, la señora Novelli, declaró: “Aquel día caminé por las calles Pearl y Hancock, paralelamente a un auto que iba despacio, en la misma dirección. El chofer era un hombre pálido, de pelo rubio. Quien iba a su lado me recordó a un conocido y pensé en hablarle. Por eso recuerdo a ambos y puedo afirmar que no eran los acusados”.

Declaración corroborada por Heyller, de las fuerzas de Pinkerton, quien trabajó en la primera investigación del caso.

Durante el juicio, la fiscalía quiso establecer que el auto había llegado de East Braintree, a la hora en que lo vio la señora Novelli, pero según el testimonio de ésta “venía en dirección opuesta”.

Elmer Chase, trabajador de una tienda cooperativa de South Braintree, dijo: “Oí el auto pasar, salí y lo vi dar la vuelta en la esquina. Su velocidad atrajo mi atención. El auto pasó a muy poca distancia y pude ver a quien lo conducía. Era un individuo de pelo rubio. También vi a un hombre que miraba a través de la ventanilla y no tenía ningún parecido con Sacco”.

Giuseppe Andrower, oficial del Consulado de Italia en Estados Unidos, dio su testimonio ante el Cónsul General Estadounidense en Roma y dijo: “Hablé con Nicola Sacco

el 15 de abril, más o menos una hora antes del crimen”. Sacco había ido a Boston a tramitar su pasaporte y el de su familia. “El día 15 –señaló Andrower– fue muy flojo en cuanto a trabajo, recuerdo que Sacco estuvo ahí ese día porque entregó una foto familiar demasiado grande y los que estábamos ahí nos reímos mucho. Tengo presente la fecha porque casualmente la vi en el almanaque del escritorio del secretario”. Aclaró: “Es común que cuando un italiano tiene familia y quiere sacar pasaporte, presente un retrato en grupo, pero la fotografía que mostró Sacco era la más grande que había visto y lo exagerado del tamaño nos produjo risa”. Su testimonio corroboró las afirmaciones de otros testigos que indicaron que el 15 de abril Sacco estaba en Boston a las dos y cuarto de la tarde.

La defensa llamó a Mc Clone, que estuvo con Frederick Parmenter cuando yacía gravemente herido sobre el pavimento. Explicó: “Estaba a menos de nueve metros del asesino, viendo lo que pasaba. Uno de los abogados le preguntó si podía identificar a los asesinos y respondió: -No, pero no es ninguno de los acusados. Es difícil identificar a los malechores porque todo ocurrió demasiado rápido y ya ha pasado mucho tiempo; solo podría hacerlo si volviera a verlos.

Los señores Dentamore, Bosco y Guadagnia declararon que estaban con Nicola Sacco el 15 de abril, a las tres menos cuarto en un restaurante de Boni. Recordaban la fecha con exactitud porque ese día, los representantes del gobierno italiano ofrecieron una comida en el Convento Friar, al señor Williams del *Transcript*, en agradecimiento por la actitud de su periódico hacia el gobierno italiano du-

rante la guerra. Sacco fue invitado a la comida y como no pudo asistir, se reunió con Dentamore, Guadagnia y Bosco después de comer.

La defensa llamó a Franconelli, un trabajador de la fábrica de calzado, quien el 15 de abril tuvo que ir dos o tres veces de la fábrica a la oficina de Slater & Merrill y pocos minutos antes de las tres de la tarde pasó junto a la cerca frente a la fábrica, en donde los dos hombres que cometieron el crimen estuvieron recargados durante 10 o 15 minutos, Franconelli declaró: “Los acusados no son los hombres que vi”.

El fiscal pidió a Franconelli que observara a Girard y Atwood, dos miembros del jurado, y que los describiera. El testigo se equivocó en algunos detalles de la vestimenta, pero no en cuanto a la fisonomía. El Fiscal no olvidó el error de Franconelli en su argumentación final.

La señora Brini dijo que Vanzetti estaba en Plymouth el día del crimen. Lefavre Brini de 16 años corroboró la declaración de su madre y comentó: “Vanzetti era como un miembro de la familia, solía ir a menudo a nuestra casa”.

Los dos testimonios fueron impugnados por el Fiscal alegando parcialidad por la amistad que las unía con el acusado y porque habían declarado en el juicio anterior.

El italiano Guilobone declaró haber visto a Vanzetti en Plymouth 2 la hora que se cometió el asalto.

Otros testigos importantes de la defensa fueron el joven Morey y la señora Corl, quienes habían estado platicando con Vanzetti el día 15 en el muelle de Plymouth, mientras observaban al señor Corl echar al agua su bote recién pintado y salir remando hacia Duxbury. Corl afirmó: “Re-

cuerdo la fecha porque esa semana estuve pintando el bote y porque el 17 fue el cumpleaños de mi mujer”. Al fiscal le resultó extraño que un hombre recordara semejante fecha.

Katzmann interrogó a Morey: Le preguntó si aquella fue la primera ocasión en que se le pidió que trajera a su memoria lo acontecido el 15 de abril de 1920.

—Sí, señor.

—Lo recordé enseguida.

—No, señor.

—¿Alguien le dijo cuándo había sido?

—Sí, señor. La señora Corl, cuando hablamos sobre esto.

—¿Estaban seguros de que aquel era el día?

—No, no estábamos seguros.

—¿No estaban seguros?

—Ella no estaba segura.

El señor Affe, empleado de una tienda de víveres, declaró: “Sacco me hizo un pago por 15.50 dólares el día 15, que quedó anotado en el libro de cuentas, mismo que se presentó a la corte como prueba.

Durante el alegato final, el Fiscal comentó: “Deseo que observen el libro y noten que en vez de escribir la palabra italiana il está escrito al sobre el total y la letra no es de Affe. La palabra pardo en vez de pagato. El haber escrito la palabra al en vez de il demuestra que Affe no fue el autor de este registro. Observen el resto de la escritura. Fíjense las veces que escribió alguna fecha, por ejemplo, 10-3-20, que significa el día 10 del tercer mes de 1920 . Francamente, señores, es posible que Affe haya escrito este registro. Pero ¿en qué fecha? Tomen una lente y observen las particulari-

dades del cinco, en la cantidad 15. Miren el tres que está en el libro y digan si un gancho no lo convertiría en cinco...”

John D. Williams testificó: “Vi a Sacco el 15 y recuerdo esa fecha porque visité a mi médico por un padecimiento asmático”.

El Fiscal llamó a declarar al doctor Gibbs, quien dijo haber recibido la visita de Williams una tarde, para preguntar si le había dado consulta. Afirmó: “De acuerdo a mi registro, la penúltima visita de Williams fue en marzo y la última en abril o principios de mayo”. Sin embargo, nunca negó o afirmó explícitamente la declaración de su paciente.

Joseph Rosen, de origen judío, vendedor ambulante en Massachusetts, declaró: “El 15 de abril tomé el tren a las 6:37 y llegué a Plymouth poco después de las ocho, desayuné, vendí una tela a Bartolomeo Vanzetti y estaba en Seaside a las 9:30. Fue la última vez que estuve en Plymouth” –agregó–. “Durante ese año visité dos o tres veces la ciudad pero no recuerdo exactamente las fechas”.

Recordaba el 15 de abril porque al día siguiente su mujer pagó una deuda en su ausencia: “Acompañé a Vanzetti a casa de la señora Brini, a quien le había vendido una tela dos meses antes. Estuvimos ahí hasta que sonaron las sirenas de las fábricas. Después vendí una tela a un sastre griego; de Plymouth fui a Whitman, donde pasé la noche”.

La defensa llamó a declarar a la dueña del hotel de Whitman, quien confirmó la declaración de Rosen.

Otro testigo de la defensa fue el joven O’Neil, recién salido de la escuela, quien dijo: “Estaba cerca de la caja de señales de la vía del tren cuando sucedió el asalto, vi a uno de los asaltantes y no se parece ni siquiera a los acusados”.

George Kelley fue llamado más de tres veces a la barra de los testigos. Vecino y amigo de Nicola, al ser interrogado explicó: “Le ayudé a conseguir permiso en la fábrica para ir a Boston a tramitar su pasaporte. Sacco me mostró una carta de su familia en la que lo invitaban a Italia”.

Katzmann comentó sobre su testimonio que a Kelley no le constaba dónde había estado Sacco ese día, que le había mentido a su amigo íntimo, haciéndole creer que todo el día había estado tramitando su pasaporte.

La señora Sacco declaró que los esposos Iacovelli estuvieron en su casa el 15 de abril, mientras Sacco había ido a buscar su pasaporte. “Teníamos planeado ir a Italia el 7 de mayo”.

Posteriormente, Kelley mostró una carta fechada el 8 de abril, donde le pedía a Iacovelli que fuera a Stoughton a sustituir a Sacco, que se marchaba a Italia. El 9 de abril, Iacovelli contestó, en carta de su puño y letra, a Kelley diciendo: “Estaré en Stoughton el 15 de abril”.

La defensa fue a la compañía 3K Shoe y encontró el sobre con el matasellos de entrega especial con fecha 9 de abril de 1920, donde estaba la carta mencionada por Kelley.

La señora Sacco continuó su testimonio “inmediatamente después de que mi marido fue aprehendido, pensando que estaba en peligro por sus ideas políticas, quemé muchos libros y escondí otros –que después fueron presentados ante el jurado– como *La gran revolución* de Kropotkin; *El control social* de Merlino; un libro de Emilio Zolá; *Religión y ciencia* de Vella y otros títulos como *El ideal de los trabajadores*, *La ley y la autoridad*, *Cartas sobre el socialismo*, *La transformación social* entre otros”.

Una de las pruebas más importantes para culpar a Sacco fue que una gorra perdida por los asaltantes, según el fiscal, coincidía en tamaño y estilo con la de Nicola, y que éste calificó como: “Un asunto muy serio que condena al acusado...”

El teniente Guerin, del Departamento de policía de Brockton, tomó otra gorra de la casa del italiano. En varias ocasiones, Sacco tuvo que ponerse una y otra y someterse a extensos interrogatorios sobre el tema, tanto en la primera como en la segunda instancias.

En un principio, Nicola reconoció la propiedad de su gorra y negó que le perteneciera la otra, alegando que pesaba más y diciendo con orgullo: “No, esa gorra luce demasiado sucia. Yo siempre he tenido 50 centavos para comprarme una nueva”.

Cerca del lugar del crimen, se encontraban 12 hombres trabajando en una excavación. Llamados por la defensa declararon que los acusados no habían participado en el asalto, [que] “vimos todo desde la zanja”.

Para invalidar estos testimonios, la Mancomunidad llamó a la señora Nichols, quien declaró: “Tan pronto como se inició el tiroteo, los trabajadores de la excavación corrieron a esconderse, abandonando sus herramientas”.

Llamó también a Morris Colbert, vecino de la señora Nichols, quien afirmó: “Mi esposa cerró la puerta cuando empezó el asalto, mientras yo me asomaba a la ventana, desde donde vi a los obreros correr hacia la casa de la señora Nichols”.

Durante el alegato final, el fiscal calificó como poco consistentes las declaraciones de estos trabajadores, porque la zanja solo tenía 91 centímetros de profundidad.

La defensa llamó a los trabajadores del ferrocarril que estaban en las líneas cuatro y cinco, al sur del crucero, quienes indicaron que vieron el automóvil y a sus ocupantes y que no eran los acusados.

El fiscal presentó al capataz de la cuadrilla, el señor Ricci, un hombre bajito, con bigote, quien aseguró que nadie pasó delante de él, ni tampoco vio a nadie cuando se volvió hacia el crucero, a donde fueron sus hombres cuando el vehículo ya había pasado.

El joven marinero Celluci vino desde la estación de Hapten Roads, llamado por la defensa, para dar su versión de los hechos, ya que él se encontraba en el crucero, a unos 60 pies (20 metros) de donde pasó el auto de los bandidos. El fiscal dijo que su presencia negaba las declaraciones de los obreros y las del capataz.

Dos testigos, Shirley Neal y el señor Heron, se negaron a ser interrogados por los defensores, el fiscal Katzmann apoyó su actitud. Cuando Heron llegó a la Estación de Policía de Quincy donde se encontraba Sacco, expresó: “Este es el hombre que vi el día del crimen...”. Posteriormente, en el juicio, corroboró su declaración.

El señor Tracy, dueño de un edificio cerca de donde ocurrieron los hechos, presencié el asalto y meses después, obrando por su propio impulso, fue a la cárcel y reconoció a Sacco.

Austin Reed declaró que vio a los asesinos mientras huían en el auto. Agregó que a finales de mayo, cuando viajó a Brockton, fue a la Estación de Policía e identificó a Vanzetti como uno de los asaltantes.

El 15 de abril, el guardaespaldas Alessandro Berardelli recibió cuatro balas de revólver automático. De acuerdo a

la declaración del doctor Magrath, la bala que lo mató le penetró por la espalda, destruyéndole la aorta, para alojarse en la parte interior del hueso izquierdo de la cadera; la bala quedó ligeramente torcida y aplastada.

Los defensores y el Fiscal solicitaron la ayuda de expertos en balística para aclarar la cuestión. Hicieron el peritaje James Burns y el señor Frizgerald, por parte de la defensa. El capitán Van Amburgh y el capitán Proctor estuvieron por la parte acusadora.

Burns señaló que la pistola automática Bayard belga, número 763, pudo haber disparado la bala marcada con el número tres, que mató a Berardelli. “Opino” —declaró— “que no fue disparada con la Colt de Sacco, porque si se observa la marca que le imprimió la pistola con que se disparó, se verá la diferencia respecto a la que deja la pistola de Sacco. Esto es: la primera deja una marca ligeramente inclinada hacia un lado, mientras que la de Nicola marca las balas con una línea paralela a la longitud de las mismas... Sé que el proyectil número tres no fue disparado por la Colt de Sacco porque las balas United States que disparé en Lowell, mostraban estas marcas absolutamente paralelas, sin divergencias entre ellas”.

En su alegato final, el fiscal aludió a las opiniones de los peritos oficiales como simples referencias y a las otras pruebas presentadas para sacar sus propias conclusiones. Alegó asimismo que “el planteamiento de Burns no es muy sólido, ya que se basa en las pruebas hechas por él con balas marca United States cuando la bala tres era Winchester”.

Durante el juicio, Katzmann llamó al capitán Proctor y le preguntó si era posible que una Colt disparara esa bala,

a lo que éste respondió: -"Sí, es posible". Sin embargo, el fiscal no mencionó específicamente la Colt de Sacco.

La Mancomunidad sostenía que el arma encontrada a Vanzetti el día de su detención pertenecía a Berardelli. La viuda de éste declaró que su marido tenía una Harrington & Richardson calibre 32, de cinco cilindros, que llevó, tres semanas antes de morir, a la compañía Iver-Johnson de Boston para que le pusieran un gatillo nuevo, porque el que tenía estaba roto. La defensa llamó al técnico de la Iver-Johnson, quien declaró que nadie había ido a recoger el revólver. Vanzetti atestiguó que su pistola Harrington & Richardson calibre 38 de seis cilindros la había comprado cuatro o cinco años antes en Boston por 16 o 17 dólares. Esto fue confirmado por dos testigos del estado de Maine, uno de ellos de apellido Flazini, quien dijo que el cañón del revólver de Vanzetti tenía señales de desgaste y que el niquelado estaba deteriorado en la parte anterior a la cámara de explosión. Él se lo vendió a Vanzetti y recordaba perfectamente que era de seis cilindros. La señora Florence, que vivió durante cuatro o cinco meses en casa de la señora Berardelli, declaró que la viuda le había dicho después del entierro: "Si él hubiera sacado el revólver del taller de reparaciones, no estaría aquí ahora".

Por otra parte, las autoridades llamaron "conciencia de culpabilidad" a las actitudes "sospechosas de los acusados", en la casa de Simon Johnson; en el tranvía y con los agentes.

Ruth Johnson declaró que el 5 de mayo de 1920, alrededor de las nueve y media de la noche, los acusados, en compañía de otros hombres, fueron a recoger el Overland;

la siguieron a la casa de Barlett a ir a llamar por teléfono, mientras su marido permanecía en la puerta de su casa. “La motocicleta se movió y con la luz que proyectaba, vi que los acusados actuaban de manera sospechosa”. Añadió que los dos la esperaron hasta que salió, 10 minutos más tarde, entonces, la acompañaron hasta donde estaba la motocicleta y otros dos hombres.

Por su parte, Simon Johnson declaró que recogió el auto descompuesto de la casa de Mike Boda; que cuando los italianos fueron por el coche estuvo platicando con Boda mientras su esposa iba a llamar por teléfono y corroboró las afirmaciones de ella.

Sacco y Vanzetti fueron aprehendidos por los agentes Merle Spear y Michael Conolly, quien declaró: “Les dije que al primer movimiento que hicieran les metería una bala en el cuerpo en el camino a la estación, Sacco puso una mano debajo de su abrigo, a la altura del estómago. ‘Mantén las manos quietas’, insistí. Luego le pregunté si iba armado y contestó que no. Lo registré por encima del abrigo y no encontré nada”. A Vanzetti le dijo: “Usted, saque la mano del bolsillo o le pesará”, porque ya antes había hecho el mismo movimiento.

Al oír esto, Bartolomeo Vanzetti se levantó indignado y gritó: “Usted es un mentiroso”. El juez ordenó silencio.

Pasó entonces Stewart, el jefe de la Policía, quien dijo que en el interrogatorio Sacco y Vanzetti “negaron haber ido a casa de los Johnson para recoger el auto de Boda y también mintieron respecto a otras cuestiones”.

En el alegato final, el fiscal relató el interrogatorio que les hizo en Brockton a Sacco y Vanzetti sobre sus actividades el 15 de abril.

En su turno, la defensa llamó a declarar a Sacco y a Vanzetti, quienes negaron las declaraciones de la señora Johnson, especialmente que la habían seguido a la casa vecina. Dijeron: “No, su declaración es falsa. Llegamos después de que ella se había marchado”, y narraron sus actividades militantes durante el mes de abril de 1920.

“El día que fui aprehendido –dijo Sacco– acompañaba a Vanzetti a casa de un amigo común llamado Pappi, que vivía en Brockton”. Ambos declararon que salieron de la casa de Sacco para recoger el auto de Boda y en él ir por la literatura anarquista para desaparecerla esa misma noche. Vanzetti afirmó que quería avisar a los militantes de West Bridgewater, Brockton, Everett y Salem que sacaran los papeles de sus casas y que él buscaría un lugar en Plymouth donde ocultarlos. Por otra parte, afirmó que en el tranvía, el policía Conolly le había dicho: “No te muevas, cochino”.

Los dos agregaron que el policía Stewart le preguntó a cada uno en el interrogatorio posterior a su aprehensión: “¿Es usted anarquista? ¿Es miembro de alguna asociación, organización o club? ¿Cree en el gobierno estadounidense? ¿Es socialista?”

Sacco dijo que el 15 de abril había ido al consulado. Durante el juicio aclaró que efectivamente había trabajado en Braintree (aunque lo negó en el primer interrogatorio), pero con el nombre de Nick Nusmacotelli, porque venía de México, donde había estado para evadir el servicio militar. “Procedimos en forma sospechosa porque Kelley me avisó en febrero que me estaban vigilando y porque teníamos papeles de naturaleza izquierdista. Además éramos conscientes de haber eludido la ley del servicio militar obligatorio.

Por eso negamos a los funcionarios de la policía entre otras cosas, haber estado en casa de los Johnson. No queríamos ser deportados”.

El 13 de julio de 1921, después de 36 días de juicio, Fred H. Moore se dirigió al jurado en defensa de Nicola Sacco. En su argumentación subrayó la ideología de su defendido y afirmó que a él tampoco le gustaba ese tipo de hombres. Destacó, “No existe mejor forma de americanizar a un extranjero que administrarle la ley imparcialmente”. Más adelante afirmó que el gobierno no había probado nada: “No existe un solo testigo presentado por la Mancomunidad que haya conocido antes a estos hombres y reclame que su identificación se hace con conocimiento previo”. De los testigos presentados por la defensa, comentó: “Han sido obligados a hablar una lengua extranjera... les pido que tomen esto en cuenta al considerar su testimonio”. Sobre la llamada “conciencia de culpabilidad”, Moore dijo: “Las circunstancias no explicadas se convierten en una amenaza y en un peligro”.

El 5 de mayo Sacco tenía presente toda la situación política, y cualquier declaración que hayan podido hacer no ajustada a la verdad tiene como explicación clara: la posibilidad de que por cualquiera de estas causas no les conviniera o no les fuera posible decir la verdad y de ninguna manera debido a un temor de responsabilidad criminal por el asésinato de South Braintree el 15 de abril. Haberles preguntado sobre sus opiniones o ideas políticas solo añadió leña al fuego y alimentó las sospechas que ya tenían Sacco y Vanzetti y, por lo tanto, explican la falsedad de sus declaraciones”.

“Todos sabemos –continuó Moore– “que durante los últimos cinco años, el Primero de Mayo ha adquirido un significado en la vida estadounidense. Sabemos lo que ha ocurrido durante los últimos años. Cualquiera que hace 10 años hubiera dicho que un miembro del cuerpo de abogados de Estados Unidos en 1920 iba a considerar apropiado aconsejar a cualquier grupo de gente en Estados Unidos ocultar papeles, libros o panfletos, literatura de cualquier carácter, habría sido recibido con sonrisas compasivas. Pero esta no era la situación en 1920. La tragedia de la vida estadounidense es el temor al libro”.

Cuando Moore, terminó su intervención, volvió a su lugar y el juez le concedió la palabra a Jeremiah J. McAnarney, quien afirmó: “Hemos establecido que son radicales y que fueron apresados por ello... Ustedes no serían capaces de matar a un perro con semejante identificación... uno alto, ligero, oscuro, pequeño, de ancho pecho cuadrado, de pecho ligero, con bigote, sin bigote. Se ha hecho referencia a todos los tipos de hombre para describir a los autores del crimen”.

Mc Anarney denunció ante el jurado la parcialidad con que se manejó el caso desde su inicio, al referirse a la identificación de los acusados después de su aprehensión: “Llevaron a los testigos, los pusieron delante a ese hombre y les dijeron que era el criminal, ése que estaba encerrado en el cuarto. Esto no es la concepción que ustedes tienen de una identificación legal. ¿Cuál es el crimen de estos italianos que los privó de los derechos de que todo hombre goza cuando se trata de su identificación?”

Más adelante el abogado habló de la xenofobia, tan exaltada en aquellos días: “Desgraciadamente hay muchos

españoles e italianos entre nuestros testigos. ¿Se ha de presumir que un italiano, porque es italiano, es un asesino, o que trata de encubrir a un asesino? ¿Se ha de presumir que un español, por el hecho de serlo, no es un hombre y ha de dedicarse a encubrir a un asesino”?

Respecto al testimonio de la Sra. Luscomb, que vio para no olvidar jamás la cara del asesino apuntándole con un revólver. “... no se ha traído ni la más pequeña evidencia para contradecirla. ¿Qué significa el hecho de que el fiscal abandone este testimonio que prueba que Sacco no era el asesino”?

El defensor de Vanzetti cuestionó: “¿Es creíble que Sacco, conocido como era en la fábrica Rice & Hutchins donde había trabajado, pudiera estar ahí por varias horas, en el mejor lugar para ser identificado? No es posible afirmar esto... Los criminales suelen ser más inteligentes. Quizá, Sacco y Vanzetti no hablan nuestra lengua muy bien, pero si se prescinde de su inglés desesperante, se encuentra debajo hombres comunes y corrientes... No voy a hacer una defensa radical de hombres que, según entiendo, desean de alguna manera destruir nuestro gobierno, que en mi opinión es el mejor del mundo; pero ustedes saben que existe una enorme diferencia entre un hombre y sus opiniones políticas”.

“Si las leyes que tenemos hoy se hubieran presentado a la legislatura nacional hace 50 años, hubieran sido consideradas como ultrarradicales por nuestros antepasados. No olviden eso. Me opongo a cualquier hombre que desee violar las leyes del país o destruir su forma de gobierno de alguna manera. No está en mi sangre y nunca lo podrá

estar; pero cualquiera que estudie los tiempos que corren, sabe que lo que acabo de decir es verdad: que las leyes de hoy constituían el radicalismo avanzado de hace 50 años”.

“Si en las dos horas que estuvo el fiscal del distrito interrogando a Vanzetti, él predicó alguna cosa mala, el silencio fue el comentario del fiscal... desgraciadamente declaró que era un republicano... pero creo firmemente que heredó la mentalidad de su padre. Lean el tono leal y sincero de la carta de su hermana. No son cartas solemnes. Son sentimientos elevados y expresiones hermosas, aun en la cruda traducción que hemos leído. Y este es el hogar de donde él viene”.

“Al ser aprehendidos ¿no creían que era por sus actividades socialistas? Si la única acusación que se les hacía era haber dado muerte a un hombre en Braintree, ¿por qué se les preguntó es usted socialista? ¿es usted anarquista? ¿es usted esto o lo otro? ¿Qué tenían que ver estas preguntas con el homicidio?”

“Señores, esta causa se ha inflado demasiado y ya es hora de que vuelva a su nivel. ¿Son socialistas? ¿Son anarquistas? ¿La trampa estaba preparada en Briedgewater con idea de atraparlos “? Nadie siente más por su país ni defiende más a este gobierno que yo, pero quiero ser justo con un hombre que no tiene mis propios puntos de vista y repito: hace falta tener mucho valor para tomar una posición individual contra la corriente. Estos hombres la tomaron y quizá por ello deben ser condenados tan duramente como ustedes quieran, o como merezca la literatura que guardaban, pero nada de esto probará que sean los asesinos de South Braintree. Consideren esto y su triste y sencilla historia y la peculiaridad de sus entendimientos”.

“Pero, volviendo a Vanzetti, ¿qué existe contra él? Lo único que ha podido probarse es que estaba vivo el día del crimen. Tenemos a Parkehurst, que vio todo en el tren menos al acusado. Tenemos a Levangie, cuyo testimonio fue anulado por el de Carter. Esto es todo lo que existe contra Vanzetti, con la excepción de que es soltero, patriótico a su manera y que estaba tratando de ayudar a sus compañeros después de haber ido a Nueva York”.

Algunos testimonios de la defensa fueron cuestionados durante el juicio, porque los testigos pertenecían al Comité de Defensa de Sacco y Vanzetti. De ahí que el defensor preguntó: “¿Hace mal un hombre que sabe que los acusados son honrados, que dijeron la verdad, que estuvo con ellos el día del asalto, porque acude en su defensa, haciéndose miembro de un comité?”

Para finalizar, dirigiéndose al jurado, dijo: “Se justifica que dispongan de la vida de un ser humano fundados en una evidencia de esta especie? No permitan que un pensamiento extraño o un prejuicio entre en su mente ni por un segundo. Piensen en la evidencia. Este caso no tiene igual en la historia criminal de Massachusetts. Si tuviera bastante fuerza moral para mantenerse nunca lo hubieran apoyado en la ficción”.

Finalizada la intervención de McAnarney, el juez indicó que se abría un receso, después del cual tocaría su turno al fiscal. La gente comenzó a buscar la salida. Se escucharon ruidos de pasos, sillas y voces haciendo comentarios. Poco a poco la sala quedó en silencio. Luego, por la tarde, se inició el bullicio. Todo el que quería entrar en la sala era cuidadosamente revisado, un gran número de policías fue

apostado en distintos lugares. Los acusados fueron trasladados como criminales peligrosos.

La misma escena que había tenido lugar a lo largo del juicio se repetía ahora y volvería a ocurrir hasta que terminara el proceso.

El juez reabrió la sesión.

Por la tarde el fiscal Katzmann empezó su alegato diciendo... “estos hombres deben ser condenados como responsables de asesinato en primer grado o ser absueltos. La Mancomunidad no acepta transacciones. Massachusetts demanda que ustedes no las acepten. A ustedes no les corresponde arrancarles la vida sino declararlos culpables de un asesinato del cual solo ellos son responsables. La ley es la que toma esas vidas... ustedes no pronunciarán ninguna sentencia de muerte”, dijo para limpiar el camino que conduciría al jurado a declarar sin remordimiento la culpabilidad de Sacco y Vanzetti.

Felicitó al jurado porque la hora de su liberación estaba próxima, “a los acusados por la bondad de la defensa que, a través de dos abogados de práctica, de habilidad y de experiencia, han obtenido”. Sin embargo, señaló: “Los argumentos exhibidos por los abogados se han encaminado casi totalmente.. a la defensa del acusado Sacco y una inapreciable porción se ha dedicado a la defensa de Vanzetti. Creían que era un asunto sin esperanza. Que debían dirigir todo su esfuerzo a obtener, de ser posible, un veredicto en favor de Sacco. Estoy obligado a preguntar si la coartada de Bartolomeo Vanzetti no satisfacía a estos dos caballeros “. . .

Según Katzmann habían “probado, sin duda razonable, que Sacco disparó la bala con un revólver Colt

automático que mató a Alessandro Berardelli; que alguna otra persona, cuyo nombre desconocemos, que no ha sido aprehendido, mató a Frederick A. Parmenter con el Savage automático, no fue Vanzetti. Esto es tan claro como yo lo he podido decir en inglés! Sostenemos que Vanzetti estaba ahí auxiliando, instigando y asistiendo activamente a Sacco y al otro hombre, mientras cometían el asesinato y que la presencia de Vanzetti lo hace ante la Ley tan culpable como a Sacco” .

Para Katzmann los ejes centrales de la defensa hecha por los abogados Moore y McAnarney fueron:

“Primero: La declaración de los testigos de que no vieron a ninguno de estos hombres en el automóvil de los asaltantes. Segundo: Que los dos acusados estaban en otro lugar a las tres de la tarde. Y el tercero: la explicación o un ensayo de explicación para satisfacer a 12 hombres honrados, de lo que de otra manera es la más condenable prueba de la conciencia de culpabilidad. Con ello me refiero a lo que sucedió en la casa de Johnson, cuando el policía Connolly aprehendió a los acusados en el tranvía y, por último, a la serie de falsedades que los acusados dijeron repetidas veces a los representantes de la Ley, incluyéndome a mí”.

“La defensa ha dedicado su máximo esfuerzo para convencerlos de que fue una conciencia de culpabilidad de una ofensa trivial y el no haber cometido este tremendo y atroz crimen de tomar las vidas de dos hombres inocentes... y con sangre fría robar el dinero perteneciente a otra persona. Es común entre asesinos tomar si es necesario –y aun si no lo es, la vida de sus semejantes para robar 15 mil dólares pertenecientes a un capitalista: La Compañía Slater and Morrill”.

Katzmann descalificó los testimonios de la defensa acusándolos de contradicciones, de parcialidad, amiguismo, por el método que usaron para recordar. Afirmó que la fisonomía de Sacco era inconfundible y su cara inolvidable. Aunque para Katzmann “la nacionalidad no es importante en este caso”. En cambio, describió a los testigos llamados por la Mancomunidad “...Mary Splaine, una elegante joven y a la gentil Francis Devlin y han visto la verdad brillando como una estrella en aquellos ojos femeninos, y no pueden creer que alguna se atreviera ante un tribunal de justicia o ante Dios, su creador, a contribuir a una condena por una vil mentira. Austin Read un joven honesto, limpio. ¿Por qué razón habría de querer arrancar la vida a Vanzetti?” O bien, “Por qué Heron habría de venir aquí a cometer un perjurio a sangre fría?”

En varias ocasiones los abogados defensores interrumpieron la exposición del fiscal para aclarar que las afirmaciones no coincidían con las actas estenográficas. Empero, el juez Thayer dijo al jurado: “Señores, ustedes recordarán cuál es la prueba y la aplicarán, seguramente, de acuerdo con sus recuerdos”.

Las cartas recibidas por Sacco también fueron motivo de distorsión por parte del fiscal, de ahí que el abogado Moore dijera: “Permítanme, no hay semejante prueba”.

Katzmann: “La carta habla por sí sola”.

McAnarney: “Esta no es la carta que fue mostrada al testigo y la prueba en este caso es que ésta era la carta de su hermano, que fue escrita dos o tres días después de la muerte de su madre y que fue la que se mostró al señor Katzmann”.

Katzmann: “Estoy hablando de la carta que fue enseñada a Kelley en la barra de los testigos”.

McAnarney: “El testigo habló solamente de ‘una carta que le fue enseñada’. La afirmación o negación de la verdad constituye una prueba de la conciencia de culpabilidad. Si son inocentes no hay motivo para que nieguen la verdad. Lo razonable es que digan la verdad si son inocentes. Si son culpables y no han confesado, el resultado en todos los casos debe ser o la respuesta evasiva o la falsedad o el silencio. Las falsedades dichas a modo de exculpación constituyen una prueba de mayor o menor valor para la imputabilidad. El radicalismo no es juzgado aquí. Este es solo un juicio por asesinato y nada más”...

“¿Por qué tenían miedo? Hasta entonces nadie los había agarrado. No existía literatura alguna en sus bolsillos. Lo que tuvieran en su pensamiento no podía ser conocido por las autoridades que los aprehendieron. Más tarde agregó: “¿Pueden concebir que alguna criatura humana, temerosa, cuando la aprehenden, de que iba a ser objeto de la imputación de poseer literatura radical, haya salido de su casa dejando a su mujer y a su niño con un montón de libros, que ella tuvo que destruir después?... Si tuvo que quemar el resto, imagínense la diferencia entre la que quemaron y la que se atrevieron a ofrecer al juzgado”.

El fiscal censuró las respuestas que los acusados dieron en la estación de policía en Brockton: “De hecho declararon falsamente a la Mancomunidad... Sus respuestas fueron falsedad sobre falsedad, y la explicación que ahora se nos presenta es ésta: ‘Temíamos que usted descubriera que éramos desertores. No soy un oficial federal y no tengo nada

que ver con los expedientes de deportación. Esta es una función federal, violación de las leyes de Estados Unidos y no está dentro de mis atribuciones”.

“El mismo Vanzetti, el hombre que enseña la voz áspera, que no pudo controlarse a sí mismo, porque de nuevo estaba haciendo frente a su enemigo natural, un oficial de la policía: Conolly... Ustedes nunca olvidarán la incontrollable interrupción del acusado, suficientemente astuto para comprender que así negaba la conciencia de culpabilidad... Vanzetti estaba consciente de su culpabilidad por alguna fechoría y por eso él falseó. Falsedad tras falsedad”.

“No tenían literatura encima, pero en cambio traían un arsenal consigo... Este hombre, de corazón tierno, que amaba a este país y huyó a México porque no quería disparar contra otro hombre y que, sin embargo, iba a buscar un auto decrepito y abandonado con un revólver 38 cargado”.

“Y su amigo y asociado Sacco, otro amante de la paz, otro amante del país de adopción que aborrecía el derramamiento de sangre de tal manera que huyó a México, bajo el apellido de Nusmacotelli, a fin de no verse obligado a defender con las armas a su país de adopción...Y este amante de la paz tenía un revolver automático calibre 32 con nueve balas listas para la acción y 23 más en sus bolsillos. ¿Es que los ciudadanos ordinarios suelen andar con revólver? No, los llevan aquellos que pueden tener ocasión de usarlos prontamente. Y para hacerlo llevan esos instrumentos distribuidores de muerte. Entre los dos llevaban suficientes municiones para matar a 37 hombres, si cada uno de los tiros diera en el blanco... Puede pues, señores, que piensen que esta es la forma natural de salir inocentemente por la

noche... los acusados iban a hacer una visita social, iban a ver a su amigo Pappi.

“Nos han hablado de deportación, pero esto constituye una defensa absurda... Sacco temía de tal manera la deportación que declaró que se embarcaba el sábado 11 de mayo; y, sin embargo, declaró falsamente a las autoridades para que no le llevaran gratis. Esta es su defensa o al menos la esencia de ella.

“Y Vanzetti tenía un miedo mortal, tan mortal, de ser deportado a su propio país, del que había emigrado seis o siete años antes, que también declaró falsamente. Sacco tenía miedo de regresar, pero ¿cómo es esto? si él declaró que estaba haciendo preparativos para volver y en esto consistió su defensa”.

“Es mi deber, como fiscal, velar porque las garantías individuales que la Constitución les da a ustedes, a sus familias y a sus amigos en este distrito, se mantengan hasta el final de sus vidas y que sus propiedades y su libertad sea respetadas”.

Finalmente, el juez Thayer formuló sus instrucciones al jurado: “La Mancomunidad de Massachusetts los ha llamado para que rindan un importante servicio. Seguramente sabían que este servicio sería árido, penoso y cansado; pero como verdaderos soldados, respondieron a este llamado en el espíritu de la su prima lealtad estadounidense. No hay mejor palabra en el lenguaje inglés que “lealtad”. Aquel que es leal a Dios, a su país, a su Estado, a sus conciudadanos, representa el tipo más alto y noble del verdadero ciudadano estadounidense”. De ahí que, “si se encuentra entonces que el asesinato ha sido cometido, su grado deberá ser dictaminado por el jurado”.

“Siendo esta la ley, señores, no tiene consecuencia alguna el que creamos en ella o no. Esa es la ley y lo ha sido por varias generaciones y como tal se convierte en un sagrado y solemne deber para ustedes, así como para mí, obedecerla. Ustedes deben comprender ampliamente que dentro de su cargo sagrado están incluidas las más grandes responsabilidades, que afectan los derechos de ambas partes... Porque la vida de cada acusado está en peligro y para ellos nada puede haber en el mundo de más valor o más precioso... Lo es también para el Estado, porque las vidas de Frederick A. Parmenter y de Alessandro Berardelli han sido tomadas y sus vidas fueron tan queridas y preciosas para ellos como lo son las suyas a los acusados, porque debe recordarse que no hay ninguna persona... que tenga derecho de decir a su semejante ‘Hasta aquí vivirás y no más’. Ese derecho descansa en Dios, que está por encima de nosotros y no en el poder humano de la tierra. Les ruego que no permitan que el hecho de que los acusados sean italianos influya o haga existir un prejuicio en ustedes”.

El juez Thayer también le explicó al jurado las implicaciones legales de su misión: “Asesinato en primer grado es el cometido con deliberada y premeditada malicia. Asesinato en segundo grado es el cometido con malicia y sin deliberada premeditación” y definió estas agravantes: “La Mancomunidad sostiene que el robo al pagador fue el motivo que precedió a la intención de matar, y siendo esto así, fue el poder de impulsión que causó en la mente la intención de matar. La realización del robo en sí mismo, tal como fue consumado, necesariamente prueba que debió de haber existido de parte de los que lo ejecutaron una calma, deliberada y

determinada intención de matar o de ocasionar lesiones corporales graves, a fin de realizar el deliberado propósito de posesionarse de las dos cajas de dinero”.

“La Mancomunidad sostiene que estos acusados eran dos de una pandilla de cinco que mataron a los fallecidos. Los acusados lo niegan... La Mancomunidad debe probarlo sin duda razonable. Las cosas más importantes que les pudieran ayudar a determinar esta cuestión de identidad personal por medio de la prueba directa serían: la inteligencia de los testigos que hicieron tales observaciones, la duración de las mismas y la condición mental o nerviosa del testigo en el momento de la observación... También es necesario un equipo intelectual apropiado para un testigo que desee tomar una fotografía mental y verdadera de un individuo. La Mancomunidad sostiene que el revólver encontrado a Vanzetti fue tomado por él del poder de Berardelli en el momento del asesinato,... y hay prueba tendiente a demostrar que una gorra fue encontrada cerca del cuerpo de Berardelli. La Mancomunidad sostiene que esa gorra pertenecía a Sacco”.

“Hay otra parte de la prueba” –continúa el juez Thayer– “hacia la cual deseo llamar especialmente su atención, porque existe una conciencia de culpabilidad por parte de estos acusados. La mente sabe si un acto es inocente o culpable. Si indica culpabilidad es prueba de conciencia de un acto culpable y tal prueba tiende a probar la identidad del autor del acto criminal. Para ser más específico, la cuestión real es: ¿las acciones, conducta y conversación de los acusados en la noche del 5 de mayo de 1920 y en otras ocasiones, indican que sus mentes estaban conscientes de haber cometido algún crimen”?

“Pero la Mancomunidad sostiene que las declaraciones y la conducta de los acusados mientras estaban en casa de Johnson y en subsiguientes ocasiones tienden a probar su conciencia de culpabilidad por los asesinatos de Berardelli y Parmenter. Deben recordar que tal conciencia de culpabilidad, si la encuentran, debe relacionarse con el asesinato de Berardelli y Parmenter, y no con el hecho de que ellos y sus amigos eran conspiradores e iban a ser deportados o estaban temerosos de que se les impusiera algún castigo. La Mancomunidad afirma que cuando fueron apprehendidos, el acusado Vanzetti puso su mano en el bolsillo lateral con el propósito de usar el revólver contra el policía que lo detenía, con el fin de que él o ambos pudieran escapar, si encuentran que esto es cierto, hay algún crimen cometido por él”.

“La Mancomunidad sostiene que cada uno de los acusados hizo suficientes declaraciones para probar una conciencia de culpabilidad de los asesinatos de Parmenter y Berardelli. Ahora”, continuó el juez, “la ley dice que las declaraciones intencionalmente falsas, la impostura y el disimulo de la verdad son pruebas de conciencia de culpabilidad y pueden ser usadas únicamente contra un acusado cuando tal conciencia de culpabilidad se relaciona con el crimen que motivó el procesamiento. Dichas declaraciones falsas fueron hechas por los acusados, según se ha admitido... Dicen que las hicieron para protegerse y proteger a sus amigos de una deportación, porque eran radicales, por sus actividades en el movimiento radical o por estar en posesión de literatura roja. Reflexionen largamente y bien, de manera que cuando regresen del cuarto del jurado, su veredicto

pueda mantenerse ante el mundo como juicio de la verdad y de la justicia. Señores: sean justos y no teman”.

Aprovechando un breve receso, la defensa señaló al Juez que algunas de sus afirmaciones, de acuerdo al acta estenográfica eran falsas, el Juez dijo al jurado: “Dije en mis instrucciones que el nuevo gatillo y muelle fueron puestos en el revólver de Berardelli en la casa Iver-Johnson. Después de un examen de los autos y de una sugerencia del abogado de los acusados, encuentro que estaba equivocado al hacer esa declaración”.

“Los autos muestran que allí solo había un gatillo nuevo puesto en el revólver en casa de Johnson... afirmé que en la noche del sábado anterior al asesinato, Bostock vio un revólver en poder de Berardelli que era similar al de Berardelli. Se ha sugerido que esto no es consistente con los autos. Voy a dirigir su atención hacia los autos, sobre lo que el señor Moore leyó a ustedes esta mañana. Recuerden que lo primero que hizo fue leerles una parte de la prueba referente a esta cuestión y, por consiguiente, deben guiarse por esto y no por lo que yo dije... deben recordar esta prueba. Es lo que ustedes digan que es la prueba, y no lo que yo digo. No es lo que el abogado dice... Es lo que ustedes dicen”.

Jeremiah McAnarney. dijo entonces: “Toda prueba obtenida por el jurado en la inspección del pajar de Coacci, ha sido desmentida totalmente”.

Luego el Juez pidió al defensor hablar a solas con él. Tras lo cual señaló al jurado que podría retirarse.

Después de una breve sesión celebrada durante la tarde de aquel mismo día, en la que se decidió que los jurados podrían utilizar una lupa para examinar las piezas de con-

vicción cuando las solicitaran a pesar de las protestas de los abogados defensores. El tribunal se reunió por tercera vez aquella noche con objeto de conocer el veredicto del jurado.

Ese día, 14 de julio de 1921, Worthington, el secretario dijo: “Señores del jurado, ¿han llegado a un acuerdo sobre su veredicto? El presidente del Jurado respondió: “Sí, hemos llegado”.

Dirigiéndose a cada uno de los acusados, el secretario mencionó sus nombres. Sacco y Vanzetti respondieron “presente” y se pusieron de pie. Luego, hablando al presidente del jurado, dijo: “Levante su mano derecha y mire a los prisioneros. Prisioneros, miren al presidente. ¿Qué dice? ¿son los prisioneros aquí presentes culpables o no culpables?

-Son culpables de asesinato en primer grado de cada una de las acusaciones.

Por último, Worthington pidió a los jurados ratificar sus veredictos. El juez, dirigiéndose al jurado, señaló: “No puedo añadir nada excepto expresarles de nuevo, la gratitud de la Mancomunidad por los servicios que le han prestado. Pueden ir ahora a sus hogares, de los cuales han estado ausentes por cerca de siete semanas. El tribunal suspende ahora sus sesiones”.

En ese momento Sacco habló: “Ustedes asesinan a un hombre inocente. Ustedes asesinan a dos hombres inocentes”.

Los abogados defensores dijeron algo al juez y éste llamó al fiscal. Enseguida, el juez dijo: “El término del proceso se ha aplazado y el fiscal de distrito ha dado su consentimiento hasta el 1° de noviembre”. Y se levantó la sesión.

En profundo silencio los acusados fueron acompañados a la prisión por una exagerada escolta.

“Michael J. Ahern, cuya clientela incluía a Capone y a otros altos jefazos de la mafia, enunció un curioso principio: “Si un policía te detiene, aunque sea por un momento, en contra de tu voluntad, si el policía recurre a la fuerza de las armas, puedes matarle en defensa propia y salir indemne ante la ley. No serás culpable de asesinato, sino solo de homicidio casual”.

En las bocas de los acusados se dibujó una amplia y socarrona sonrisa cuando el jurado los encontró culpables de homicidio casual, fijando la condena en catorce años de penitenciaría. La madre del agente muerto, anciana y sordomuda, había asistido a todas las sesiones del juicio. Cuando una compañera explicó por señas el veredicto, la señora Olson explicó agitando furiosamente sus manos: “No puedo entender por qué no se envía al patíbulo a los asesinos de mi hijo. Este veredicto es un insulto a la justicia”.

Las airadas reclamaciones de la policía y del público en general obligaron al presidente de la sala, juez William V. Brothers, a anunciar que los acusados volverían a comparecer sin demora en su tribunal por la muerte del agente Walsh. Pero pasaron otros tres meses”.

Fuentes:

Agustín Martínez, *Sacco y Vanzetti, un grave error judicial*, Esp Calpe, Madrid, 1930

The Nation, semanario, Nueva York, EUA.

10. EL COMITÉ DE DEFENSA Y LA SOLIDARIDAD

La gente empezó a bautizar a sus hijos como Sacco o Vanzetti, y así le pusieron también a barcasas en el río Sena, tal fue la solidaridad que despertó el caso, según relata el pintor Ben Shahn.

El 6 de mayo de 1920, Aldino Fellicani inició, ayudado por el anarquista español Frank R. López, la tarea de fundar un Comité de Defensa de Sacco y Vanzetti. López, quien más tarde fue deportado, se encargó de dar información a las publicaciones izquierdistas de todos los países de habla hispana.

Fellicani dedicó todo el espacio necesario de las columnas de *La Notizia* para divulgar la aprehensión y solicitar fondos para la defensa. El dueño del periódico permitió a Fellicani usar las instalaciones por algunos meses. Más tarde Fellicani empezó a editar un periódico, *The Agitation*, que durante cinco años fue el órgano oficial del Comité de Defensa.

En 1927 los dirigentes del Comité eran: John Barry, presidente; Mary Donovan, secretaria de actas; Aldino Felligani, tesorero; y Joseph Moro, secretario. Otros miembros del comité fueron: John Van Vaerenwyck, presidente de la Massachusetts Federation of Labor (Federación del Trabajo de Massachusetts) y miembro del Workers Educational Bureau of America (Oficina de los Trabajadores de la Educación de Estados Unidos); y Elizabeth Glendower Evans, viuda de un rico de Filadelfia y activista de varias organizaciones radicales. Entre otros cargos, fue secretaria de la Liga para el Control Democrático, que era parte del American Civil Liberties Union (Unión Estadounidense para las Libertades Civiles).

Luigi Antonini, secretario del Italian Dressmakers and Waist markers Union, y también del International Ladies Garment Workers union (Sindicato Internacional de Trabajadores de Ropa para Dama del que era presidente) filial del Amalgamated Clothing Workers of America (Unión Estadounidense de Trabajadores de la Ropa).

En agosto de 1921, el superintendente de la policía de Boston se negó el permiso para realizar una marcha y un mitin a favor de Sacco y Vanzetti, alegando que podría provocar violencia y disturbios, “los acusados tuvieron un juicio justo, leo el periódico y lo sé. Si permitimos una marcha puede haber desórdenes y ataques de violencia”. Se le preguntó también quién podría atacar y dijo: “no tengo en mente a nadie en particular, pero hay personas con gran espíritu público que se resentirían por la crítica que implica una marcha, porque creen en las cortes, en el gobierno y tienen confianza en nuestro sistema”.

En diciembre, el *New Republic* abrió nuevamente sus páginas a numerosas cartas donde la opinión pública comentaba el proceso, tanto a favor como en contra.

En Europa se realizaron manifestaciones y ataques a las sedes diplomáticas del gobierno estadounidense. El caso causó tal impacto en la opinión pública internacional, que el general Daugherty, sucesor de Palmer, y los senadores Sterling y Lusk hicieron declaraciones oficiales para justificar el fallo. Entre los actos de protesta sobresalen la bomba que voló la casa del embajador estadounidense en París y la muerte de 20 personas por otra bomba colocada en la embajada. La prensa estadounidense respondió al atentado contra su embajador con una serie de encabezados y aterradoras historias sobre el despliegue de la venganza roja.

El 28 de junio de 1925, el International Labor Defense (Defensa Internacional del Trabajo, ILD), sección estadounidense de la Ayuda Roja Comunista Intenacional, se formó en Chicago y a partir de entonces colaboró en el Comité de Defensa. Entre los miembros de la ILD se encontraban: Upton Sinclair, quien puso su pluma al servicio de la causa; William Z. Foster, dirigente del Partido Comunista de los Estados Unidos. En 1924 Foster fue candidato a la presidencia; miembro de la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles (ACLU) y miembro de la junta directiva de la Garland Fund, durante años líder de los comunistas estadounidenses; Eugene V. Debbs, socialista y líder ferrocarrilero en la huelga de Pullman; Scott Nearing, prominente comunista, miembro de la junta directiva de la Garland Fund, desde el principio y uno de los fundadores de la ACLU; F.G. Biedenkapp, después acusado de actos

violentos en una huelga (el gobernador de Massachussets Frank G. Allen trató de extraditarlo, pero el gobernador de Nueva York, Franklin D. Roosevelt no lo permitió); Roger N. Baldwin, fundador de la American Civil Liberties Union, miembro de la junta directiva de la Fundación Garland y miembro de la International Labor Defense (Defensa Internacional del Trabajo); August Bellanca, Joseph Schosberg y Abraham Brownstein, miembros de la Amalgamated Clothing Workers of America.

El obispo Paul Jones, uno de los secretarios de la Fellowship of Reconciliation (La Asociación por la Reconciliación) organizada en 1917 para protestar contra la guerra, la Ley de Espionaje, el Servicio Selectivo y los préstamos a los aliados; Freda Kirchwey, directora de *The Nation*. Helen Phelps Stokes, revolucionaria radical famosa en la época; Norman Thomas, socialista, uno de los líderes de la ACLU y de la League for Industrial Democracy (Liga por la Democracia Industrial). También participaban Costanzo Pagnani, Felice Guadagni, Amleto Fabbri, el profesor de leyes Felix Frankfurter y John F. Moors, un banquero de Boston.

Las aportaciones monetarias individuales fueron numerosas: un italiano renunció a su empleo, donde ganaba 43 dólares a la semana, para trabajar de tiempo completo en la defensa. Otro hipotecó su casa por \$1,500 que entregó al comité, a sabiendas de que nunca recuperaría su dinero y otros más sacaron sus ahorros del banco para ayudar a los italianos. También los sindicatos y otras organizaciones respondieron a los llamados para recolectar fondos para cubrir los gastos del proceso. En ese tiempo se distribuyó literatura sobre el caso en todos los estados de la Unión

Americana y en Roma se creó otro Comité para luchar por su liberación.

En febrero de 1922, Eugene Lyons aclaró que llevaban gastados 90 mil dólares en abogados e investigadores para la defensa de Sacco y Vanzetti. El 27 de septiembre del mismo año, el Comité de Defensa informó que había colectado 70 mil dólares más. Hasta febrero de 1925 había recibido un total de 200 mil dólares en contribuciones individuales, que iban desde algunos centavos hasta grandes cantidades, lo cual representó un escándalo para la sociedad estadounidense.

Muchos miembros del Partido Comunista pertenecían a la ILD. La ILD politizó la defensa del caso y llamó a la movilización obrera en todo el mundo.

El 17 de noviembre de 1926, el profesor Willard Sperry, director de la Escuela Tecnológica de Harvard, decía en una carta abierta: “Nunca seré capaz de olvidar el shock que me produjo saber que estos hombres morirían sin que se examinaran las averiguaciones posteriores del caso... esto resquebraja nuestra fe en Massachusetts por sus implicaciones. Con esto creen proteger la lesa Majestad... Las autoridades consideran que la muerte de Sacco y Vanzetti después de todo es de importancia secundaria comparada con la infalibilidad de las leyes. ¿Hasta dónde hemos llegado en Estados Unidos que la opinión pública está deseosa de tolerar el asesinato judicial, en lugar de admitir la falibilidad del juez y del jurado? ¿Son tan débiles nuestras instituciones que debemos reforzarlas al costo de la verdad y de la justicia?”

El 16 de agosto de 1927, en Nueva York, el Partido Laborista ordenó una huelga similar a la que llevó a cabo el 9 de abril, para el 22 de agosto. El día 19, el Partido So-

cialista anunció una vigilia fúnebre la noche de la ejecución para tratar de salvar las vidas de dos inocentes.

Las policías de Pittsburg y Nueva York recibieron órdenes de redoblar la vigilancia de los edificios públicos y el metro, al igual que en Chicago, donde las autoridades organizaron destacamentos especiales para sofocar cualquier disturbio y todos los izquierdistas conocidos fueron estrechamente vigilados. En Washington fueron aumentados a 100 los guardias del Capitolio y equipados con armas de alto poder.

Por otra parte, en Boston fueron detenidos 163 jóvenes frente a la casa de gobierno el día de la ejecución. En Worcester, Massachusetts, la oficina de correos fue objeto de un atentado dinamitero. Mientras que en California la policía detuvo a 125 personas y disolvió varias manifestaciones.

También se dejaron sentir las voces de quienes pensaban que Sacco y Vanzetti debían morir. En Lawrence, Mass, el Consejo de Obreros de la Construcción reprobó la actitud del presidente de la Federación Estadounidense del Trabajo, William Green, quien había pedido la conmutación de la pena a Sacco Vanzetti, arguyendo que “debía dejar que la ley siguiese su curso”.

El presidente de la Comisión Senatorial de Relaciones Exteriores envió a la feminista Jane Adams, el siguiente mensaje: “Sería una humillación nacional y una cobardía vergonzosa para la dignidad del país presentar la más ligera atención a las manifestaciones de protesta que se llevan a cabo en el extranjero o las que efectúa la muchedumbre en diversas partes de la Unión Americana, por la anunciada ejecución de los anarquistas Sacco y Vanzetti.

En Binghampton, N.Y., el Ku-Klux-Klan hizo una manifestación para protestar contra la demora en la ejecución de los “comunistas” italianos Sacco y Vanzetti. Gente del Klan quemó grandes cruces en las afueras de la ciudad.

En South Weymouth, Massachusetts, el Mayor Charles Mosard, presidente de la Comisión de Hacienda del Estado, expresó la creencia de que: “El deber de todos los buenos ciudadanos consiste en apoyar firmemente al gobernador Fuller y sostener las leyes de la sociedad”.

El 21 de agosto, 30 agrupaciones laboristas de Nueva York con la representación de 400 mil trabajadores se declararon contra la huelga, al igual que el Consejo Central de Agrupaciones Obreras, que acordó enviar una comisión para pedirle al gobernador Fuller que aplazara la ejecución. El Consejo Central declaró que la huelga solamente perjudicaba las relaciones entre obreros y patronos, sin prestar ninguna ayuda a la causa que persigue.

El 20 de agosto en Edmonton, Alberta, Canadá, el presidente del Congreso Obrero de Canadá, Tom Moore expresó: “Puede hacerse más daño que beneficio con las huelgas, manifestaciones y otras acciones violentas al caso Sacco y Vanzetti”. Y agregó: “Si los presos son electrocutados, será por las manifestaciones en otros países en un intento por criticar al gobierno de Estados Unidos”.

Ya desde octubre de 1926 en Detroit, la Convención de la American Federation of Labor (Federación Estadounidense del Trabajo) había resuelto exigir una investigación sobre las actividades de los agentes del Departamento de Justicia en el caso de Sacco y Vanzetti, y por unanimidad de votos también exigió un nuevo juicio.

En 1927, los obreros de todo el mundo protestaron por la condena contra Sacco y Vanzetti. El líder obrero comunista mexicano Valentín Campa afirmó que la solidaridad a Sacco y Vanzetti unió a comunistas y anarquistas de México. En su biografía Campa, recuerda: “Me nombraron miembro de la Dirección del Subconsejo divisional de la Confederación de Transportes y Comunicaciones (CTC) y entré de lleno en la actividad sindical. El primer problema destacado en el cual participé fue el de la campaña a favor de Sacco y Vanzetti... Hubo una lucha internacional a favor de ellos, que después me di cuenta fue impulsada por la Internacional Comunista en unidad de acción con los anarquistas de todo el mundo, en cuanto que Sacco y Vanzetti eran anarcosindicalistas. Seguí participando en esa campaña, tanto en Ciudad Victoria como en Tampico hasta 1927, cuando fueron electrocutados. En esa ciudad realizamos una gran manifestación de masas en la que yo hablé, ya entonces a nombre del Partido Comunista.

En México, se hizo una manifestación de los obreros de la Confederación General de Trabajadores unidos a los de la Liga Anti imperialista de América, el 20 de agosto. El Consejo de la Federación General Obrera acordó un paro de 24 horas el lunes 22 de agosto en todas las fábricas del Distrito Federal, y los estados de México, Puebla y Michoacán, en señal de protesta por el crimen que el juez Thayer y el gobernador Fuller pretenden llevar a cabo en las personas de los camaradas Sacco y Vanzetti, y participar en la manifestación para ese día a las 10:00 de la mañana, así como manifestaciones en San Angel, San Martín Texmelucan, D.F., Puebla, Toluca, Hidalgo y Michoacán.

El día de la ejecución, en Puebla se decretó un paro de una hora en todas las fábricas. Se suspendieron de las 11 a las 12 horas todas las actividades, inclusive los servicios de tranvías, camiones, autos de alquiler, teléfonos, fábricas, talleres, comercios, periódicos, etcétera. Y de las 21 a las 21:50 horas, también en señal de duelo, se suspendieron todos los espectáculos públicos: cines, teatro, cabarets, salones de baile, etcétera.

El 17 de agosto de 1927 estalló en Buenos Aires, Argentina, una bomba en uno de los balcones de la casa del jefe de investigaciones policíacas, Eduardo Santiago, hecho que se atribuyó como protesta por la sentencia. La solidaridad obrera argentina se mostró con paros y manifestaciones. Todas las organizaciones obreras sumaron sus fuerzas en paros y mítines. Hubo un paro general el 15 de julio, un mitin de la Unión Obrera local en Plaza Once; otro paro el 5 y 6 de agosto, seguido por una gran concentración ante el Congreso; el 10 se paralizó nuevamente la actividad; cuando se informó que la ejecución estaba próxima, la solidaridad y la represión crecieron paralelamente; el 21 una gran manifestación recorrió la calle Rivadavia; el 22 y 23 hubo otra huelga general clamando por la vida de Sacco y Vanzetti. Varios periódicos dejaron de aparecer, no había taxis y circulaban pocos autobuses.

El 18 de agosto en Londres, la respuesta a la apelación en favor de Sacco y Vanzetti fue recibida con pesar por los órganos de prensa británica, los que en general habían abogado por la clemencia, haciendo a un lado la cuestión de la inocencia o culpabilidad de los reos y teniendo solo en cuenta el largo proceso que significó para ellos: un prolon-

gado sufrimiento mental. Estalló una bomba en la casa ocupada por la delegación estadounidense y la residencia del profesor Molliff, ministro de Finanzas. No hubo desgracias personales que lamentar.

H.G. Wells telegrafió el 20 de agosto al *Daily Herald*, órgano laborista: “El deliberado asesinato de Sacco y Vanzetti será el crimen más negro que registre la historia”. Lo mismo hicieron Arnold Benett: “Imploramos que el gobernador y el pueblo de Massachusetts no manchen la historia de su estado con la sangre de dos inocentes” y John Galsworthy: “Confío de todo corazón que el antiguo y honorable estado de Massachusetts podrá evitar la comisión de lo que pasará a la historia como un acto verdaderamente repugnante”. Por su parte, George Hicks, director del secretario general de la Unión Amalgamada de los Trabajadores de la Construcción (Amalgamated Union of Trade Building Workers), telegrafió a Fuller pidiendo clemencia para los reos.

El 18 de agosto el periódico francés *Le Soir*, al comentar el último fallo en el caso de Sacco y Vanzetti dijo: “Pedimos a los legionarios estadounidenses que se hallan en Francia que escuchen el llamamiento de todo el país para que no se cometa la más grande de las injusticias”. Los policías apostados en las afueras de la Embajada de Estados Unidos, fueron reforzados en cuanto se recibieron noticias de que la apelación de Sacco y Vanzetti había sido desechada por la Suprema Corte de Massachusetts. También fueron instalados guardias en las afueras de las embajadas de Italia y España. En París, el día 20 hubo una manifestación en contra de la sentencia a Sacco y Vanzetti. La policía y los manifestantes libraron después una batalla en la que

hubo muchos heridos. Once de los manifestantes fueron detenidos. En San Nazario un grupo de comunistas atacó la estación de policía entrando por la fuerza, fue necesario llamar a la reserva para restablecer el orden. En Grenoble, miles de manifestantes se comprometieron a boicotear las mercancías estadounidenses.

“El triunfo de la barbarie” es el encabezado de un periódico radical alemán que comenta el último fallo contra Sacco y Vanzetti. El *Vorwärts* publicó el 18 de agosto una protesta de la Federación Alemana de Agrupaciones Obreras, exigiendo que fuera anulado el veredicto contra Sacco y Vanzetti. Los comunistas anunciaron asambleas públicas de protesta en diversos lugares de Berlín. El 20 de agosto a medianoche, la policía impidió una manifestación de comunistas ante la embajada estadounidense en Berlín y aprehendió a diez personas. La prensa continuó su campaña pro Sacco y Vanzetti. El 22 de agosto millares de comunistas que tomaban parte en una manifestación en Halle tuvieron una lucha con la policía durante cuatro horas. Hubo cien detenidos. Al cierre de las fábricas 30 mil obreros se dispersaron por Berlín con banderas protestando por la ejecución de Sacco y Vanzetti. La embajada estadounidense estuvo bien custodiada.

El 19 de agosto *Excelsior*, de México, informó: “El Papa Pio XI le escribió al padre de Nicola Sacco, residente en San Severo, expresándole que lo acompaña en sus momentos de aflicción. Aunque el Sumo Pontífice no manifiesta su intercesión en favor de los italianos comunistas sentenciados a muerte, parece que el asunto lo ha tratado por conducto del delegado apostólico en Washington y de los cardenales estadounidenses.

La noticia de que se desechó el recurso interpuesto en favor de Sacco y Vanzetti fue publicada llamativa, pero lacónicamente por los periódicos romanos. El *Correo della Sera* fue el único que dedicó más de unas cuantas líneas y describió la llegada a Torremaggiore de dos señoras del Comité de Defensa de Sacco y Vanzetti, quienes fueron saludadas en forma conmovedora por la familia de Sacco. Las damas entregaron una carta de Sacco a su padre en la que protestaba ser inocente. Los italianos esperaron noticias respecto a Sacco y Vanzetti y en las primeras horas abrigaban ya una débil esperanza de que fuera aplazada la ejecución. Un alto funcionario del partido fascista declaró que sería del agrado del gobierno italiano que el aeroplano “Vieja Gloria” hiciera un vuelo trasatlántico, con el piloto Lloyd Bertrand, para que la atención del público se apartara del asunto Sacco y Vanzetti.

El Consejo General del Partido Socialista de Bélgica, el 18 de agosto, lanzó un manifiesto en el que pidió un nuevo juicio para Sacco y Vanzetti.

El 20 de agosto, los delegados estadounidenses al Congreso de la Liga de las Naciones en Ginebra fueron apedreados después de una asamblea popular en protesta por la ejecución de Sacco y Vanzetti. Los manifestantes se dirigieron al Hotel Kursaal gritando “¿Dónde están los gringos?”. La muchedumbre comenzó a lanzar piedras rompiendo cristales, mesas, platos, etcétera. Después se dedicaron a detener y destruir los autos de los estadounidenses y atacaron varios hoteles importantes y comercios, así como varias agencias de viajes. Las películas gringas fueron tomadas por la fuerza y destruidas en las calles.

En Tokio hubo 30 detenidos en una manifestación pro Sacco y Vanzetti. En Copenhague, varios miles de simpatizantes tuvieron un encuentro con la policía e hirieron a varios guardias. En Goteborg mil manifestantes desfilaron ante el Consulado estadounidense y la policía los dispersó; varios resultaron heridos.

En el corazón del monstruo, el líder comunista Eugenio Debbs siempre defendió a Sacco y Vanzetti, he aquí uno de sus alegatos: “No importa cuál pueda ser la ocupación del trabajador, cuáles sean sus creencias, a qué sindicato o partido pertenezca, éste es un caso supremo para todos nosotros, el llamado es a todos y cada uno de nosotros para unirnos de costa a costa, en cada estado y a través de todo el país para protestar en todos los tonos contra la consumación de ese crimen maldito y estúpido en contra del trabajo, en el otro tiempo orgulloso estado de Massachusetts”.

Fuentes:

- The Nation*, semanario, Nueva York, 1920-1927.
The New Republic, semanario, Nueva York, 1920-1930.
The Literary Digest, mensual, Nueva York, 1920-1927.
Robert H. Montgomery, *Sacco-Vanzetti, the murder and the myth*.
The Americanist Library, Massachusetts, 1965.
John Dos Passos, *Facing the chair, story of the Americanization of two foreignborn workmen*, published by Sacco-Vanzetti Defense Committee, Boston, 1927.

Los gangsters celebraron la paz. Fue una noche de alegría macabra. “Una fiesta de vampiros”, la llamó un periodista al que Capone permitió asistir. Codo con codo, dándose manotazos en las espaldas, soltando carcajadas, los antiguos enemigos fueron recordándose cómo habían intentado matarse entre sí, describiendo torturas que habían infligido a sus prisioneros, pavoneándose de los viejos asesinatos ante los amigos de las víctimas .

—¿Recuerdas aquella noche en que dos de los nuestros dieron caza a tu coche? —preguntaba un gángster a otro, pellizcándole jocosamente.

—Seguro que lo recuerdo.

—Pues bien —sonrisita picaresca—, íbamos a matarte, pero tenías una mujer a tu lado.

Las anécdotas redoblaban la alegría general. En la vidriosa atmósfera creada por el vino, la algarabía fue en aumento, con intercambio de expresiones de remordimiento, de apretones de manos en señal de perdón, de lagrimas sentimentales y de juramentos de fidelidad eterna.

11. EPOPEYA LEGAL

Durante los siete años que pasaron entre la sentencia y la ejecución de Sacco y Vanzetti, sus abogados, ayudados por el Comité de Defensa, presentaron mociones que probaban la falsedad de algunos testimonios contra los acusados; presentaban nuevos testigos e incluían la declaración de agentes federales que espionaron al Comité y a Sacco, que demostraban el carácter político de la condena.

La defensa también sostenía que los miembros del jurado habían sido elegidos ilegalmente. Antes del juicio, la lista de 500 hombres citados para la elección del jurado se agotó pronto, la defensa o la Mancomunidad los impugnaba o el juez los excusaba, por lo cual este último dispuso que se llamara a 200 hombres más. El sheriff Samuel H. Capen ordenó a siete policías que citaran a discreción a 40 hombres de Quincy, 30 de Brooklin, 20 de cada una de las ciudades de Braintree, Norwood y Dedham, 15 de Stoughton; a 8 de Medway y 7 de Millis. Y el jurado se eligió de entre

ellos. La elección, por tanto, fue ilegal. La defensa presentó la primera moción basada en estos hechos el 8 de noviembre de 1921.

Después del veredicto, el presidente del jurado Walter H. Ripley –muerto repentinamente dos días después– cuando Daly le comentó que no creía en la culpabilidad de los italianos, le contestó: “Al diablo con ellos. Hay que colgarlos de cualquier manera...”. La declaración de Daly se presentó como parte de esta moción alegando parcialidad y prejuicio en el jurado. Sin embargo, el juez Thayer denegó la solicitud de un nuevo juicio el 19 de octubre de 1925, cuando le fue presentado este suplemento.

El 4 de mayo de 1922, el abogado Moore presentó una moción para un nuevo juicio basada en el testimonio de Ray D. Gould, vendedor de navajas de rasurar, quien presencié el asalto de South Braintree a tal distancia que incluso su abrigo fue perforado por una bala. Pero nunca fue llamado a declarar por la Mancomunidad, a pesar de que dio sus datos a Gallivan, jefe de la policía de South Braintree. Gould describió al hombre que le disparó a menos de metro y medio como de 20 a 25 años, delgado, con un traje azul y una pequeña cadena en el chaleco, de tez oscura, pelo negro y con una gorra. Después de observar varias fotografías de Sacco y Vanzetti, e incluso verlos personalmente, negó que ellos fueran los delincuentes.

El juez Webster Thayer denegó la moción porque era nada más la visión de un nuevo testigo y porque: “La prueba que sirvió para condenar a los acusados fue circunstancial y pertenece a la categoría que en la ley se conoce bajo el nombre de conciencia de culpabilidad”.

Carlos E. Goodridge, quien atestiguó contra Sacco y Vanzetti, declaró que se prestó a declarar contra ellos porque odiaba a todos los italianos, ya que había sido golpeado por algunos de ellos cuando vivía en Bufalo y juró vengarse. La defensa descubrió que su verdadero nombre era Erastus Corning Whitney, y que había estado condenado por robo a mano armada en el reformatorio de Elmira, Nueva York y también en la prisión de Auburn, en el mismo estado, por robo. Fue puesto en libertad bajo palabra el 30 de abril de 1910 y acusado nuevamente de robo el 24 de noviembre de 1911, sin que la policía lograra capturarlo, ya que se fue con otro nombre a Vermont.

La moción presentada el 4 de mayo de 1922 con este testimonio, también fue denegada por el juez Thayer.

El 11 de septiembre de 1922, Lola Andrews, cuyo testimonio sirvió para identificar a Sacco, dijo que su declaración “fue enteramente falsa y que de ninguna manera se ajusta a la verdad”. Ante el juez de paz Benjamín F. Powell juró que sus primeras declaraciones “fueron hechas bajo la coacción e intimidación que ejercieron sobre mí Michael E. Stewart, el policía Albert R. Broillard, el fiscal asistente Harold Williams y Frederick Katzmann”. Dijo que Stewart y Broillard la visitaron en su trabajo para hacerla declarar “que había visto un auto cerca de la fábrica de Slater and Morrill, aproximadamente a las 12:00 del 15 de abril de 1920”. Les respondió “que no podía declarar si el auto era Ford o de otra marca”. Más adelante, la llevaron a la cárcel de Dedham a identificar a Sacco. No le enseñaron a ninguno de los prisioneros, pero le dijeron que mirara en el piso de abajo a Sacco. Lola Andrews no podía asegurar

que era el hombre que vio en el asalto, sin embargo, los policías insistieron: “usted sabe que es el hombre que vio”.

Un día antes del juicio Harold Williams le “ordenó con voz alta y autoritaria ‘usted tiene que decir eso y yo sé que lo dirá’“. Después de su falsa declaración en el juicio, ante el altercado con Moore, Lola Andrews le reclamó a Stewart que se estuviera ventilando su vida privada, a lo cual replicó: “¿Cree que la hemos llamado a declarar sin antes averiguar su vida?”

El juez Thayer respondió a la moción presentada con las declaraciones de Lola Andrews, que después de un cuidadoso estudio encontraba “que las acusaciones contra Frederick Katzmann y Williams son absolutamente falsas. Porque las declaraciones hechas contra Moore, según se expresa en el propio testimonio de la señora Andrews en el juicio, han sido probadas” y por lo tanto denegó la moción.

Por su parte, Frederick Katzmann afirmó: “he estado en esta oficina por más de 11 años y no puedo recordar que en tan largo tiempo de servicio para la Mancomunidad haya dado sus oídos para convencer a una testigo como Lola Andrews”.

Jessie H. Dodson aseguró ante la Corte Suprema Judicial de Massachusetts que su esposo William F. Dodson habla dicho: “Sacco y Vanzetti no tienen nada que ver con el crimen, yo era el chofer del auto ese día”. Dodson cumplía una condena de cinco años en la prisión de Charlestown por robo de autos.

Estas declaraciones salieron a la luz gracias a las actividades del Comité de Defensa, pues aunque las autoridades ya las conocían no las reportaron a los abogados de Sacco y Vanzetti.

El 30 de abril de 1923, el perito en balística capitán William Proctor dijo que su declaración en el juicio había sido forzada por la forma en que el fiscal formuló la pregunta, pero que de ninguna manera quiso decir que “había encontrado evidencia de que la bala mortal hubiera pasado por la pistola Colt automática encontrada a Sacco, porque mi convicción era todo lo contrario; el fiscal conocía perfectamente que esta iba a ser mi respuesta y sin duda por este motivo preparó una pregunta ambigua que obtendría una respuesta igual. Si me hubiera preguntado de manera directa si había encontrado alguna prueba de que la bala mortal había pasado a través de la pistola de Sacco, habría contestado como ahora: negativamente”.

Por su parte el Comité de Defensa realizó investigaciones para probar la inocencia de Sacco y Vanzetti, que fueron dadas a conocer públicamente. Una de las conclusiones que se desprendió de las fotografías tomadas con aparatos de precisión fue que la bala mortal no correspondía, ni por su índole ni por la posición de las marcas en ella, con las balas disparadas con la pistola de Sacco en los experimentos hechos poco antes del juicio.

Asimismo, el Comité probó que se violaron los derechos legales de los italianos, ya que algunos cartuchos fueron presentados en el cuarto del jurado y no públicamente. El juez denegó en noviembre de ese año, una vez más, la moción sobre balística presentada por el abogado Thompson, diciendo que las pruebas presentadas eran “argumentos metafísicos y conclusiones ilógicas”, y que el capitán Proctor debía presentar mejores pruebas contra el fiscal Katzmann y el fiscal asistente Williams, y no solo atacar “el honor, la

integridad y la solemne obligación que los dos caballeros tenían y tienen con la Mancomunidad”.

En noviembre de 1925, Celestino Madeiros le dijo a Sacco mientras tomaba un baño: “Nick, yo sé quienes cometieron el crimen de South Braintree”. Sacco no hizo caso. Días después, Miller, el mensajero de la prisión, llevó a Sacco un periódico de parte de Madeiros, aconsejándole que lo leyera. Al abrirlo, Sacco encontró una nota que decía: “Yo, por la presente, confieso mi participación en el crimen de la compañía de zapatos de South Braintree y declaro que Sacco y Vanzetti no están complicados en él”.

El 22 de octubre de 1926, el juez Thayer declaró que Madeiros era sin duda un ladrón, bandido, mentiroso, contrabandista de licores, pendenciero profesional, que había sido convicto y sentenciado a muerte por el asesinato de Carpentier, cajero del banco Wrentham, por lo que no tenía credibilidad.

“No se trata ahora de la culpabilidad o de la inocencia de los acusados, porque este problema ya ha sido resuelto por el jurado de acuerdo a la ley... El único problema es saber si los veredictos del juez, que han sido confirmados por el tribunal superior del estado, deben ser derribados por la declaración de Madeiros”.

Madeiras confesó mientras estaba pendiente una apelación contra una condena a muerte, por otro asesinato. El portugués dijo al fiscal: “Un día vi a la esposa y a los hijos de Sacco salir llorando de la prisión. Sentí un gran dolor, un amargo remordimiento y un desesperado deseo de decir la verdad”.

En julio de 1926, Thompson escribió al Procurador General de Estados Unidos: “Existía una estrecha colab-

oración entre los agentes del Departamento de Justicia en Boston, especialmente Weiss, y el Fiscal Katzmann”, en torno al caso Sacco y Vanzetti y ”hubo una considerable duda en la mente de algunos de los agentes del Departamento sobre si los dos italianos eran culpables de asesinato o simplemente radicales”, basándose en las declaraciones juradas de los agentes Fred J. Weyand y Lawrence Lethermann”.

Lawrence Lethermann declaró: “el 3 de julio de 1926, mientras era inspector de correos, colaboré con los agentes del Departamento de Justicia en Boston en casos de interés para ambos, incluyendo el caso Sacco y Vanzetti. William West, encargado de este caso, trabajó con el Fiscal Katzmann durante el juicio y después con Williams. La correspondencia entre ellos está archivada en la oficina de Boston, así como las copias de los informes que se mandaban a Washington”. Lethermann afirmó que West asignó a agentes secretos al caso Sacco y Vanzetti, incluyendo a un tal Ruzzamenti y a un tal Carbone. También trató de introducir a varios como espías en la cárcel de Dedham, pero ellos se negaron. “En un principio, el Departamento de Justicia de Boston quería deportar a los dos italianos...”.

Fred J. Weyand, exagente del Departamento de Justicia de Boston declaró: “durante la administración de Michel Palmer, procurador general de Estados Unidos, trabajé como agente especial en actividades contra los llamados ‘rojos’ o ‘radicales’, incluyendo arrestos y deportaciones, así como en las redadas de enero de 1920. Mucho antes de su detención, Sacco y Vanzetti fueron fichados por el departamento como radicales para ser vigilados. Los archivos y la correspondencia podrían mostrar cuándo se inició su vigi-

lancia... se sospechaba que habían violado el acta de servicio selectivo... Poco después de su aprehensión se iniciaron las reuniones de sus simpatizantes y me ordenaron asistir e informar al departamento de lo que hablaban”.

“De 1922 a 1924 West infiltró a un agente secreto al Comité de Defensa, que llegó a ser recaudador...no se obtuvo ninguna evidencia... él me comentó que se quedaba con todo el dinero que podía...en un tiempo fueron asignados hasta 12 agentes para asistir a las actividades pro Sacco y Vanzetti... a mí me asignaron para cubrir el juicio e informar sobre los procedimientos, así como para buscar información relacionada con las actividades de los acusados y sus amigos. West también asistió al juicio con el mismo propósito.

Otro agente llamado Carbone “por acuerdo entre Katzmann, el sheriff y West, en 1920 fue encarcelado en una celda próxima a la de Sacco, para ganarse su confianza y obtener alguna declaración que lo incriminara en la explosión de Wall Street. Pero nunca consignó nada”.

Ruzzamenti fue contratado por Weiss, y Katzmann le ordenó “ir a la casa de la señora Sacco, entrar en confianza con ella y sacarle información. Pero esto nunca se llevó a cabo y no le pagaron”.

“Varias veces el jefe del Departamento en Washington giró instrucciones relacionadas con el caso Sacco y Vanzetti, que deben estar en la oficina de Boston”.

“Sacco y Vanzetti, como anarquistas, eran susceptibles de deportación, pero la única forma de demostrarlo era por declaración propia. Los agentes de Boston lo sabían y esperaban asegurar la evidencia de su propio testimonio en

el juicio por asesinato, para usarla en caso de que no fueran declarados culpables”.

“..’siempre he estado convencido –aseguró Weyand– que Sacco y Vanzetti no tenían nada que ver con los asesinatos de South Braintree y que su condena es el resultado de la cooperación entre los agentes del Departamento de Justicia de Boston y el fiscal de distrito; era opinión generalizada entre los agentes, que el asesinato de South Braintree fue cometido por una banda de asesinos profesionales”.

Thompson solicitó asimismo a Sargent que autorizara a West a abrirle los archivos del Departamento de Justicia de Boston relacionados con el caso Sacco y Vanzetti. Sin embargo, el 13 de julio del mismo año, Dowd, el encargado del Departamento en Boston, respondió a la petición del abogado Thompson así: no.

Thompson, entonces, alegó a la Corte Superior: “Fundamento mi causa en todas estas pruebas y en las otras cinco proposiciones que he argumentado, pero si todo esto falla, que no me imagino cómo puede ser, apoyo mi causa en esta roca solamente: en la sexta moción de mi escrito” (fin de la declaración jurada de los agentes).

“Inocentes o culpables, buenos o malos, correctos o equivocados, estúpidos o sabios, Sacco y Vanzetti no pueden ser sentenciados a muerte por este crimen mientras tengan derecho a decir: ‘El gobierno de este gran país puso espías al lado de mi celda, planeó meter agentes en la casa de mi esposa, espía a mis amigos, tomó el dinero que ellos recaudaban para defenderme y lo guardó haciendo chistes acerca de ello y que sabiéndome inocente no logró reunir evidencia suficiente para deportarme según las leyes del Congreso y

según afirmaba uno de sus representantes: querían adoptar el método de asesinarme para librarse de mí”.

El Fiscal Ranney de la Mancomunidad replicó: “Lethermann y Weyand hicieron declaraciones a los defensores y traicionaron el secreto de su departamento. ¡Hablen de archivos confidenciales y de casos anteriores! Denunciamos que han faltado a la lealtad y afirmamos consciente y lógicamente que estos hombres ya no están en el Departamento, no lo dejaron con honor sino con deshonor”.

El Tribunal Supremo Judicial de Massachusetts denegó la petición de un nuevo juicio para Sacco y Vanzetti, hecha por sus abogados Thompson y Lethermann, en enero de 1927. Esta era la última instancia legal a la cual podían acudir.

La sentencia de muerte fue dictada el 9 de abril de 1927, en el Tribunal Supremo de Dedham, que presidía el juez Thayer.

Antes de que fuera pronunciada la sentencia Sacco dijo: “...Nunca he sabido en la historia, de nadie tan cruel como este tribunal. Después de siete años de perseguirnos, todavía nos creen culpables... estoy en este banco por haber pertenecido a la clase oprimida. Pues bien, ustedes son los opresores.

Quiero dar las gracias a todo el pueblo, a mis camaradas, que han estado con nosotros siete años... como antes, el juez Thayer conoce toda mi vida,... sabe que nunca fui culpable, ni ayer ni hoy ni nunca”.

Vanzetti también habló: “Soy inocente, no solo del crimen de South Braintree, sino también del Bridgewater... Nunca he robado ni he matado ni he derramado sangre...

he luchado toda mi vida, desde que tengo uso de razón, para eliminar el crimen de la Tierra... me he privado de lo que se consideran ventajas y glorias de la vida y el orgullo de una buena posición, porque de acuerdo con mis ideas no es justo que se explote al hombre por el hombre... y si existe alguna razón por la que yo esté aquí como culpable y por la que en unos pocos minutos van a decidir mi perdición definitiva es por ello y por ninguna otra... La flor de la humanidad de Europa, los mejores escritores, científicos, pensadores, los más grandes estadistas se han pronunciado en nuestro favor... ¿Es posible que solo unos pocos individuos del jurado, solo dos o tres hombres que serían capaces de condenar a su propia madre a cambio de los honores mundanos y bienes terrenales tengan razón y difieran del resto del mundo?... Le han concedido a Madeiros un nuevo juicio porque el juez omitió decirle al jurado que debía considerarlo inocente hasta que la culpabilidad fuera decidida por el jurado... Nosotros hemos probado que no podía haber otro juez sobre la tierra con más prejuicios, más crueldad y sentimientos más hostiles hacia nosotros que usted, señor Thayer, y nos niegan un nuevo juicio...”.

“En el juicio de Plymouth me condenaron por tentativa armada de robo. Pero, señor juez, me condenó por esa tentativa de robo a más que a todos los 448 hombres presos en la prisión de Charlestown, todos los cuales han robado... mi defensor Vahey, amigo de Katzmann, me vendió por 30 monedas de oro”.

“Fuimos procesados en un periodo en el que había una ola de histeria, resentimiento y odio contra la gente de principios como los nuestros, contra los extranjeros, contra

los que rehuían el ejército y estoy seguro que también usted, señor juez, como Katzmann hicieron todo lo que estaba en sus manos para agitar más las pasiones del jurado y sus prejuicios contra nosotros. Creemos que la guerra es injusta y más ahora, después de diez años... ¿Dónde está la libertad, la prosperidad, la elevación y dignificación moral, la seguridad de contar con lo que necesitamos, el respeto por la vida humana, que prometía la guerra?”

“Decir al jurado que un conocido del acusado ha llevado el dinero a Italia, como lo hizo Katzmann, cuando se sabe que esto es mentira, es un asesinato, un simple asesinato”.

“Estoy sufriendo porque soy izquierdista y es cierto, lo soy. Porque soy italiano y en verdad soy italiano. He sufrido más por lo que creo que soy que por lo que soy; pero estoy tan convencido de tener razón, que ustedes solo pueden matarme una vez, pero si pudieran matarme dos veces, volvería a vivir como lo he hecho hasta ahora...”.

Cuando Vanzetti terminó, Thayer dijo: “Bajo la ley de Massachusetts, el jurado decide si el acusado es culpable o inocente. El Tribunal nada tiene que hacer al respecto. La ley de Massachusetts establece que el juez no debe ocuparse de los hechos, debe limitarse a señalar la prueba. Durante el juicio fueron interpuestos numerosos recursos que fueron llevados hasta la Suprema Corte de Justicia de este estado, la que dijo en su resolución final: ‘El veredicto del Jurado sigue en pie y las excepciones se declaran sin lugar’. Siendo así, solo queda pronunciar la sentencia.

“Primero el tribunal dicta sentencia contra Nicola Sacco: El tribunal resuelve y ordena que usted, Nicola Sacco,

sufra la pena de muerte mediante el paso de corriente eléctrica a través de su cuerpo en la semana que comienza el domingo 10 de julio del año de Nuestro Señor de 1927. Esta es la sentencia de la ley.

Mas tarde, Vanzetti escribió: Thayer no pronunció la última fórmula de la formal sentencia de muerte: “Y pueda Dios, en su infinita bondad, tener compasión de vuestra alma”.

Sacco, en ese momento, gritó “¡Usted sabe que soy inocente! ¡Son las mismas palabras que pronuncié hace siete años! ¡Usted está condenando a dos hombres inocentes!”

Después se dictó la misma sentencia contra Vanzetti, sobre lo cual escribió:

“El juez-verdugo se calló y por algunos segundos reinó el silencio, un silencio de muerte, pero vibrante de vida, en la sala llena de cielo y de sol, de Dedham, Mass.

Después Thayer, descarnado, lívido y cadavérico apoyó ambas manos sobre el sillón y se levantó lentamente, con trabajo. Quería mirarnos a la cara para reírse de nosotros por última vez, enmascarando la burla atroz con un presunto saludo. Yo le miró fijamente y vi que le faltó el valor: apartó los ojos de nosotros, se contrajo levemente, alargó el corte de su boca y su boca y su rostro se contrajeron en una mueca débil pero horrible que quería aparecer una sonrisa.

Volviéndose para salir, llevó rápidamente la mirada hacia los espectadores sentados en los sillones de los jurados, intentó una sonrisa invitando a la aprobación, pero nadie le miró. Entonces se encolerizó en su fuero interno y

huyó, como un delincuente, de la sala. Se le había caído la máscara: era él la fiera salvaje”.

“El día anterior a Navidad, el Tribunal Supremo de Illinois concedió a Scalise y Anselmi, dos hombres de Capone que habían cumplido siete meses de sentencia de 14 años en Joliet, un nuevo juicio, con base en la argumentación de su abogado de que si eran culpables de asesinato, la sentencia “no era sino un escarnio a la justicia”, y si solo eran culpables de homicidio casual, la sentencia “era una injusticia”.

Fueron soltados bajo fianza de 25 mil dólares en espera de un tercer juicio”.

Fuentes:

The Nation, semanario, Nueva York, EUA, 1920-1927.

The New Republic, semanario, Nueva York, 1920-1930.

The Literary Digest, mensual, Nueva York, 1920-1927.

12. PEDIMOS JUSTICIA, NO PERDÓN

Como último recurso para salvar sus vidas Vanzetti apeló al gobernador Alvan T. Fuller. Sacco se negó a firmar el documento, aunque estuvo de acuerdo con él, porque para él las cosas eran claras: su caso era la manifestación de una lucha donde fueran culpables o inocentes era lo único que no importaba.

W.G. Thompson y H.B. Ehrmann escribieron al gobernador el 4 de marzo de 1927, explicando la negativa de Sacco a firmar por su “considerable depresión mental” debida a su encarcelamiento. Añadían que siempre ha “expresado su inocencia del crimen de que se le acusa y es evidente que se encuentra poseído por la creencia de que es víctima de una persecución a causa de sus opiniones radicales, que defiende con extraordinaria vehemencia”.

En el extenso documento Vanzetti escribió: “Estimamos que la compasión es uno de los más altos atributos humanos, pero nosotros no pedimos clemencia, sino justi-

cia y por esta razón no recurrimos a la fórmula impresa que se usa en las peticiones de esta naturaleza. La fórmula contiene la palabra perdón, que no deseamos usar, aunque nuestros abogados nos han asegurado que la palabra no encierra la palabra olvido, ni la confesión de culpabilidad. Pero deseamos la mayor claridad y precisión posible sobre este punto y no podemos arriesgarnos a ser interpretados equivocadamente”.

El documento hace referencia con mucha precisión a todas las falsedades que se dijeron en el juicio en su contra; proporciona más elementos que ponen en tela de juicio la imparcialidad del juez y el jurado; desentraña los enredos de Katzmann y argumenta las ideas anarquistas de Sacco y Vanzetti.

Para finalizar Vanzetti pide: “...si duda de alguna de nuestras afirmaciones haga una investigación pública preliminar a nuestra causa, conducida por hombres hábiles y desinteresados. El resultado no puede ser convincente a menos que se haga públicamente... las víctimas de una injusticia pública sufren menos que el gobierno que decreta una pena injusta”.

“Solamente podemos morir una vez y el dolor de la muerte será momentáneo, pero los hechos que demuestran la injusticia no pueden ser borrados ni olvidados y, a través de los años, en el futuro perturbarán las conciencias de aquellos cuya intolerancia ha ocasionado nuestra muerte y en las futuras generaciones de sus descendientes. Un error de la justicia es una tragedia. Una injusticia deliberada es una infamia”.

Como evidencia de que Sacco y Vanzetti no tuvieron un juicio justo, se presentaron al gobernador las declaraciones

juradas de varias personas a las cuales el juez Thayer había expresado sus opiniones sobre los acusados y sus defensores.

También apoyaron la petición los intelectuales. Además se le envió al gobernador una apelación firmada por 14 miembros de la Facultad de Leyes de Yale y seis de las universidades de Cornell, Illinois, Indiana, Iowa, Minnesota, Missouri, Ohio, Oklahoma y Texas, los cuales no tuvieron tiempo de leer la petición enviada por Sacco y Vanzetti al gobernador.

A Elizabeth R. Bernkopf, reportera de International News Service, el juez Thayer le dijo que Moore, el abogado de la defensa, era un anarquista de hueso colorado, y que él no tenía simpatía por el tipo de gente que estaba al lado de la defensa. John Nicholas Bffel, de la Federated Press, aseguró: “Usted espera a que dé mi decisión al jurado... voy a darles una lección”!

A. Frank B. Sibley, del Boston Globe, aseguró que el juez Thayer confesó: “voy a demostrarles que ningún anarquista de hueso colorado de California puede mandar en esta corte”. Y se refirió a los italianos como “esos malditos tontos”.

Lois B. Rantoul, quien cubrió el juicio para la Federación de Iglesias de Boston, juró que cuando el juez le preguntó cómo iba el juicio y qué pensaba de la Mancomunidad, y ella dijo que no estaba convencida de que los acusados fueran culpables, él expresó insatisfacción con palabras, gestos, tono de voz y manera. El dijo que después de haber oído ambos argumentos y su cargo ciertamente se sentía diferente”.

Robert C. Benchley, columnista de teatro de la revista *Life*, declaró que su amigo Lorin Coes de Worcester, Mass.,

le repitió una conversación con el juez Thayer en la cual se refirió a Sacco y a Vanzetti como “aquellos bastardos de allá” y “bolsheviki”, quienes habían tratado de intimidarlo, y dijo “que él les sabía llegar de la manera apropiada” (aunque lo desmintió después).

Finalmente, el financiero George U. Crocker, muy conocido en Boston, dijo que durante el juicio el juez Thayer habló con él varias veces acerca del caso en términos tales que causó que Crocker dijera: “Yo sé que el juez Thayer no fue imparcial en este caso... Parecía encontrarse claramente en contra de los acusados. Traté de evitar estas conversaciones y le dije al jefe de meseros del club que procurara que definitivamente no me sentaran junto a él, en lo sucesivo”.

Thayer se acercó en un campo deportivo a un profesor de Dartmouth, diciéndole a gritos: “¿Ha leído lo que hice con esos comunistas hijos de puta”? Los anarquistas de Boston recogieron sus palabras y las escribieron en una manta con la que salieron en manifestación. La policía cargó contra ellos, dispersándolos y destrozando la bandera.

Al recibir la apelación, el gobernador Fuller externó su propósito de corroborar los detalles del caso: ir al lugar de los hechos, entrevistar testigos, etcétera. Los seguidores de Sacco y Vanzetti y la población que creía en la justicia abrigaron esperanzas. Paralelamente al anuncio del gobernador, en el que asumió la responsabilidad del caso, procedió a nombrar un Comité para revisar el proceso, formado por A. Laurence Lowell, Rector de la Universidad de Harvard, Samuel W. Stratton, director del Instituto Tecnológico de Harvard y a Robert Grant, exjuez, quien se había dedicado a los asuntos internos de un banco.

A pesar de la postura del gobernador, el tiempo pasaba y la revisión del caso parecía detenida. Para agravar esta situación de tensión y angustia, Sacco y Vanzetti, que habían permanecido en la cárcel de Dedham, el 1o de julio fueron trasladados sin avisar a la defensa, como lo establecía la ley, a la prisión de Charlestown, que era considerada como una de las peores, por arcaica y porque en ella estaba la casa de la muerte.

De acuerdo a la Ley: “Todo prisionero condenado debe ser llevado a la prisión del estado dentro de los primeros días citados para la ejecución...”.

En Charlestown, a Nicola y Bartolomeo no se les permitía ningún ejercicio o recreación hasta que fueran liberados o ejecutados. En la primera semana de julio, el gobernador aplazó la fecha de la sentencia citada por el juez Thayer hasta la semana del 10 de agosto. El Comité se reunió los primeros días de junio y se puso a leer siete mil cuartillas del proceso y entrevistar a 200 testigos en el lapso de un mes.

De hecho se realizaron dos investigaciones simultáneas, pero independientes. Las dos secretas. La defensa recibía información por medio de la prensa.

El gobernador revisó los juicios de Bridgewater y South Braintree entrevistando a los jurados que aún vivían, a los abogados y al juez. Visitó en la cárcel a los acusados y a Madeiros, posponiendo su condena a muerte, e hizo un llamado público a todos los que supieran del caso.

Por su parte, el Comité estuvo trabajando como corte.

No estaba autorizado a revisar ninguno de los dos juicios, aunque se encontraba familiarizado con las minutas

estenográficas, su objeto era analizar los nuevos testimonios que sustentaban las mociones.

Los defensores no estuvieron presentes durante los interrogatorios a personas clave, como el juez Thayer, el Presidente de la Corte Suprema Judicial del estado y otros. Ellos mismos fueron entrevistados y presentaron sus últimos argumentos el 25 de julio.

Estos procedimientos no tenían precedente en la historia legal estadounidense. Era del conocimiento público que los miembros del Comité, hombres conservadores, coincidían en su posición respecto a Sacco y Vanzetti y que habían jurado que debían morir; dos de ellos expresaron esta opinión aún antes de ser elegidos por el gobernador. Por el desarrollo de los hechos la defensa comenzó a desconfiar de la imparcialidad del Comité. Por su parte, Sacco y Vanzetti iniciaron una huelga de hambre como protesta por los métodos que el gobernador y su comité, y también por el secreto con que se estaba haciendo la revisión de su caso.

Las actas de las actividades del Comité Lowell permanecieron en los archivos de Harvard con el sello “Confidencial”, hasta 1978 en que se hicieron públicos.

Los radicales italianos exigían que las audiencias fueran públicas y decían que Sacco y Vanzetti tenían derecho a estar presentes con sus abogados cuando se interrogaba a los testigos.

Cuando el gobernador Fuller era representante de Massachusetts ante el Congreso hubo un problema en la Casa Blanca que desembocó en la expulsión del congresista Victor L. Berger de Wisconsin, el 19 de noviembre de 1919, y él pronunció un discurso incitando a “la ejecución de to-

dos los rojos escorias, raza de anarquistas, bolcheviques, IWWs y revolucionarios... La expulsión de Berger puede calificarse de crucifixión, pero es de la misma clase que ha traído la mano de la ley sobre las huestes rojas que han conspirado para destruir el gobierno de Estados Unidos con la esperanza de sustituirlo por la anarquía”.

Además, Lowell durante años fue oficial de la Liga de Restricción a la Inmigración y entre las acciones que realizó en Harvard figura el establecimiento de residencias segregadas para los estudiantes negros. ⁶

Por otra parte, la apelación produjo la división de la opinión pública estadounidense y mundial y gran efervescencia. La ciudadanía radicalizó sus posiciones a favor y en contra.

La mayoría de los abogados, hombres de negocios y la “alta sociedad” de Boston no estaba de acuerdo con la revisión del procedimiento legal, pues veían a esta demanda como la evidencia de un esfuerzo que debilitaba las instituciones de Massachusetts. Abogados respetables aseguraron que no habían ninguna diferencia si eran inocentes o culpables, Sacco y Vanzetti eran desleales al sistema por cuestionar el juicio. En esencia los legalistas insistieron en que el proceso de justicia criminal de Massachusetts, tal como había operado en este caso debía ser considerado infalible .

La clase dominante estaba de acuerdo, más bien, con la ejecución porque los convictos eran extranjeros que no compartían las tradiciones o no entendían las instituciones; desde su punto de vista, merecían sentir todo el rigor de la ley, a la que ignoraron y se habían rebelado en su contra.

Muchos estaban convencidos de que habían tenido un juicio justo, otros que debían ser ejecutados por ser anarquistas y algunos más de que su muerte “mantendría la satisfacción de las cortes”.

Hubo hombres como el profesor Frankfurter y Dean Pound de la Escuela de Leyes de Harvard, que se unieron a la lucha. A nivel internacional, la prensa seguía de cerca el caso. Las actividades en pro de Sacco y Vanzetti se intensificaron a tal grado que obligaron a que en agosto de 1927 el representante del estado de Washington, Albert Johnson, amenazara a los extranjeros con desconocer su ciudadanía, e incluso con la deportación, si hacían manifestaciones en favor de Sacco y Vanzetti. Ello le valió que algunos periódicos estadounidenses le otorgaran la copa de oro por la declaración más imprudente del año. Según la ley, los extranjeros tenían derecho a realizar protestas pacíficas. Para Johnson esto era una acción antigubernamental que los hacía merecedores del peor castigo y por ello propuso reformar la legislación para hacer revocable la ciudadanía.

En mayo de 1927, un periódico reportó que el gobernador Fuller había recibido numerosas cartas de felicitación y en contra de Sacco y Vanzetti.

Como un ejemplo de la actividad de los intelectuales demócratas de la época, existe un telegrama enviado por Upton Sinclair (1878-1968) novelista estadounidense, autor de *Petróleo!*, al editor de *The Nation*: “Si Sacco y Vanzetti son ejecutados, apremio al Comité de Boston a citar al gran jurado de ciudadanos liberales para hacer una acusación formal contra el estado de Massachusetts por asesinato en primer grado. Ahora es necesario abrir los ojos de los estadoun-

idenses a los arreglos clandestinos del sistema policíaco-nacional. Creo que el proceso propuesto sería ampliamente difundido.

Long Beach, California, agosto 12. Upton Sinclair”.

La opinión del Comité Lowell resultó contraria a la petición de Sacco y Vanzetti. El Comité entregó su informe al gobernador el 27 de julio de 1927. Sostuvo que los últimos testimonios no tenían suficiente importancia para justificar otro juicio, pese a que *La Notizia* sustentaba las declaraciones de Bosco y Guadagni, que fueron llamados por el Comité, de que habían estado, después de comer, con Sacco el 15 de abril en Boston. “Creo, de acuerdo con el jurado, que Sacco y Vanzetti son culpables y que han tenido un juicio justo. Y además, creo que no existe razón suficiente para otorgarles uno nuevo”, afirmó el gobernador Fuller, el 3 de agosto de 1927.

En su comunicado, el gobernador expuso la coincidencia entre sus resultados y los del Comité Lowell. Los objetivos de la investigación fueron: “establecer si fue justo por parte de los jurados determinar si los acusados tenían derecho a un nuevo juicio y demostrar si eran cultables o no. Este crimen se cometió hace siete años, durante seis años han recurrido a procesos dilatorios, una apelación tras otra, han empleado toda posibilidad de demora para asustar y ejercer coacción sobre los testigos, cambiar sus declaraciones y para incrementar por el mismo peso de los años transcurridos, las posibilidades de error y confusión. Debe decirse que esta misma investigación que he conducido, ha contribuido a demostrar la consideración que se ha dado a estos hombres. Como resultado de mi investigación no en-

cuento una justificación suficiente para mi intervención”,

W.G. Thompson dejó de ser el abogado defensor de los italianos aunque continuó a su lado.

El abogado Arthur D. Hill, de Boston, junto con algunos ciudadanos hicieron un último esfuerzo por salvarlos al reunir pruebas de prejuicio contra el juez Thayer y presentarlas al gobernador, pero todo fue en vano. Nunca se hizo ningún esfuerzo por descubrir quién había disparado cinco de las seis balas encontradas en los cuerpos de los hombres asesinados, no se buscó el botín robado, ni se estableció ningún motivo para el crimen. No se presentaron huellas digitales como evidencia, aún cuando los periodistas dijeron que las había en el auto usado por los bandidos para huir.

El escritor John Dos Passos, como graduado de Harvard, protestó por la intervención del rector Lowell en el informe sobre el caso Sacco y Vanzetti, el 9 de agosto de 1927: “Usted puso su nombre e indirectamente el de la Universidad que representa en un documento infame”.

“El informe en sí mismo es una apología de la conducción del caso, más que una investigación imparcial. Leyendo párrafo a párrafo crece la sospecha que su objetivo no era revisarla, sino hacer respetables los procedimientos del juez Thayer y de la oficina del Fiscal de Distrito... Sobre hombres de su clase y posición descansará la inevitable decisión de si la lucha que viene por la reorganización de la sociedad será fértil y su sangre o inconcebiblemente sangrienta y destructiva”.

En Estados Unidos el clamor de la protesta era tan fuerte, que la policía hizo correr fuertes rumores de que el movimiento pro Sacco y Vanzetti tenía su origen en Moscú.

De ahí que en Boston y en otras ciudades de la Unión, los jefes policiacos pretextaran esto para prohibir cualquier actividad en pro de los italianos.

La defensa calificó de extraordinario el proceso en el cual se le obligó a discutir algunos puntos del caso sin haber oído el testimonio de los testigos más importantes.

En los días siguientes a la decisión del Gobernador Fuller y al reporte del Comité Lowell se levantó una tremenda ola de protestas en todo el mundo, demandando que Sacco y Vanzetti no fueran ejecutados,

El político Ramsay MacDonald como orador de todos los trabajadores del Partido Laborista dijo públicamente: “todos los amigos de América recen para que no haya ejecución”.

El conservador *London Times* afirmó que “si los condenados son culpables o inocentes, el prolongado sufrimiento que han padecido durante siete años bajo sentencia de muerte los hace susceptibles de misericordia”.

La prensa parisiense ultrarreaccionaria produjo gran sorpresa en los medios periodísticos al declararse en favor de Sacco y Vanzetti.

El diario *Springfield Republica* hizo un llamado al Gobernador de Massachusetts urgiéndolo a conmutar la sentencia y a permitir a Sacco y Vanzetti vivir en prisión para dar tiempo a la búsqueda de nuevas evidencias y el esclarecimiento de las dudas.

Un articulista de *The Nation* comentando la condena afirma: “la Mancomunidad usurpa para sí misma el derecho de cometer un acto de asesinato al condenar a otros y llama a esto justa retribución, no venganza: una limpia amon-

estación o una disuasión con el poder del Estado. Cuando ese poder está mal usado, por ejemplo, para mantener al gobierno en el poder, se convierte en violación grosera de la confianza e inevitablemente conduce a la ruina. Dejen al pueblo estadounidense creer que se está abusando de este poder para sostener a una clase o grupo y habrá un cataclismo inmediato. Massachusetts es acusado hoy por millones de personas de buscar venganza, de usar la fuerza que posee para desafiar en donde quiera a la opinión pública de forma nunca antes igualada. Dejémosle cuidarse”.

“La venganza será tomada y en cambio estos hombres vivirán eternamente. Por esto apelamos una vez más al gobernador de Massachusetts a otorgar la clemencia que ministros y hombres públicos de toda Europa están pidiendo”, decía una publicación.

Por esos días se publicó una noticia que causó gran indignación: “La línea naviera Holland América no permitió a Lugia Vanzetti, hermana de Bartolomeo, abordar el barco a América, Su pasaporte estaba en regla, aprobado por el Cónsul Americano y ella tenía boleto de regreso”.

El pueblo estadounidense, indignado ante la decisión del gobernador Fuller, estaba con el ánimo caldeado. La gente salía a las calles con letreros colgados a sus cuerpos con leyendas a favor de Sacco y Vanzetti. Algunas inscripciones decían: “Lowell llamó a la coartada de Sacco mentiras de los testigos. Ellos probaron que estaba equivocado. Entonces él mata a Sacco”, “Fuller pide la coartada de la venta de angulas de Vanzetti, él la obtiene y mata a Vanzetti”.

Por su parte, las autoridades no permanecían pasivas: en Boston se acuarteló al pelotón de bombas, la policía del

estado y la fuerza de emergencia. Se suspendieron las garantías constitucionales.

Seis italianos armados demandaron la liberación de Sacco y Vanzetti, pero la policía los detuvo. La paranoia llegó al grado de detener en la calle a un hombre que iba con un paquete, que fue abierto y examinado minuciosamente, y solo cuando se convencieron de que su contenido era inofensivo le permitieron seguir su camino.

Dos hombres con acento extranjero que comentaron algo sobre bombas en un elevador público fueron detenidos más tarde y llevados a los edificios centrales donde les tomaron huellas digitales y los interrogaron, haciendo caso omiso de las garantías individuales.

El 17 de agosto de 1927 alguien puso una bomba en la casa de McHardy, uno de los jurados en el juicio contra Sacco y Vanzetti, y el gobernador Fuller ofreció mil dólares a quien proporcionara informes que dieran pistas para aprehender al culpable.

La capital de Massachusetts tembló por el miedo a las bombas y a las palabras. Los ciudadanos no podían llevar en sus autos leyendas como “asesinato judicial”, sin ser arrestados.

Se le solicitó a William E. Borah, presidente del Comité de Asuntos Extranjeros del Senado que interviniera a favor de Sacco y Vanzetti, pero él dijo: “Podría ser una humillación nacional, una desvergüenza, cobarde compromiso de coraje nacional, poner la más mínima atención a las protestas extranjeras o a las de la muchedumbre en casa. Todos conocemos su fina devoción humanitaria, pero ni el humanismo ni la paz pueden ser servidos permitiendo la

intervención extranjera. Sería una imprudencia y un desafío premeditado a nuestro sentido de la decencia y de la dignidad. Por tanto, el caso debe ser tratado de acuerdo a lo que es”.

En los mítines se demandaba a gritos la absolución de Sacco y Vanzetti. Leonora H. Jones, de 59 años, cuáquera, perdió su trabajo como guía de turistas del capitolio en Washington, porque estaba indignada por el caso de Sacco y Vanzetti, que calificaba de procedimiento injusto. Fue “suspendida definitivamente por hablar demasiado. Pensamos que no debía llenar a los turistas con charlas sobre Sacco y Vanzetti, mientras colocábamos guardias extras en el capitolio para prevenir demostraciones izquierdistas”. La Señora Jones por su parte, declaró: “Yo no conozco ni a Sacco ni a Vanzetti, pero toda mi vida he trabajado por la paz. Veo en la posible ejecución de estos hombres un gran daño a Estados Unidos, ya que creo que no son culpables. Quiero prevenir el odio internacional que podría crear el llevar hasta el fin esta sentencia. Si mi insignificante vida puede prevenir el daño que vendrá como una ola de odio, gustosa iría a la silla eléctrica en su lugar”.

En New York, el magistrado Edward envió a la prisión por 60 días a un hombre por distribuir volantes sobre Sacco y Vanzetti frente al edificio de la corte y comentó: “hay demasiadas de estas ocurrencias en Nueva York, ya no hay alojamiento para los rojos aquí, pero ha llegado el momento en que las leyes deben ser obedecidas y yo voy a hacer la parte que me corresponde. Solo estoy apenado porque no puedo detenerlos más tiempo, a pesar de que entiendo que la cárcel está congestionada”.

De hecho, en Nueva York existía una disposición en contra de la distribución de volantes en la calle, pero que nunca antes había sido observada. De ahí que se dijera que “no es un crimen en Nueva York ser rojo, sin embargo, lo es”. Otro magistrado de la corte, Simpson, multó a un hombre con cinco dólares por exhibir desde su auto signos que expresaban simpatía por Sacco y Vanzetti.

Una bomba estalló en la casa del cuñado de una mujer que había atestiguado en contra de los dos italianos. Los periódicos enseguida vocearon sin evidencia alguna que era un acto de revancha.

Sacco y Vanzetti, a la sombra de la silla eléctrica hicieron un llamado de vida por medio del Comité de Defensa. El domingo 7 de agosto de 1927 un gran mitin frente a la Casa de Gobierno de Boston en pro de Sacco y Vanzetti fue disuelto por la policía. “Los oradores atacaron a las cortes del estado al criticar las afirmaciones hechas por los testigos del fiscal en el juicio contra dos radicales”, dijeron las autoridades.

Herriot, ministro de Educación de Francia, dijo: “estoy en contra del castigo que ha durado siete años, me siento incapaz de hacer oír mi voz, pues pertenezco al gobierno y mis palabras escandalizarían al gabinete entero. Personalmente, nunca he cambiado de opinión: Sacco y Vanzetti debían haber sido liberados. Se han hecho acreedores a una gran cantidad de clemencia”.

Un grupo de los mejores juristas de Londres, después de haber discutido toda una noche sobre el caso Sacco y Vanzetti, opinó unánimemente que deberían ser puestos en libertad inmediatamente, fueran culpables o inocentes,

desde el momento en que el crimen y asesinato no amerita el cruel y raro castigo de mantener a los hombres en semejante tortura durante siete años.

El *Times* de Londres reprobó y criticó amargamente el veredicto y procedimiento. Aún el *New York Times* se sintió compeido a escribir lo siguiente: “Sin embargo, es cierto que miles de buenos ciudadanos, mientras son sometidos a la muy retardada máquina de la justicia, sentirán que hay algo estresante en cualquier ejecución después de un proceso tan largo. No hablamos del pervertido fervor de clamorosos agitadores, pero sin duda surgirán otra vez. Es peor herir los sentimientos humanos y la duda que persistirá en las mentes inocentes en caso de que los fines de la justicia no puedan ser resueltos de otra forma”.

Powers Hapgood, miembro del Comité de Defensa, pasó el momento de la ejecución de Sacco y Vanzetti internado en el hospital psiquiátrico. La policía lo había detenido varias veces en agosto de 1927 por repartir propaganda y como último recurso lo encerró en el nosocomio.

Fuentes:

The Nation, semanario, Nueva York, 1920-1927.

The New Republic, semanario, Nueva York, 1920-1930.

The Literary Digest, mensual, Nueva York, 1920-1927.

“Si le encontraban culpable en cada una de las tres acusaciones, Capone tendría una condena de 34 años de prisión. Su equipo legal incluía la flor y nata de la firma Nash-Ahern: Thomas Nash, Michael Ahern y Albert Fink, quienes ofrecieron al fiscal de los Estados Unidos un compromiso: su cliente se declararía culpable si se le aseguraba una sentencia leve. El resultado fue una sentencia de dos años y medio. Esta condescendencia se basaba en el temor de que el terrorismo del gangster todavía podía conseguir que los testigos principales del gobierno no testificaran”.

13. EN CAPILLA

Aldino Felicani, fundador del Comité de Defensa, comunicó a Sacco y Vanzetti la fecha de la ejecución: “Sacco y Vanzetti iban a morir el 10 de agosto de 1927. Como portavoz de sus familiares y del Comité de Defensa y por ser su íntimo amigo me permitían visitarlos en la Casa de la Muerte en Charlestown”.

“El gobernador Alvan Fuller, antes de dar la decisión el 28 de julio, fue a verlos a la antecámara de la Casa de la Muerte en la colonia Cherry”.

“Por Sacco y Vanzetti supe lo ocurrido. Sacco se rehusó a dar la mano al gobernador. Para él era la lucha de clases: Fuller pertenecía a la clase gobernante y él a la gobernada. Sacco era un hombre que veía los hechos fríamente, que daba la cara a la realidad. No tenía nada que preguntarle a Fuller, no necesitaba ningún favor y se negó a hablar. Pero Vanzetti, más sociable, se sentó junto al gober-

nador y le reseñó el caso, desde el momento de su aprehensión hasta la discusión de la última moción. El gobernador charló amablemente con Vanzetti por más de una hora. La prensa calificó el encuentro de extraordinario”.

“La mañana siguiente a la visita del gobernador fui a verlos. Vanzetti me platicó emocionado: “Fuller vino ayer. Tuvimos una larga conversación, fue muy cordial y amigable, se sentó a mi lado y me habló como a un hermano, sonriendo y bromeando. Este hombre nunca nos enviará a la silla”. Respondí “Yo no sé”, porque veía a Vanzetti animado y lleno de alegría. Traté de prevenirlo, de destruir su optimismo, de hacerlo ver que todo indicaba que lo peor estaba por llegar. No quería que pensara que estaba en el paraíso cuando de hecho estaba en el infierno. No pueden imaginar cómo me sentía mientras se aproximaba el 4 de agosto. Tenía que informar a Sacco y Vanzetti, mis amigos más queridos, que morirían en unos días más. No encontraba palabras. La emoción me sofocaba, quizá más que a ellos. De tiempo en tiempo, durante los siete años tuvimos que encarar situaciones que enfurecían a Sacco y a Vanzetti mucho más de lo normal. Ellos entonces podrían haber hecho llamados a la acción, a más acción, y entre más violenta mejor, pero yo traté siempre de detenerlos. Al recordar esos momentos me sentía culpable. Finalmente les dije que iban a morir. Vanzetti lo tomó duramente, me miró por unos minutos abriendo más y más los ojos, como si estuviera perdiendo la mente, no podía creerlo. La ilusión que le produjo el gobernador le impidió darse cuenta de que este era el final”.

“Sacco no estaba sorprendido. Aceptó el hecho como parte de la lucha revolucionaria; solo tenía una pena: no

poder estar afuera para expresar sus sentimientos con acción. Sacco aceptó el cierre de su lucha y de su vida como una conclusión lógica de su actividad como enemigo de la opresión capitalista. Sin embargo, ambos estaban aturridos y mudos. Personalmente en ese momento solo deseaba venganza. Sentía que la no acción era también violencia para protestar por este crimen y les sugerí que hicieran una declaración. Vanzetti la escribió y decía”:

“Agosto 4 de 1927, desde la Casa de la Muerte.

“El gobernador Fuller es un asesino como Thayer, Katzmann, los perjuros de la Mancomunidad y todos los demás”.

“Me estrechó la mano como a un hermano, haciéndome creer que estaba honestamente interesado y que no había visto a los tres chicos del tranvía para no tener excusa para salvamos. Ahora ignora y niega todas las pruebas de nuestra inocencia, nos insulta y nos asesina. Somos inocentes”.

“Esta es la guerra de la plutocracia contra la libertad, contra el pueblo. Venguen nuestra sangre. Moriremos por la anarquía. Larga vida a la anarquía”.

“Bartolomeo Vanzetti”.

“William G. Thompson me acompañó a la Casa de la Muerte. Lo recuerdo hablando con-Hogsett, ayudante del alcaide. Yo había ido al estrecho cuarto con tres celdas. Como Nick y Barto estaban escribiendo, hablé con Madeiros que estaba en la primera celda. Nunca lo había visto, pero sentí la necesidad de decirle algo, él también iba a morir en la silla eléctrica. Madeiros me dijo: ‘Demasiado mal para ellos. Yo, como quiera, soy un criminal y tengo amplio expediente, pero ellos... es una pena para ellos’.

Aún él, un asesino habitual, no podía esconder la impotencia y la simpatía por los dos hombres que sabía inocentes para tener que encarar esa muerte.

“Finalmente, tuvo los dos mensajes, el señor Hogsett estaba todavía hablando con Thompson cuando me vio con los papeles en la mano”.

El señor Hogsett en presencia de Thompson, hizo prometer a Felicani que no daría a conocer el mensaje de Vanzetti. Pero al día siguiente los periódicos publicaron sus palabras y abundaron los comentarios editoriales sobre ellas.

“Antes, podía ir a ver a Nick y Barto sin necesidad de abogado. Los guardias abrían la puerta y me dejaban con los prisioneros. Pero después de la publicación de sus mensajes, las autoridades se molestaron conmigo”.

“Llamé a Thompson, que también estaba furioso conmigo porque había faltado a mi promesa y no me pudo ayudar. Yo tampoco pude hacer nada, había tenido el firme propósito de publicar las últimas palabras de Sacco y de Vanzetti. Fui yo quien les sugirió decirlas. Tenía la esperanza de que con ese mensaje podrían incitar al pueblo a la acción, a cualquier acción. Pero nunca más volvi a ver a mis amigos vivos.

“Toda la asistencia legal hasta ese entonces había estado oprimida bajo los tecnicismos. El 6 de agosto se hizo una moción para revocar la sentencia. También ese día se registró una petición para un auto por error. El 8 de agosto la moción y la petición fueron denegadas por el juez Oliver Holmes, de la Suprema Corte de Justicia de Estados Unidos, y el juez George W. Anderson, de la Corte del Distrito. No había otra puerta para Thompson, que desesperado se

resignó y dejó la defensa al abogado Arthur D.Hill. Asistiendo a Hill se quedó Herbert Ehrmann y un joven italiano que vivió en Pittsburgh, Michael Angelo Musmanno.

El gobernador para dar la impresión de honradez, concedió tiempo adicional a los abogados para apelar a las altas cortes.

Entonces, el 10 de agosto a las 23:15, él garantizó aplazar la ejecución de la sentencia 12 días más.

“Vanzetti me había dicho que quería ver a su hermana Luigia antes de morir. Su llegada estaba próxima. Yo estaba encargado de hacer los preparativos para su primer encuentro en la cárcel. Fui a ver a William A. Hendry, alcaide de la cárcel de Charlestown, que siempre había sido cordial y’amable. ‘Es una desgracia que yo haya roto las reglas –dije a Hendry– pero usted entiende estas cosas. Somos humanos, tenemos emociones y a mí me apena mucho no poderlos ver otra vez. Ahora tengo que pedirle un favor: cuando venga la señorita Vanzetti, la hermana de Bartolomeo, permita, por favor, que abran la puerta de la celda. Déjelos abrazarse como seres humanos, no deje ninguna barrera entre ellos”.

“Eso es contra las reglas –dijo–. No puedo hacer nada. Es simplemente contra las reglas”.

“Ahora póngase en su lugar –dije. “Vanzetti no ha visto a su hermana por 20 o 25 años. Ha viajado cuatro mil millas para verlo morir. Por favor permita que su encuentro sea de seres humanos”.

“Es contra la ley. No puedo hacer nada al respecto”.

“Pero lo hizo. No prometió nada, pero cuando la señorita Vanzetti llegó hasta la celda en su primera visita, él abrió la puerta y les permitió estar juntos”.

“Los preparativos para la visita de Luigia Vanzetti habían comenzado meses antes. Vanzetti deseaba ver a su hermana y quería que arreglara su viaje. Ella vivía con su padre y otra hermana en el pueblo de Villafilleteo. Era difícil negarle algo a Vanzetti. En esta ocasión, sin embargo, yo estaba en contra del viaje y traté de disuadirlo. Le dije: ‘No tienes derecho a pedirle a otro ser humano que venga a ver tu muerte en la silla eléctrica’. Pero Vanzetti tenía una opinión diferente. Finalmente, por medio de otros miembros del comité arregló el viaje. Afortunadamente para mí, no tuve que ver nada con eso. No quería que pesara sobre mi conciencia”.

“Pocos días después él dijo: ‘Tenías razón sobre lo de mi hermana. Entre más pienso, más me doy cuenta de lo equivocado que estaba. No quiero que venga. Cancela el viaje’.

“Pero la señorita Vanzetti ya había salido de Italia. Los periódicos comentaban los detalles de su viaje. Estaba en París, donde miles de trabajadores la recibieron con manifestaciones. Las fotografías de su llegada se habían publicado en la prensa norteamericana. Era demasiado tarde para detener el viaje”.

“Prometí a Bartolomeo que iría a Nueva York a recibirla. Rosina Sacco, Jessica Henderson, que nos llevó en su auto, la hija menor de la señora Henderson y yo fuimos a recibir a Luigia Vanzetti”.

“El muelle estaba atestado, había gente por todos lados. Cientos de neoyorkinos esperaban ansiosos para darle la bienvenida. Un grupo de periodistas estaba ahí en busca de entrevistas, esperando una declaración”.

“Luigia Vanzetti apareció finalmente, parecía cansada, desanimada, perpleja y perdida. La primera impresión que nos dio fue la de una persona inteligente y reservada, pero afligida y con miedo. Los flashes de los fotógrafos brillaban por todas partes. Rosina Sacco y Luigia Vanzetti estaban rodeadas. La gente les entregaba flores y regalos; les daban besos y muestras de cordialidad a la joven esposa y a la hermana, que se verían sin un miembro de su familia por la crueldad de la ley y la locura de los hombres”.

“Mientras caminábamos por la calle, leíamos los encabezados de los periódicos “Sacco y Vanzetti morirán el lunes por la noche”. Luigia no entendía una palabra de inglés. No comprendía los encabezados. En la mayoría, la noticia abarcaba las primeras planas. Había un ambiente de tragedia en todas partes. Era posible verlo, no solo en los encabezados de los diarios, sino también en la cara del pueblo trabajador”.

“Era viernes, solo faltaban tres días. Una situación así no ayuda a concentrarse y a pensar con exactitud. No es necesario decir que todos los del grupo estábamos emocionados”.

“Yo estaba nervioso por volver a Boston para hacer un contacto de último minuto. Era necesario mantener alerta a nuestros amigos en el país y en el extranjero. No sabíamos qué hacer. Nuestra única esperanza era incitar a la gente a actos de protesta.

“Después de descansar un rato en un hotel de Nueva York, acompañamos a Luigia a un programa de radio al dirigente Eugene Debbs. donde dirigiría unas palabras al pueblo de Estados Unidos, un mensaje de saludo y un

llamamiento. Irónicamente íbamos acompañados, como se acostumbra hacerlo con visitas importantes, por una patrulla de policía”.

“Luigia Vanzetti estaba perdida en la tragedia. Como era de esperar, entendía muy poco de lo que le pasaba a su hermano. Como católica romana veía el asunto a partir de sus creencias. Declaró a la prensa la esperanza de que su hermano regresara a la fe de su infancia; a la que tenía antes de dejar su hogar y convertirse en ateo y radical”.

“Era el encargado de prepararla para el fin. Por el camino de Nueva York a Boston, hice mi mejor esfuerzo por explicarle. No era fácil. Le mencioné lo que había pasado inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial. Para simplificar el cuadro le hablé de cómo Sacco y Vanzetti habían escapado a México para no tomar parte en la guerra”.

“Cronológicamente le relaté cómo los elementos nacionalistas habían acudido a la violencia en contra de las organizaciones laborales más activas que se oponían a la guerra. Le platiqué cómo los dirigentes de los sindiactos habían sido aniquilados, cómo los líderes laborales habían sido asesinados. Le hablé de las detenciones masivas en cualquier lugar de la Unión Americana durante la llamada histeria Palmer. Y solo porque era algo semejante a lo que ocurrió en Italia durante los primeros días del terror fascista, ella empezó a ver claro”.

“Pero Luigia Vanzetti era cándida e ingenua; pensó que viniendo a este país y abogando ante ciertos pilares de la Iglesia podía desarmar a la ley. No era la única que tenía ese tipo de razonamiento. Otras personas pensaban que la

intervención del Vaticano podía parar al verdugo. Pocos se habían dado cuenta de que la autoridad estatal no iba a doblegarse ante ningún otro poder”.

“Regresamos a Boston el sábado. Después de unas horas de descanso fuimos a la cárcel. Teníamos que pensar en qué hacer ahora que Luigia estaba aquí. Pensé que lo propio y lo lógico era llevarla a ver al Cardenal William O’Connell, quien era entonces la autoridad más alta de la iglesia de Boston”.

“El domingo por la tarde, las señoras Henderson, Sacco, la señorita Vanzetti y yo fuimos a la casa del cardenal O’Connell. No teníamos cita. Permanecí en el coche porque no tenía nada que decir. Rosina Sacco se quedó conmigo. El cardenal sabía hablar italiano. La visita duró un buen rato. Luigia usó todo el fervor y la inteligencia que pudo para penetrar en el corazón del prelado. Yo sabía que no tenía ningún sentido. Pero eso hacía feliz a Luigia Vanzetti porque sentía que era parte de su misión y un modo de ayudar a salvar a su hermano. Los periódicos dijeron que el encuentro entre Luigia y el Cardenal había sido conmovedor y muy importante”.

“En el Comité de Defensa, los dirigentes Mary Donovan, Gardner Jackson, Joe Moro y otros no tenían un momento libre. Escritores, oradores, estudiantes y amigos llegaban a cada minuto de todas partes. Ahí donde no era posible usar auditorios públicos por seguridad se usaban privados, como las iglesias. Se organizaron mítines en toda la ciudad.

“No puedo describir la conmoción que reinaba los días previos a la ejecución. El comité mantenía un men-

sajero en el Union West y en el telégrafo todo el tiempo. Recibíamos llamadas de Alemania, España, Francia, Inglaterra, Rusia, Sudáfrica y Sudamérica. Organizaciones laborales, grupos liberales, partidos políticos y asociaciones religiosas enviaron telegramas. Los personajes más prominentes de la vida pública de cada país enviaron mensajes pidiendo la libertad de Sacco y Vanzetti con palabras de esperanza y súplica”.

“Maurice Thorez, uno de los más grandes abogados franceses, radical y líder del Partido Comunista Francés, escribió al comité: “Si soy de alguna ayuda, iré”. Anatole France, Madame Severine, Romain Rolland, Bertrand Russell, Harold Laski, H.G.Wells, Arnold Bennett, Fritz Kreisler, Maximilian Harden, Albert Einstein, Madame Curie y el Marqués de Lasteyrie (nieto de Lafayette) enviaron palabras de simpatía y protesta”.

“Recibimos un mensaje de Albert Dreyfus, donde reflexionaba en el propio infierno que vivió y, sabiendo cómo era, preguntaba si podía hacer algo. Todos coincidían: ‘Dígannos en qué podemos ayudar’.

“El recuerdo de aquellos días vivirá por siempre. Para los que estuvimos involucrados en la lucha para prevenir la tragedia, la vida adquirió un nuevo significado. Estábamos en una trampa y no podíamos hacer nada. Pero la gente estaba asombrada ante los acontecimientos”.

“La Casa de la Muerte era la única realidad. El lunes 22 de agosto a la medianoche Sacco y Vanzetti morirían en la silla eléctrica. Había muy pocas cosas que podíamos hacer”.

“Las oficinas del Comité de Defensa eran un manicomio. Era una asamblea de gente con sentimientos emo-

cionales depresivos, resentimientos, tristezas, despechos. La gente iba y venía continuamente. Los telegramas se apilaban. El mundo esperaba noticias con ansiedad. El teléfono sonaba constantemente. Había llamadas de toda la Unión Americana, en un solo día gastamos 860 dólares en telegramas con el propósito de tener a la gente en guardia”.

“Pedíamos con desesperación a simpatizantes y amigos que hicieran todo lo que pudieran. Solicitábamos acción. La acción era nuestra única esperanza para arrancar a nuestros amigos del verdugo. Toda esperanza legal estaba agotada. En los grandes centros industriales de Estados Unidos los trabajadores abandonaron sus herramientas y proclamaron una huelga general. Algunos realizaron actos de terrorismo”.

“En la agitación por la proximidad de la tragedia, tuvimos aún que realizar ciertas obligaciones legales. Los cuerpos de las personas que morían en la silla eléctrica debían ser reclamados con anticipación por representantes de su familia. Esta era mi responsabilidad”.

“Más o menos a las 6:00 de la última tarde, el 22 de agosto, Gardner Jackson y su hermana Edith me acompañaron a la cárcel”.

“La ciudad era un campamento armado. Los ciudadanos, en sus asuntos, eran detenidos e interrogados. Aquellos que protestaban eran detenidos. A nadie se le permitía estar cerca de la prisión. Como los periódicos del mundo protestaban, los hombres que pretendían administrar la ley sintieron miedo. Se situó ametralladoras a lo largo de los muros de la prisión. Después poderosas luces fueron instaladas para escudriñar en los tejados y en las esquinas oscuras

de los patios y de las calles. Parecía que toda la ciudad era presa de la muerte. Miembros de la caballería armados estuvieron en guardia en las calles cercanas a la prisión”.

Afuera de la entrada principal a la cárcel había un cordón de tropa montada, que permanecía calmada, ergida y perfecta. Estaba armada, lista para cualquier emergencia. A lo largo de las calles había otros caballos y jinetes. Probablemente eran las mismas bestias que usaron el domingo para disolver el mitin al que llamamos para protestar contra la Mancomunidad de Massachussets”.

“Mi corazón latía fuertemente. Hicimos el trayecto de las oficinas centrales del comité a la cárcel en silencio. Es en esas ocasiones cuando uno no necesita palabras. La emoción lo dominaba todo. Solo se oía el eco de los cascos de los caballos sobre la madera del puente situado frente a la cárcel. En el largo silencio de la jornada reflexionábamos sobre el terrible contraste: En cada ciudad del mundo las multitudes clamoreaban ‘Salven a Sacco y Vanzetti’, mientras en la cárcel de Charlestown toda la preocupación eran los preparativos para el asesinato de los dos soñadores en la hermandad de los hombres”.

“Entramos a la cárcel. La atmósfera era de suspenso y miedo. Las ventanas de las paredes de la prisión estaban iluminadas. Vimos a algunos presos entre las sombras. Había un ambiente opresivo. El desasosiego de los prisioneros era evidente. Todo el personal de la cárcel estaba ocupado en los detalles de la ejecución. Entramos en la oficina. Hendry, el alcaide, estaba ahí borracho. Le solicité el procedimiento y me dio los papeles para firmarlos”.

“De esa manera reclamé los cuerpos de mis amigos, que aun estaban vivos entonces”.

Los esfuerzos por salvarles la vida no cesaban. El 17 de agosto la Comisión Nacional de Ciudadanos envió al procurador general Sargent una carta en que le pide que permita al abogado de la defensa hacer uso de los archivos del Departamento de Justicia, con objeto de recoger datos que permitieran demostrar la inocencia de Sacco y Vanzetti.

Asimismo informaron que la hermana del condenado Vanzetti había llegado ayer procedente de Europa y que había seguido para Boston. Dijo que va a acompañar a su hermano en los últimos días de su vida y que tratará que Bartolomeo vuelva al seno de la iglesia católica y abandone sus ideas ateas. Agregó que su padre ha perdido todas las esperanzas de que su hijo sea salvado.

Doscientas personas fueron a recibirla gritando: “¡Viva Sacco, viva Vanzetti!”, sin embargo, no hubo ningún disturbio.

La esposa de Sacco recibió a Luigia declarando que había venido expresamente desde Boston para recibir “a su hermana de infortunio”.

Luigia dijo que no piensa apelar al gobernador Fuller, pues ha venido para entregar a su hermano un mensaje de su padre, en el cual le dice que lo acompaña en sus momentos de tribulación. Luigia Vanzetti ya de cierta edad, de tez clara y rostro surcado por arrugas, declaró sobre su familia: “No somos radicales, es imposible vivir en Italia y ser radical. Jamás hemos pensado en serlo. A mi padre no le agradaron algunas de las cartas que mi hermano le escribió desde América y lo regañó por mostrarse tan exaltado e imprudente”.

La Corte Suprema Judicial de Massachusetts negó el 8 de agosto la apelación pedida por los defensores. Cuando

se le comunicó a Vanzetti la fatal nueva, poseído de una rabia histérica golpeó las rejas de su celda.

Después, los magistrados de la Corte Suprema salieron a sus domicilios custodiados por la policía, mientras Boston entraba en un nuevo periodo de excitación. Los voceadores de periódicos corrían por las calles gritando: “Saco y Vanzetti deben morir”.

En las calles se reunía la gente a comentar la noticia, por más que inmediatamente la dispersaba la policía. La nueva produjo enorme conmoción en las oficinas del Comité de Defensa de Sacco y Vanzetti.

El jefe del comité, Gardner Jackson, exclamó: “Dios mio, este es el fin”. Sin embargo poco después se anunciaron nuevos recursos que se interpondrían a última hora.

El abogado Musmanno fue el encargado de transmitirles la desconsolable nueva a los reos.

—¿Qué hay de nuevo?—, le preguntó Vanzetti cuando lo vio aproximarse .

—Hay mucho—contestó el abogado— y es que desgraciadamente han dictado una decisión desfavorable a nosotros.

—¡Ya lo sabía, ya lo sabía!— exclamó Vanzetti —que traigan al millón de hombres, al millón de hombres que habrán de salvarnos.

El alcaide de la prisión y el defensor trataron de calmar a Vanzetti, que sacudía fuertemente los barrotes, golpeándose en la cabeza, al mismo tiempo que agregaba: “Quiero que me pongan una estación de radio aquí, yo diré al mundo lo que me están haciendo”.

Musmanno se dirigió en seguida a la celda de Sacco, quien estaba comiendo. “Ya me lo esperaba—comentó Sacco— quiero escribir una carta a mi hijo”.

Antes de conocerse la decisión del tribunal, Sacco había estado con su hijo Dante a quien le dijo: “Quiero que siempre trabajes por la humanidad. Olvida el oro y las riquezas. Éstas no representan nada. Pero jamás olvides lo que tanto gente buena ha hecho por nosotros. Piensa siempre en ella con gratitud, aunque sus esfuerzos resulten infructuosos”.

A medio día Madeiros, Sacco y Vanzetti fueron trasladados nuevamente a la capilla. Los dos italianos marcharon del brazo desde una sección de la prisión a la otra. Madeiros los seguía. Dos guardias los condujeron a través de la férrea puerta del pequeño edificio destinado a albergar a los condenados a muerte en sus últimos días y ambos pasaron por donde estaba la silla eléctrica cubierta por una lona”.

Varios detectives salieron a reforzar la casa del juez Webster Thayer’, en Worcester.

El 20 de agosto el juez Oliver Wendell Holmes de la Corte Suprema de los Estados Unidos se negó a conceder el Habeas Corpus y también negó el derecho de apelación al Tribunal de Apelaciones de Estados Unidos.

La Corte Suprema en Washington tampoco aceptó el auto de avocación presentado por el abogado Musmanno, requiriendo que el pedimento fuese acompañado por las copias certificadas de todo el proceso.

Se telegrafió a Boston, pidiendo las copias, que se despacharon ese mismo día para hacer el pedimento el lunes. La defensa solicitó un nuevo aplazamiento al gobernador Fuller.

El encuentro de Vanzetti con su hermana, después de 19 años de no verse, tuvo lugar. Luigia se encaminó len-

tamente hacia la celda de su hermano y al mirarse dijeron en italiano: –¡Bartolomeo! –¡Luigia! –El alcaide Hendry, rompiendo los precedentes, permitió a Vanzetti que saliera de su celda. Los hermanos se abrazaron llorando y con la respiración entrecortada.

Luigia estuvo a punto de desmayarse, la sentaron mientras Vanzetti le daba golpecitos en el hombro y la besaba. Conversaron unos minutos y después Vanzetti volvió a su celda. Luego siguieron hablando.

Al día siguiente el cardenal O’Connell en su casa veraniega dijo a Luigia Vanzetti que no tenía la menor intención de oponerse a las leyes de la sociedad y que todo juicio humano, aunque falible, es un método de gobierno que los pueblos civilizados tienen por instrumento de orden y conservación, de lo mejor que hay en la vida humana: “Mi corazón rebosa de simpatía y compasión hacia estos dos hombres” . .

Luigia, por su parte, declaró: “Ruego fervientemente a todos los que tienen mi misma fe y a los de otros credos religiosos, que creen en Dios y en su Divina Providencia, que oren hoy domingo por la salvación de mi hermano y de su amigo”.

El martes Vanzetti vio a su hermana y dijo en voz baja “Adiós para siempre” y le apretó las manos fuertemente.

En la celda contigua, Rossina daba su adiós a Sacco, que la miraba tiernamente llorar y hacía esfuerzos por contener sus lágrimas. Ambos permanecían silenciosos.

Vanzetti rompió el silencio. ¡”No puedo soportar esto! ¡Es demasiado! No sé cómo despedirme”.

Las entrevistas tuvieron lugar a las 10:00, cuando ellas salieron, Sacco tendió implorante sus brazos hacia el

guardián que vigilaba: “Diles que regresen esta tarde a ver-nos, por favor, diles que regresen”.

Atendiendo a esta súplica el alcaide abrió nuevamente la puerta de la Casa de la Muerte a las 15:00 horas y dejó entrar a las dos mujeres llorando.

Una vez más, Vanzetti pudo estrechar entre sus brazos a su hermana, apretándola con fuerza como si no quisiera dejarla ir.

Después acarició su pálido rostro largo tiempo y dijo: “Ah, pequeña Luigia, viniste desde muy lejos para ver a tu hermano. Lléales un mensaje de cariño a los de la casa y diles que mi último pensamiento fue para ellos. ¡Cómo recuerdo los días en que jugábamos tú y yo en Villafalletto! Era un muchacho travieso y soñador entonces, en tanto hoy... ¡Oh, cómo quisiera tener en estos instantes una estación de radio para enviar un adiós a los millares de hermanos que se han esforzado por salvarme”!

Luigia, asustada por la extraña mirada de su herma-no, cuyo rostro estaba descompuesto, desfalleció en manos del guardia, quien la llevó fuera del lugar, pero reponiéndose violentamente, poseída de una gran excitación la infeliz mujer atacó con dureza a la justicia y el guardia la condujo afuera.

Cuando Luigia estaba afuera, Vanzetti recobró la presencia de ánimo y dijo: “Fue un error dejarla venir. Todos mis pensamientos están con ella y me doy cuenta de que esto ha sido una terrible experiencia. Muero luchando por la libertad por la que he luchado siempre. ¡Viva el anarquismo! ¡Morimos por la causa del anarquismo”!

Por la tarde le fue negada la entrada a la prisión a Michael Musmanno para despedirse de Sacco y Vanzetti.

El declaró: ‘Solo quería decirles que hay más piedad en sus corazones que en los de muchos hipócritas que profesan religiones ortodoxas. Decirles que estaba convencido de su inocencia y que todas las sillas eléctricas y las horcas del mundo no pueden alterar mi convicción. Quería decirles que son los dos hombres más bondadosos y tiernos que he conocido, pues aman a sus hermanos y su sinceridad es evidente’.

El gobernador Fuller pasó todo el día en la casa de gobierno dando audiencia a las delegaciones que fueron a verlo para solicitar clemencia.

La defensa apeló al magistrado Harlan F. Stone, al presidente de la Suprema Corte de Justicia de los Estados Unidos, William H. Taft, al Magistrado George W. Anderson, exjuez del Tribunal del Circuito de Apelaciones.

Al anochecer cinco abogados del Comité Nacional de Defensa visitaron al magistrado de la Corte Suprema de Justicia, Oliver Wendell Holmes, en su casa de Beverly Hills y le solicitaron un recurso de Habeas Corpus, pero el Magistrado reiteró su negativa.

William G. Thompson estaba en New Hampshire, cuando le llegó un mensaje: Vanzetti lo quería ver antes de morir. Partió hacia Boston inmediatamente. Llegó a la prisión al anochecer y en seguida fue llevado con Vanzetti, que se encontraba en una de las tres celdas; el cuarto era angosto con una puerta directa e inmediata a la silla eléctrica. Vanzetti estaba esperando y cuando entró el abogado, se retiró de la mesa donde escribía y con una sonrisa lo saludó a través de los barrotes.

Thompson relató la última entrevista. Después nadie más habló con Sacco y Vanzetti hasta un momento antes de ser electrocutados.

“Me tomó la mano calurosamente. Fue una insinuación para que me sentara en una silla frente a la celda, pero no más cerca de las barras que una línea pintada en el suelo. Le pedí a uno de los guardias que estaba sentado del otro lado del cuarto que viniera y escuchara el diálogo. Le pregunté a Vanzetti si había dicho algo a los señores Vahey o Graham que permitiera inferir su culpa en alguno de los crímenes. Con gran énfasis y obvia sinceridad él contestó que no. Y repitió lo que me había dicho ya varias veces: que Vahey y Graham no eran de su preferencia, pero se convirtieron en sus abogados por la premura existente en algunos amigos, que juntaron dinero para pagarles. Después dijo cosas acerca de su relación con ellos y su conducta en el caso de Bridgewater y lo que en realidad les habla dicho”.

“Le pregunté a Vanzetti si me autorizaba a hablar con él en su beneficio en lo referente a Vahey y Graham. Rápidamente asintió, pero puso como condición que cualquier declaración debería de ser hecha en la presencia de mí mismo o de cualquier otro amigo, dándome sus razones para esta condición”.

“El guardia regresó a su lugar y nuestra conversación continuó”.

“Le dije que a pesar de que estaba seguro de su inocencia por el profundo estudio de las evidencias y por un creciente conocimiento de su personalidad, todavía existía una remota posibilidad de error. Consideraba, por tanto, que debía darme en esta última hora de su vida cuando

nada podía salvarlo, la más solemne reafirmación de su inocencia, la de él mismo y la de Sacco. Vanzetti me dijo con calma y pausadamente, y con una sinceridad de la cual no puedo dudar, que no debía angustiarme, ya que ambos, él y Sacco eran absolutamente inocentes, que mientras más miraba hacia atrás, veía más claramente que nunca hubo base para que sospecharan de él o de Sacco. Sabía que no se le había permitido nada ya que era ignorante de los puntos de vista de Estados Unidos y de sus hábitos de pensamiento. Su miedo como izquierdista, y casi como hombre fuera de la ley, era real, que había sido condenado por una evidencia que no lo hubiera condenado si no hubiera sido anarquista, así que se encontraba realmente muriendo por su causa. Dijo que estaba preparado desde antes para morir por su causa. Agregó que ésta era el gran progreso de la humanidad y la eliminación de la fuerza en el mundo entero. Habló con calma, conocimiento y sentimiento profundo. Estaba agradecido por todo lo que había hecho por él”.

Me pidió que hiciera lo posible por limpiar su nombre, usando las palabras “limpie mi nombre”. Le pregunté si estaba bien ver a Boda. Dijo que sí, que no lo conocía muy bien, pero creía que era un hombre honesto y pensaba que posiblemente podría darme alguna prueba que ayudara a probar su inocencia y la de Sacco”.

“Después le mencioné que esperaba que hiciera una declaración pública llamando a sus amigos a la no violencia. Le aseguré que conforme leía la historia, comprobaba que la verdad tenía una oportunidad muy pequeña de prevalecer cuando la violencia era seguida por contraviolencia. Que como él bien sabía no podía suscribirme a sus puntos de vis-

ta filosóficos sobre la vida, pero que, por otro lado, no podía menos que respetar a cualquier hombre que había vivido siempre con principios altruistas y que estaba dispuesto a dar su vida por eso. Agregué que si me equivocaba y que si sus puntos eran verdaderos, lo único que podría retardar su aceptación era el odio y el miedo que se despertarían con la violencia. Vanzetti respondió que, como yo bien debía de saber, no deseaba venganza personal por las crueldades que les habían hecho, pero que según la historia, cualquier gran causa para el beneficio de la humanidad tendría que pelear por su existencia contra el poder y el error, y por esta razón él no podía dar a sus amigos mi consejo. Agregó que en dichas batallas estaba contra cualquier daño que se le hiciera a la mujer y a los niños. Me pidió que recordara la crueldad de siete años de prisión con esperanzas y miedos. Me recordó las observaciones atribuidas al juez Thayer por ciertos testigos, especialmente por el profesor Richardson, y me preguntó qué estado de mente indicaban dichos comentarios. Me preguntó cómo alguien podía creer que un juez capaz de referirse al acusado como a un “bastardo anarquista”, podía ser imparcial, y si yo pensaba que podía seguir sin castigo el refinamiento de crueldad practicado con él y Sacco”.

“Le respondí que él conocía mi opinión sobre esto, pero que me parecía que su argumento no tocaba el punto de si prefería ‘la prevalecencia de sus opiniones o la inflexión del castigo’. Es to nos llevó a una pausa en la conversación.

“Sin darme ninguna respuesta, Vanzetti comenzó a hablar del origen de las luchas y el progreso de los grandes movimientos para el mejoramiento humano. Dijo que todo

gran movimiento altruista originado en el cerebro de algún genio más tarde no es entendido y se le pervierte, por ignorancia popular y por siniestro interés particular. Todo gran movimiento que se detenga en estándares conservadores, reciba opiniones, establezca instituciones y envidia humana, genera violencia y persecución. Se refirió a Sócrates, Galileo, Giordano Bruno y otros, algunos italianos y algunos rusos. Entonces habló del cristianismo y dijo que había comenzado en simple y sincero, luego se había unido, de alguna manera con la persecución y la opresión. Pero que más tarde había pasado calladamente a la tiranía”.

Le dije que el progreso del cristianismo no había sido completo, apelé a millares de personas sencillas y dije que la esencia de la apelación era la suprema confianza demostrada por Jesús en la verdad de sus propios puntos de vista por medio del perdón a sus enemigos, perseguidores y azotadores, aun en la cruz”.

“En este punto, por única vez en la conversación, Vanzetti mostró resentimiento contra sus enemigos. Habló con elocuencia y sentimiento intenso de sus sufrimientos y me preguntó si pensaba que él podría perdonar a aquellos que lo habían perseguido y torturado durante siete años de inexplicable miseria. Dije que sabía lo profundamente que simpatizaba con él y que yo no podría decir, si me encontrara en su situación, que no sentiría lo mismo; pero le aclaré que lo que le había pedido era reflejar algo de un ser infinitamente superior a mí mismo y a él, a una fuerza infinitamente más grande que la fuerza del odio y la venganza, que en la larga carrera el mundo respondía a la fuerza del amor y no a la del odio. Le sugerí que perdonara a sus enemigos,

no en beneficio de ellos sino por su propia paz. A la larga el perdonar sería más poderoso para ganar adhesiones a su causa que ninguna otra cosa”.

“En este punto hubo otra pausa en la conversación. Me levanté y nos quedamos mirando en silencio. Finalmente Vanzetti dijo que pensaría en lo que le había dicho”.

“Entonces me referí a la posible inmortalidad personal y le dije que, aunque entendía las dificultades de creer en la inmortalidad, aun así me sentía seguro de que si existía una personalidad inmortal, él podía esperar que le perteneciera, Esta observación la recibió en silencio”.

“Retornó a su discusión sobre el mal de la presente organización social diciendo que la esencia del error era la existencia de personas poderosas que oprimían a la gente sencilla, a los idealistas, entre ellos a sus compatriotas. Que temía que de una violenta resistencia podría sobrevenir la envidia, que era la base actual de la sociedad y despreció a los pocos que quieren perpetuar un sistema que permitía explotar a la mayoría”...

“Yo estaba sorprendido de la fuerza mental de Vanzetti y la amplitud de su lectura y conocimientos generales. Definitivamente no hablaba como un fanático. Sin embargo, estaba intensamente convencido de la verdad de sus puntos de vista, pero dispuesto a escuchar con calma las opiniones de los que no estaban de acuerdo. En esta última entrevista se profundizó mi impresión de que él había avanzado mucho en los últimos tres años. Confirmé que es un hombre de mente poderosa, de posición no envidiable, de carácter maduro y de elevados ideales. No hubo señal de derrumbe o de terror al acercarse la muerte. Al partir me

dio un fuerte apretón de mano y una mirada cordial que reveló, sin equivocación, la profundidad de sus sentimientos y la firmeza y control que tenía sobre sí mismo”.

“Entonces fui a ver a Sacco, que se encontraba acostado en la celda siguiente y fácilmente pudo haber oído y, sin duda lo hizo, la plática con Vanzetti. Mi conversación con Sacco fue muy superficial. Se levantó, se refirió con mucho sentimiento a los puntos de vista en los que no estaba de acuerdo conmigo, dijo que esperaba que nuestras diferencias de opinión no hubieran afectado nuestra relación personal; me agradeció lo que había hecho por él; no demostró ninguna señal de miedo, me estrechó la mano firmemente y me dijo adiós.

“Su forma de ser fue, sin duda, de absoluta sinceridad. Fue magnánimo al no referirse específicamente a nuestras diferencias respecto a la justicia: frecuentemente me decía que todos los esfuerzos, ya fueran en la Corte o con las autoridades públicas, serían nulos, porque ninguna sociedad capitalista podría hacerles justicia. Yo tenía la posición contraria, pero en esta última entrevista él no sugirió que el resultado parecía justificar su punto de vista y no el mío”.

Robert Elliot, verdugo oficial, llegó temprano a la ciudad y se hospedó en un humilde hotel. Esperó que cayera la noche para dirigirse a la cárcel. Elliot, además de los 150 dólares que recibe por cada ejecución, recibió dinero para tres comidas, hotel y pasajes de ida y vuelta.

“Un amanecer del mes de agosto de. 1922, después de una noche de correrías, Capone iba en su auto a toda velocidad por la avenida North Wabash, con una chica al lado y tres hombres en el asiento de atrás. Al dar vuelta a la esquina de la calle East Randolph, chocó con un taxi parado, hiriendo al conductor, un tal Fred Krause. Capone saltó a la acera y borracho sacó ostentosamente una placa de sheriff delegado, desenfundó un revólver y amenazó con matar a Krause. El conductor de un coche que pasaba le pidió que guardara su arma. Capone lo amenazó de muerte. Sus compañeros huyeron. Con la policía llegó una ambulancia que se llevó al herido. Alfred Capone fue acusado de ocasionar un accidente de tráfico, conducir en estado de ebriedad y tenencia ilícita de armas; suficiente para encarcelar a cualquiera. El juicio no se celebró. De 1922 a 1929 Capone no pisó los tribunales. La demanda no solo quedó “dormida”, desapareció”.

Fuentes:

Excelsior, México D.F. agosto, 1927.

The New Republic, semanario, Nueva York, 1920-1927.

The Literary Digest, mensual, Nueva York, 1920-1927.

14. MURIERON SONRIENDO

El Padre Murphy llegó al penal de Charlestown y se identificó. Un carcelero lo condujo a un estrecho cuarto rectangular en el que había tres celdas con gruesos barrotes. Bajo la mirada de los guardias que lo observaban desde el final del pasillo, se acercó a cada celda sin traspasar la línea trazada en el suelo. Venía a ofrecerles los sacramentos y el consuelo de la religión a los tres condenados, pero dos de ellos los rehusaron con amabilidad. Solo Celestino Madeiros aceptó. Poco después, se les avisó que podían pedir la cena que quisieran.

La antigua prisión de Charlestown era una construcción que se alzaba sobre la ribera del río Millers, en Massachusetts. Dentro de sus muros se construyó un edificio conocido como la Casa de la Muerte porque albergaba la silla eléctrica.

El ejército, los bomberos y la policía vigilaban la ciudad. La Casa de la Muerte fue acordonada por soldados con ametralladoras. En el club de la prisión se improvisó una sala

de prensa con comunicación directa a distintas ciudades del mundo. Cien periodistas cubrirían el acontecimiento..

A las 22 horas, el alcaide William A. Hendry, sus asistentes y el verdugo revisaron cuidadosamente que todo estuviera en orden y probaron la silla eléctrica, haciendo palidecer los focos de la prisión.

Llegado el momento, el alcaide condujo a la cámara del patíbulo al señor Playfair, representante de Prensa Asociada, único periodista invitado, y a los testigos que debían informar al gobernador del Estado que sus órdenes habían sido cumplidas.

Los guardias se dirigieron a la celda de Celestino Madeiros, el condenado por robo y homicidio, que había jurado conocer a los verdaderos autores del crimen de South Braintree y quien yacía profundamente dormido. Le sacudieron violentamente y le obligaron a ponerse de pie. Vestía un pantalón gris a media pierna, abierto a los lados, para asegurar el contacto de los electrodos, y una camisa azul de mangas cortas. Madeiros se posó en la silla como autómatas. Para mantenerlo inmóvil, el asistente del alcaide y un guardia le aseguraron los brazos, las piernas y el tórax con correas. Luego, le colocaron tres electrodos en la cabeza y en las piernas con esponjas mojadas para facilitar el paso de corriente. Por último, le vendaron los ojos y le cubrieron la cabeza con un casco metálico.

El alcaide hizo un movimiento con la mano y el verdugo Elliott dejó pasar la corriente. Se oyó un zumbido. A pesar de las correas que lo sujetaban, el cuerpo de Madeiros saltó y se tensó hasta que los mil 900 voltios dejaron de circular por su cuerpo. Los médicos de la prisión le declararon

muerto oficialmente pasados nueve minutos con 30 segundos de la medianoche. Su cuerpo fue colocado en una camilla que quedó oculta detrás de una cortina.

Nicola no dormía. Entró a la cámara de la muerte con paso seguro, mirando de frente. Su actitud denotaba fortaleza y tranquilidad, pero su rostro estaba pálido. Acompañado por dos guardias se dirigió a la silla y se sentó. Los asistentes del alcaide y el verdugo lo sujetaron con correas. Entonces gritó “¡Viva la anarquía!”, al igual que en 1887 lo hiciera George Engel, uno de los mártires del 1o de mayo en Chicago. Después de una pausa dijo en inglés: “Adios a mi mujer, a mis hijos, a mis amigos”. Y cuando le colocaron el casco metálico en la cabeza agregó; “Buenas noches, señores. Adiós, madre”.

Profundamente impresionado, el alcaide tuvo que hacer un esfuerzo para dar la orden. El verdugo movió la palanca. Mil 800 voltios pasaron al cuerpo del italiano por medio de los electrodos. Al recibirlos saltó, se contrajo y por último, se relajó hasta que una segunda descarga lo fulminó. Se necesitaron dos mil voltios para quitarle la vida. Los médicos se acercaron con sus estetoscopios y 19 minutos y 2 segundos después de las 12 declararon su muerte oficial. Sin demora, su cuerpo fue colocado junto al de Madeiros.

Bartolomeo Vanzetti, sentado en el catre al fondo de su celda, permanecía sereno cuando se abrió por tercera vez la puerta del corredor. Había llegado su hora. Entró en la cámara con la cabeza en alto, su rostro era afable y sonriente. Se despidió de todos, incluso de los guardias y del verdugo. Pausadamente se acercó a cada uno y mirándolos a los ojos les estrechó la mano mientras les decía “adiós”. Al

alcaide le dijo: “Quiero darle las gracias por todo lo que ha hecho por mí” y a su asistente, el señor Hogsett: “Adiós... le doy las gracias por todas sus atenciones para conmigo”.

Sentado en la silla, Bartolomeo Vanzetti declaró en inglés: “Soy inocente. Nunca he cometido un crimen. Aunque algunas veces haya pecado, soy inocente de todos los crímenes. No solo de éste, sino de todos. Soy... inocente”.

Y segundos después, mientras la venda le cubría los ojos afirmó: “Quiero perdonar a algunos por lo que hoy me hacen”.

A las 0:21 un movimiento de palanca descargó mil 400 voltios en su cuerpo, que al paso de la electricidad se tensó brutalmente y se relajó por unos instantes, hasta que una segunda descarga, de mil 950 voltios, lo mató. Fue declarado oficialmente muerto a las 0:26.

El 27 de agosto se cremaron sus restos. La manifestación de 400 mil personas fue silenciosa y ordenada, salvo en dos ocasiones en que la policía intentó disolverla.

‘Los dos días anteriores más de 25 mil personas desfilaron frente a los ataúdes rojos. Había numerosas ofrendas florales con inscripciones tales como:”Gloria a los héroes de la anarquía”, “Que vuestra sangre continúe bullendo hasta que el proletariado haya emancipado a todo el mundo” y “Aspettando l’ore di vendetta”. En el cementerio de Forest Hills, ante los dos ataúdes, Mary Donovan habló y dijo: “Hace 235 años que las clases acomodadas de aquí ahorcaron a varias mujeres de Salem acusadas de hechicería. Nunca se borrará la vergüenza de aquellos actos de refinada barbarie, pero en los tiempos modernos se consuman también vergüenzas como las que nos hace protestar hoy.

Las ejecuciones de las brujas fueron motivadas por el terror supersticioso de una religión cuyos devotos no tenían inconveniente en ser verdugos para alcanzar el cielo. Los cerebros de vuestros verdugos, Sacco y Vancetti, en cambio, no están obturados. El enemigo obra haciendo alarde de la más repugnante insensibilidad, ya que en siete años pudieron saber la verdad y no lo han querido. Ninguno de ellos osaría hablar de vuestras cualidades, antorcha de milares de seres. Se negaron a ver, cerrando los ojos desde el reducto de su privilegio, posición y egoísmo. No les importó la verdad, sino la rigidez. Sois los dos, Sacco y Vanzetti, las víctimas de la plutocracia que sufre el mundo desde los tiempos de Roma. Vuestras largas torturas y vuestra agonía será nuestra fe y la de nuestros hijos para imitaros luchando por un mundo mejor, fundado en esa misma fraternidad por la que habéis perdido la vida. Recordando vuestro martirio seguiremos la lucha y venceremos”.

Los cadáveres fueron colocados en el horno de cremación y reducidos a cenizas.

Durante el cortejo, varios miles fueron detenidos por vender periódicos a favor de Sacco y Vanzetti.

Las cenizas –se dijo– serían entregadas a Rosina Sacco y a Luigia Vanzetti, sin embargo, al día siguiente José Langone, exrepresentante por Massachusetts y propietario de la empresa de inhumaciones que realizó la cremación, anunció que retendría las cenizas como garantía del pago de 700 dólares que le debían de los funerales.

La señora Sacco declaró: “Me han quitado los restos mortales de mi esposo, pero no se apoderarán de estas mascarillas. Quiero que el mundo vea que Sacco y Vanzetti murieron sonriendo”.

Fuentes:

The Nation, semanario, Nueva York, 1920-1927.

The New Republic, semanario Nueva York, 1920-1930.

The Literary Digest, mensual Nueva York, 1920-1927.

Howard Fast, *La pasión de Saco y Vanzetti*. Arte y Literatura, La Habana, 1978

Louis Adamic, *Dinamita: una historia de la violencia de clase en Estados Unidos*. El libro por entregas, México, 1984.

“En varias ocasiones el alcaide Moneypenny permitió usar la cámara de la muerte para que se entrevistaran Lucky Luciano, Dutch Schultz y Al Capone.

Parece que a Capone le resultó muy divertido presidir la reunión sentado en la silla eléctrica”.

15. ESTA AGONÍA ES NUESTRO TRIUNFO

Bartolomeo Vanzetti dirigió el día de la sentencia estas últimas palabras al juez Webster Thayer:

“Si no hubiera sido por esto, yo habría vivido mi vida hablando en las esquinas con hombres descreídos. Habría muerto solo, ignorado, hecho un fracasado. Esta es nuestra carrera y nuestro triunfo. Nunca hubiéramos podido hacer en nuestras vidas una obra por la tolerancia, la justicia, la comprensión entre los hombres, como la que ahora cumplimos por azar. Nuestras palabras, nuestras vidas, nuestro dolor, ¡nada! ¡Quitarnos nuestra vida, la de un buen zapatero y un pobre pescadero!, ¡todo! Nuestra es la última hora, la agonía es nuestro triunfo”!

Fuente:
Howard Fast, *La pasión de Sacco v Vanzetti*, Arte y literatura,
La Habana, 1978.

CRONOLOGÍA

1915 20 de enero. Bartolomeo Vanzetti renuncia a su empleo en la Plymouth Cordage Company. Continúa viviendo en Plymouth con empleos eventuales y después, en la primavera de 1919, empieza a trabajar como vendedor de pescado .

1916 Enero 16-febrero 15. Huelga en la Plymouth Cordage Company. Vanzetti participa en ella.

1917 Abril, mayo o junio. Nicola Sacco, Bartolomeo Vanzetti y otros se van a México para evitar el reclutamiento. Sacco regresa a Estados Unidos a los tres meses. Vanzetti al año.

1918 Octubre. Sacco, quien hace pocos meses había regresado de México, trabaja ocho días en la Rice & Hutchins con un nombre supuesto.

2 de noviembre. Sacco empieza a trabajar en la fábrica de zapatos Three K. Su primer pago lo recibe el 9 de noviembre.

1919 1 ° de mayo (circa) .

Junio 2. Estalla una serie de bombas en todo el país.

La casa del Procurador General Mitchell Palmer en Washington resulta dañada. Palmer ordena a la Oficina de Investigaciones del Departamento de Justicia (hoy FBI) investigar las actividades criminales de los izquierdistas.

6 de noviembre (circa). Mike Boda va a vivir a la casa de Coacci en West Bridgewater. Viven con él Feruchio Coacci y Sra. Coacci. Boda y Coacci eran anarquistas.

24 de diciembre. Intento de robo en Bridgewater. Por ese crimen Vanzetti fue juzgado en Plymouth. A Sacco no se le pudo imputar.

1920 2 de enero. Redadas en Massachusetts conducidas por el Departamento de Justicia y el Departamento del Trabajo, seguidas de la deportación de comunistas.

Enero o febrero. George T. Kelley advierte a Sacco que está siendo investigado por agentes federales.

25 de febrero, circa. Detienen en Nueva York a dos anarquistas, Andrea Salsedo y Roberto Elia.

15 de abril. Asesinan en South Braintree a Frederick A. Parmenter, un pagador y a Alessandro Berardelli, su guardia. Por este crimen Sacco y Vanzetti fueron juzgados en Dedham.

16 de abril. Coacci es detenido en su casa por el inspector Root del Servicio de inmigración.

17 de abril. Coacci es llevado a Nueva York y al día siguiente es embarcado rumbo a Italia, por una orden de deportación girada por el Departamento del Trabajo.

La tarde de ese día es encontrado el Buick usado para crimen de South Braintree en un bosque en West Bridgewater y llevado a la estación de policía en Brockton.

19 de abril. Simon E. Johnson y su hermano recogen un viejo Overland, propiedad de Boda, de la casa de Coacci para llevarlo a reparar al taller.

20 de abril. Michell E. Stewart, jefe de la policía de Bridgewater interroga a Ricardo Orciani, también entrevista a Boda en la casa de Orciani, junto con el oficial Albert Brouillard de la Policía Estatal de Massachusetts.

2S de abril. Vanzetti es enviado a Nueva York para ver qué pasa con Salsedo. Regresa el 29 de abril.

2 de mayo. Encuentro en Boston de Sacco, Vanzetti y otros para discutir el informe de Vanzetti de su viaje a Nueva York.

3 de mayo. Muerte de Salsedo en Nueva York.

4 de mayo. Sacco tramita su pasaporte, solo de ida (foglio de via) para él y su familia en el Consulado italiano de Boston. ‘

5 de mayo. Visita de Sacco, Vanzetti, Boda y Orciani a la casa de Johnson para recoger el Overland. Detención de Sacco y Vanzetti. Stewart los interroga.

5 de mayo (circa) Formación del Comité de Defensa de Sacco y Vanzetti.

6 de mayo. Treinta o treinta y cinco testigos de los dos crímenes son llevados a la estación de policía de Brockton y les enseñan a Sacco y a Vanzetti. El fiscal de distrito, Frederick G. Katzmann, interroga a Sacco y a Vanzetti.

7 de mayo. Contratan a John P. Vahey de Plymouth como abogado de Vanzetti. Más o menos al mismo tiempo James M. Graham es empleado por Sacco.

18 de mayo. Audiencia preliminar de Vanzetti en Brockton por el asalto de Bridgewater. Vanzetti es detenido por el Gran Jurado.

26 de mayo. Audiencia preliminar de Sacco en Quincy por el asesinato de South Braintree. Sacco es detenido por el Gran Jurado.

11 de junio. El Gran Jurado del Condado de Plymouth acusa a Vanzetti del asalto de Bridgewater.

junio 22-julio 1. Juicio en Plymouth contra Vanzetti por el asalto de Bridgewater. El juez era Webster Thayer, quien también presidió después el juicio de Dedham contra Sacco y Vanzetti por los asesinatos de South Braintree. Por la Mancomunidad estuvieron Katzmann y el asistente del distrito William F. Kane. Por Vanzetti, Graham y Vahey.

1 ° de julio. Veredicto de culpabilidad por el asalto de Bridgewater contra Vanzetti.

16 de agosto. Las excepciones o recursos de excepción de los defensores en el caso de Bridgewater archivadas. Estas excepciones nunca fueron tomadas en cuenta y el caso no pasó a la Suprema Corte de Justicia.

El mismo día Vanzetti fue condenado por el juez Thayer a 15 años en la prisión del estado.

19 de agosto. Fred H. Moore, un abogado de California, quien había sido el jefe de la defensa del anarquista Carlo Tresca y de varios miembros de la IWW, recibe su primer pago del Comité de Defensa.

11 de septiembre. Sacco y Vanzetti son acusados de asesinato por el Condado de Norfolk y por el jurado de South Braintree.

28 de septiembre. Los dos abogados defienden la inocencia de sus clientes.

1921 19 de febrero. El New England Civil Liberties Committee (Comité de Nueva Inglaterra por las Libertades Civiles), afiliado al American Civil Liberties Union, hace un llamado para recolectar fondos para pagar la defensa.

31 de mayo-14 de julio. Proceso a Sacco y Vanzetti en Dedham.

14 de julio. Veredicto de culpabilidad.

10 de octubre. Fallecimiento de Walter Ripley, presidente del jurado.

8 de noviembre. Primera moción para un nuevo juicio por haber descubierto nuevas evidencias (Ripley). El suplemento de esta moción fue presentado el 1o de octubre de 1923 (Daly).

1922 4 de mayo. Se presenta una segunda moción (Gould y Pelsler).

22 de julio. Se presenta la tercera moción (Goodridge)

11 de septiembre. Se presenta la cuarta moción (Lola Andrews).

1923 (circa) Moore contrata a Albert Hamilton como experto en balística.

30 de abril. Se presenta la quinta moción (Hamilton). Un suplemento de esta moción fue presentado el 5 de noviembre de 1923 (Proctor).

1-3 de octubre y 1, 2, 8 de noviembre. Las cinco mociones suplementarias (Ripley, Daly, Gould y Pelsler, Goodridge, Andrews y Hamilton-Proctor) fueron discutidas ante el juez Thayer.

1924 1o de octubre. Decisión del juez Thayer denegando las cinco mociones presentadas para pedir un nuevo juicio.

8 de noviembre. Fred H. Moore se retira de la defensa. El 25 de noviembre William G. Thompson se encarga de la defensa de Sacco y Vanzetti.

7 de diciembre. También se retiran de la defensa los hermanos McAnarney.

17-19 de noviembre. La American Fund, for Public Service (Fondo Estadounidense para el Servicio Público o Garland Fund.) hace un préstamo de 20 mil dólares para pagar a Thompson.

1925 28 de junio. Se organiza el International Labor Defense Committee (Comité Internacional para la Defensa del Trabajo) y entra de lleno en el Comité de Defensa.

1926 11-13 de enero. Argumentan ante la Corte Suprema Judicial de Massachusetts las excepciones hechas durante el juicio y la denegación de las mociones Ripley-Daly, Gould y Hamilton-Proctor.

Presidió la sesión el Juez Mayor Arthur Prentice Rugg y los otros jueces fueron Henry King Braley, James Bernard Carroll, William Cushing y George Augustus Sanderson.

12 de mayo. La Suprema Corte Judicial de Massachusetts deniega todas las mociones y confirma el veredicto contra Sacco y Vanzetti. La opinión de la Corte fue redactada por el juez Braley.

26 de mayo. Se presenta una moción para un nuevo juicio basada en la confesión de Madeiros.

13-17 de noviembre. Thompson presenta el argumento de Madeiros ante el juez Thayer y el asistente del Fiscal de Distrito Dudley P. Ranney.

23 de octubre. El juez Thayer deniega la moción Madeiros .

1927 27-28 de enero. La Suprema Corte Judicial argumenta la denegación de la moción Madeiros. Los defensores fueron Thompson y Herbert B. Hermann. Raney representó a la Mancomunidad. Rugg presidió como Juez Mayor y los otros jueces fueron Braley, John Crawford Crosby, Edward Peter Pierce y William Wait.

5 de abril. La Suprema Corte de Judicial de Massachusetts confirma la decisión del juez Thayer de denegar la moción Madeiros para un nuevo juicio y que sus dictámenes se aplicaran inmediatamente. La decisión fue redactada por el juez Wait.

9 de abril. El juez Thayer dicta la sentencia de muerte a Sacco y Vanzetti. Se fija la ejecución para la semana que comienza el 1 ° de julio. El gobernador Alvan T. Fuller la pospuso dos veces: una al 10 de agosto y otra al 22 de agosto.

4 de mayo. Thompson y Ehrmann presentan al gobernador Fuller una petición de clemencia firmada por Vanzetti el 3 de mayo en la cárcel de Dedham, y acompañada de una carta donde los abogados explican la negativa de Sacco a firmar la petición, aún cuando la clemencia incluiría a ambos.

1 de junio. El gobernador Fuller anuncia la formación de una comisión para revisar el caso integrada por el juez Grant, el Rector de Harvard Abbott Lawrence Lowell (presidente) y el Rector del MIT, Samuel W. Stratton.

11-12 de junio. Audiencias ante la Comisión Lowell.

27 de julio. Informe de la Comisión Lowell al gobemador Fuller.

3 de agosto. El gobernador deniega la petición de clemencia.

6 de agosto. Los defensores llenan una petición para un escrito de error a la Suprema Corte Judicial de Massachusetts basado en: 1) los prejuicios del juez durante el proceso; 2) el descubrimientos de errores en la selección del jurado; 3) los descubrimientos de los errores del juez durante el proceso y los errores en la denegación de las mociones pidiendo un nuevo juicio.

El 8 de agosto esta petición fue escuchada por el juez Sanderson con declaraciones juradas y el testimonio de Thompson y es denegada.

Los recursos de excepción son ignorados por el Tribunal de la Suprema Corte Judicial.

6 de agosto. Los defensores presentan también una moción ante la Corte Superior de la Mancomunidad de Massachusetts para revocar la sentencia y piden un nuevo juicio basada en: 1) los prejuicios del juez durante el juicio; 2) nuevas pruebas sobre la gorra de Sacco; 3) nuevas pruebas sobre la verdadera opinión del capitán William H. Proctor. El Jefe de la Corte Superior, Walter Perley Hall, deniega la petición de un nuevo juicio con otro juez que no sea Thayer.

El 8 de agosto Thayer presenta su argumentación para denegarla. La Suprema Corte Judicial denegó las mociones y las ignoró basándose en que según el estatuto de Massachusetts no se podía hacer un nuevo juicio después de dictada la sentencia y además no podía ser permitido por el juez Thayer, ni por ningún otro.

10 de agosto. Se presenta un recurso de Habeas Corpus al juez Oliver Wendell Holmes de la Suprema Corte de Estados Unidos, al juez George W. Anderson de la Corte de Apelaciones del Primer Circuito de Estados Unidos y el 20 de agosto al juez James H. Morton, Jr. del Distrito de Justicia de Estados Unidos y todos lo deniegan.

20 de agosto. Se prorroga el plazo para que la Suprema Corte de Estados Unidos revise los escritos y se deja pendiente la ejecución hasta que sean presentados a los Jueces Holmes y Stone. Todo fue denegado.

23 de agosto. Ejecución de Sacco, Vanzetti y Madeiros.

1977

19 de julio. El gobernador de Massachusetts Michael S. Dukakis exonera de culpabilidad a Sacco y Vanzetti y limpia sus nombres.

BIBLIOGRAFÍA

Del Río Reynaga, Julio. *Técnica del reportaje*, Tesis, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, s/f.

Dobb, Maurice. *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1974.

Adamic, Louis. *Dinamita, una historia de la violencia de clases en Estados Unidos*. El libro por entregas, México 1984.

Andakov, Y.F y F.Y. Polianski. *Historia económica de los países capitalistas*. Ed. Grijalbo, México 1965

Dos Passos, John. *Facing the chair. Story of the americanization of two foreignborn workmen*. Published by Sacco--Vanzetti Defense Committee, Boston, Mass, 1927

Dos Passos, John. "Torpe juego de palabras", en Reportaje, Testimonio del siglo XX. Universidad Autónoma de Sinaloa, Editores Mexicanos Unidos, México, 1985

Fast, Howard. *La pasión de Sacco y Vanzetti*, Arte y literatura, La Habana, 1978

Huberman, Leo. *Nosotros, el pueblo*, Nuestro tiempo. México, 1971.

Kobler, John. *Capone*, Plaza & Janes editores, España, 1972

Livesay, Harold C. *Samuel Gompers and organized labor in America*. Little, Brown and Company Boston, Toronto, 1978

Martínez, Agustín. *Sacco y Vanzetti, un grave error judicial*, Espasa Calpe, Madrid, 1930.

Montgomery, Robert H. *Sacco Vanzetti, The murder and the myth*. The Americanist Library, published by Western Islands, Belmont, Mass, 1965. .

Morris B. Richard (editor) *The U.S. Department of Labor history of the american worker*. Department of Labor, USA, 1976.

Perret, Geoffrey. *America in the twenties, A history*, Simon and Schuster, New York, 1982.

S/A *Sacco y Vanzetti*, Antorcha, México, 1982

Vanzetti, Bartolomeo. *Las cartas de Bartolomeo Vanzetti, No lloren mi muerte*, Granica editor, Buenos Aires, 1976.

Shahn, Ben. *The passion of Sacco and Vanzetti*, 1932.

Young, William and David E. Kaiser. *Postmortem, New evidence in the case of Sacco and Vanzetti*, The University of Massachusetts Press, Amherst, 1985.

Zinn, Howard. *A people's history of the United States*, Harper & Row Publishers, 1980, New York.

HEMEROGRAFÍA:

- El Día*, diario, México, septiembre, 1977.
Excélsior, diario, México, agosto de 1927
Historia del movimiento obrero. 3 Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1973.
Journal of American History, mensual, EUA, 1929.
Marianski, J. “El reportaje (problemas de un género)”, en *El periodista demócrata*, revista de la Organización Internacional de Periodistas, mensual, Praga, 1-2, 1977
National Review, “The end of the myth: Sacco and Vanzetti fifty years later”, Francis Russell, EUA, 1977
Rodríguez, Antonio “El reportaje”, en *El Día*, 26 de junio de 1968, México.
Simpson, Máximo, “Reportaje, objetividad y crítica social (el presente como historia)”, en *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, núm. 86-87, UNAM, FCPyS, México.
Storkan Csc, Karel, “Los secretos del arte del reportaje”, en *El periodista demócrata*, revista de la Organización Internacional de Periodistas, mensual, Praga, 4; 1973
The Literary Digest, mensual, Nueva York, 1920-1927.
The Nation, semanario. Nueva York, 1920-1927
The New Republic, semanario, Nueva York, 1920-1930
The Outlook and Independent, mensual, EUA, octubre 1928.
U.S. News & World Report, semanario, EUA, agosto 1960.

Prohibida su venta.
Ejemplar gratuito.
México 2025.